

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIV

1º DE MARZO DE 1905

Nº 317

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NÚMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

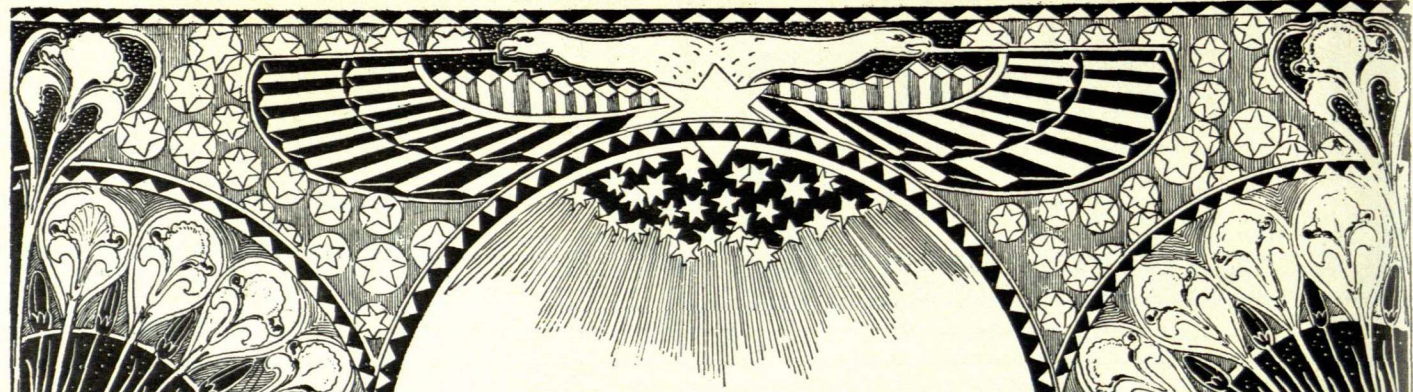
Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



Gamba : Desenmascaradas



LA VIDA LITERARIA

ESTÁ de
modo
hablar

mucho del *modernismo*, sin analizar lo que la palabra significa. Convendría que los señores encargados de ilustrar al público, desde la tribuna de los periódicos, examinasen la etimología de ese vocablo para evitar inútiles discusiones. No huelga recordar á este respecto algunos antecedentes.

Los Goncourt, en una de sus novelas, ponen en boca de un personaje entusiasta y nervioso los siguientes conceptos: «Lo moderno todo está ahí, la intuición de lo contemporáneo, del espectáculo con que nos codeamos, del presente en el cual sentimos palpar nuestras pasiones, algo de nosotros..... ahí está todo para el artista..... Un siglo que ha sufrido tanto, el gran siglo de la inquietud, de la ciencia, de la ansiedad de lo verdadero..... un siglo como éste, ardiente, atormentado, que destila la sangre de sus venas, con su belleza de enfermo y sus contracciones de fiebre ¿cómo quieres tú que no encuentre una forma con qué expresarse?»

¡La intuición de lo contemporáneo! Muchos de los que hoy son *clásicos* para nosotros no buscaron otra cosa. Don Quijote fué un contemporáneo ideal de Cervantes, la vida que describe en su libro inmortal era la de su tiempo; no pocos de los condenados que Dante coloca en su Infierno, fueron no sólo sus contemporáneos sino sus enemigos políticos; los pastores que Virgilio hace cantar en sus églogas al són de rústicos instrumentos, los había visto en sus paseos al campo. ¿Por qué ha de estar obligado el escritor de ahora á hablar siempre de hombres y de épocas pasados? Bien visto Verlaine es tan *modernista* como Horacio, y los académicos Valera, Galdós, Pereda no están excluidos del anatema que se lanza á los que se empeñan en extraer de la moda lo que pueda contener de poético, de sacar de lo transitorio lo eterno, según la síntesis magnífica de un poeta maldito, de nuestros días. Lo esencial de la teoría modernista se halla ahí brevemente expresado.

*

Después de sus dogmáticas afirma-

ciones la ciencia sincera termina por dar razón á la divina humildad de Sócrates. Escuchad este elogio del escepticismo proclamado por uno de los más grandes sabios del siglo; en su reciente *Psicología de los sentimientos* dice Teodoro Ribot:

«Hay espíritus que reclaman la verdad antes que todo, pero que la quieren bien establecida, bien demostrada, que tienen la obsesión de la exactitud y de los procedimientos rigurosos. Hay otros que se complacen en la vaguedad por exceso de sentimiento ó de imaginación, por impotencia de reflexión, por falta de paciencia en el análisis. Para estos últimos la lógica afectiva es suficiente y preferible, y la inventarían si no existiera.

La razón-más profunda de ello y que asegura su perpetuidad es que es obra de nuestra naturaleza no-intelectual. El hombre *siente* surgir en sí necesidades, deseos, problemas, á los cuales la razón pura no aporta ni satisfacción, ni respuesta, ni remedio; el sentimiento y la imaginación ocupan el puesto de aquélla. La actitud escéptica que limita el conocimiento y se resigna á mucho ignorar, la actitud estoica que desdeña las esperanzas ilusorias y los consuelos vanos, no son del gusto de todo el mundo. «La generalidad prefiere las respuestas aparentes á nada.»

Al fin de fines la sonrisa desconfiada de Miguel de Montaigne es lo más cuerdo que el hombre puede imitar en presencia del misterio de la vida.

*

De gustos, de colores—y de música (aunque no resulte en verso) sí han escrito los autores, sin que nadie logre ponerse de acuerdo. Así se demuestra, de manera pacífica, la saludable anarquía del género humano. Cada uno tiene sus gustos y sus preferencias en materia de colores y de música. Lloran unos con una romanza de zarzuela y otros con el «Claro de luna» de Beethoven. Sinceras sean las lágrimas que el motivo importa poco. El cilindro armónico de un organillo callejero puede producir emociones tan intensas como las cuerdas sonoras de un violoncello: el alma del sonido no está en el instrumento que lo produce sino en el corazón donde resuena.

El que sepa leer entenderá este párra-

fo de un artículo de Nietzsche, que publica la *Revista Germánica*:

«Sé muy bien que, en las revistas especiales de música, se mira como esencial de la reforma de Wagner el hecho de que él ha destruido las antiguas formas de la sonata, de la sinfonía, del cuarteto, y que, aún más, el reino de la música instrumental pura ha terminado. Pero cuando se concluye que el compositor deberá dedicarse en adelante á la música teatral, no puedo evitar una gran inquietud al ver que esto conduce á un gran error. Cada uno debe hablar el lenguaje que le conviene: y si el titán habla con rugidos de tormenta y de terremotos, es en cambio inadmisibile que el simple mortal tenga el derecho—y sobre todo el deber—de imitar este modo de elocución! (1) Una vez inventada la forma de arte superior, se hacen más necesarias las formas de arte inferior, aun las más insignificantes, y esto á fin de que los artistas puedan expresarse cada uno á su manera sin estar perpetuamente dominados por los clamores de la tempestad. Un artista rendirá seguramente á Wagner el más auténtico testimonio de respeto, si en sus creaciones, evita medirse con él en su dominio propio, (2) y si esfuerza su espíritu—quiero decir con implacable severidad hacia sí mismo, con una energía resuelta á dar en todo tiempo el máximo de lo que pueda producir—en vivificar y en animar otra forma de arte inferior y aun mínima. Me regocijo, pues, de que alguien tenga el propósito de tomar en serio la forma, tan despreciada en nuestros días, de la cantata.»

*

El «jefe del partido liberal» ruso escribe también dramas. En su última producción *Datchniki*, es decir, *De Temporada* ó algo así, describe Gorky las enfermedades que la vida puramente intelectual puede producir. Gorky quiere al hombre integral, la acción saturada de ideas, el pensamiento manifestado en obras de energía.

(1) Lo que Nietzsche dice de la música puede aplicarse á la literatura. Bueno es recordar que no todo el mundo puede ser Víctor Hugo.....

(2) Atiendan también el consejo los literatos imitadores de los grandes maestros.



J. JVANOWITS : Riña de gallos

Todo el mundo está envenenado por los libros en este drama asfixiante. Varía, que es la más sana, se merece este consejo de su marido el abogado Bassoff, cuya distracción predilecta es el juego:

—Es necesario que te ocupes en algo..... No haces sino leer..... lees demasiado..... todo exceso es nocivo.

Chalimoff con ocho años de incesantes lecturas ha perdido el pelo, la gracia, la juventud y la naturalidad.

Caleria no habla sino en frases «literarias»: «El sol se levanta y se pone y en el corazón de los hombres reina siempre el crepúsculo», ó «El día no puede ser más bello que la noche».

Rioumine confiesa sin cesar que es un débil, un sér sin voluntad.

Toda esa gente vive en una atmósfera libresca que está pidiendo un nuevo Omar que purifique el aire.

Al fin Vanía en un rasgo de independencia, que parece merecer la aprobación del autor, dice á su marido y á los «intelectuales» que lo rodean:

—Eramos marido y mujer, ahora somos extraños uno para otro; me voy..... lejos de aquí donde todo es podredumbre. Lejos de todos vosotros. ¡Quiero vivir! Viviré y haré algo..... contra vosotros..... contra vosotros! ¡Oh malditos seáis!

Y se va quién sabe á dónde, acaso más

que por espíritu de libertad por haber leído la *Casa de muñecas* y por seguir el ejemplo de Nora. ¡Siempre la literatura!

A las exclamaciones trascendentales de esta mujer superior, tal vez sea preferible el simple dicho superficial de otro personaje del drama, de la regocijada Julia: ¡La vida es el arte de encontrar la belleza y la alegría en todo, el arte hasta de comer y de beber!

A. R. LEQUIN.

ARS HERMETICA

Para Emiliano Hernández.

Viví en el siglo trece. Por el Decreto de Dios Nuestro Señor las peligrosas rutas investigaba del Ideal.

Yo fui sabio y astrólogo; supe el secreto y la virtud oculta de muchas cosas, hallé la Piedra Filosofal!

Sorprendí en mis retortas áureas huellas; así encontré en mi oscuro laboratorio de los metales la milagrosa transmutación. Yo escrutaba destinos en las estrellas y vióse en altas mi observatorio abierto como estaba mi corazón....!

Oí de Albertus Magnus las misteriosas y saludables predicaciones, oyéndolas vibraba todo mi sér, como en jardín cerrado lleno de rosas ó como si llenaran dulces canciones un melancólico amanecer....!

Quintaesencié mi espíritu. Vagos anhelos me invadían cual claro de luna llena en la noche de mi alma; yo los sentí que me sugestionaban como en los cielos un astro al caminante. Toda serena, serena y dulce mi alma reposó allí.

De mi mano en las líneas profundas una línea sinuosa me señalaba como mártir de un grande sueño de amor, y por eso en mi frente, desde mi cuna, en este siglo nuevo la fiera y brava señal impresa de mi dolor!

Serví á Su Majestad el Rey Católico, fui colmado de honores, pero perdida vivió siempre mi alma para la luz del amor que buscaba....! Soy melancólico después de setecientos años mi vida del Ensueño clavada sigue en la cruz!

MANUEL DE LA PARRA.

México.

"LA HUMILDE VERDAD"

(Fragmento de la novela de este título, (*) premiada en el Concurso de la Biblioteca de Novelistas del siglo XX).



Esta mañana, que es fresca y jubilosa como un clavel recién abierto, salen Paco y su padre á hacer visitas de despedida.

—Iremos—dice Paco—á casa del padrino.

El padrino vive en Sotonegro, á unos siete kilómetros de Puente-la-Piedra.

—De paso—dice el padre—visitaremos al Capellán de Armendia.

El Capellán de Armendia vive en su casona, que está á medio camino de Sotonegro.

Con el fresquito de la mañana da gozo caminar. Yo creo que al amanecer, cuando el cuerpo despierta, la conciencia una hora sigue durmiendo, y por eso es siempre esta hora matinal, hora limpia y blanca, y el alma en ella salta y retoza como si fuera niña, porque nada le pesa; y por eso los días en que no aprovechamos esta paz madruguera, suelen ser grises.

En el campo están arrancando el lino: átanlo en haces que son rechonchos y cabezudos. Ocupados en la recolección, hombres y mujeres se afanan como hormigas. Las tierras que fueron de trigo están lisas y pardas, esperando la nueva sementera: á lo lejos las viñas ostentan su pompa tardía, y un palmar—torre blanca, techada de rojo—toma en la unánime llanura aires de fortaleza.

Padre é hijo caminan á buen paso, y como siempre que se encuentran juntos, hablan muy poco y se entienden muy bien.

Hoy está Paco de buen humor. Señor Manuel no le tiene malo. El viaje, aunque ya formalmente decidido, no ha alcanzado ese límite de proximidad inmediata en que comienzan las tristezas de la despedida. Señor Manuel sabe que el hijo se le va; aún no se ha dado cuenta de que se queda solo, y no recuerda que el estar solo es cosa triste.

A cada paso llueven los saludos. En la casona del peón caminero hay cuatro viejos que toman el sol.

—Adiós, señor Manuel, y la compañía.

—¿Conque se nos va Paco? ¡Vaya, vaya!

—Y á Madrid nada menos.

—¡Qué se ha de hacer, hombre, qué se ha de hacer!

Y cabecean los cuatro á coro, como si aquel viaje fuese gran problema para sus cuatro cerebros, encallecidos bajo las canas.

Una muchacha vuelve de la fuente; trae el cántaro en alto, y las manos puestas en las caderas, arqueando los brazos como asas de ánfora.

—¿Conque te marchas á Madrid, Paco?

¡Buena vida que te vas á dar!

Y se ríe con toda la cara, alegre como sol madrugador.

—¿Tú sientes que me vaya?—pregunta el mozo.

—¡Como que me estoy muriendo de pena! —replica ella entre dos risotadas.—¡Y que te casarás con una señorona de por allá! ¡Quién fuera tú!—añade filosóficamente; y pasa.

Para aquella rapaza el viaje de Paco es un cuento de hadas que acaba en boda.

Hay, en una pradera, una vieja que guarda una vaca.

—Muy buenos días, señor Manuel. ¡Ay, Paco, hijo, conque te vas! ¡Dios te bendiga, hijo! También se fueron los míos, también... ¡Dios te bendiga!

Para la vieja que guarda la vaca, el viaje del mozo es un recuerdo.

Cinco rapaces andan á moras en una linde; quitanse las monteras, y dicen con tonillo, como cantan en clase la doctrina:

—Buenos días, señor alcalde; ¿cómo está usted?

Y luego, picoteando como pájaros;

—Ese es el hijo... el que se va—y se ríen.

Para ellos Paco es uno que se va, y el famoso viaje una palabra que suena á hueco y hace reír.

Allí está la casona de Armendia, y en el huerto de la casona el capellán. Es hombre de hasta cuarenta años, alto y huesudo, con el pelo de tan negro color, que parece haberle desteñido rostro abajo, matizándole surcos y arrugas con pinceladas de mal agüero. Tiene la boca á modo de caverna, con dientes amarillos, plantados en tan varias direcciones que más que hermanos parecen enemigos. Se llama don Alfonso de Ordóñez y Armendia; pero en el pueblo todos le nombran por el apellido segundo, que es titular de la casona, herencia de la madre.

Está el don Alfonso á la sazón con la sotana arremangada y bien sujeta á la cintura, dejando al descubierto los calzones de pana, que un día fueron negros y hoy son verdes á trechos y á trechos rubios, los pies sumidos en grandes zuecos, la cabeza al aire y todo él afanado en azadonear un cuadro que fué de remolacha y que será de nabos en la próxima siembra, y mientras zarandea el azadón, grita con voz de bajo profundo—voz que es su orgullo y que le hace ganar buenas pesetas en los entierros gordos de toda la provincia:

—¡Gandules, más que gandules!... Así se trabaja, así... ¿Conque liando un cigarrito? Buen cigarrito nos dé Dios. ¿Echo yo un cigarrito? ¡Gandules!

Los gandules son dos mozos de campo, que poco más allá trabajan como bestias.

El breviario, forrado en percalina, descansa abierto entre dos ramas bajas de una higuera; y á las veces aletean sus páginas tiesas y amarillas como si quisieran volar: dícenme que es el aire el que las mueve; pero bien creo yo que, más que el aire, muévelas el espíritu de amor que sobre ellas, en cánticos y salmos, anda envuelto, y que no puede sufrir con paciencia las vociferaciones del clérigo. Yo sé que un pájaro, bajando de la copa de la higuera, ha ido á posarse en las abiertas páginas, y sé que en la página donde se posó hay unas líneas que á la letra dicen: «Laudate nomen ejus quoniam suavis est Dominus, et in æternum misericordia ejus».

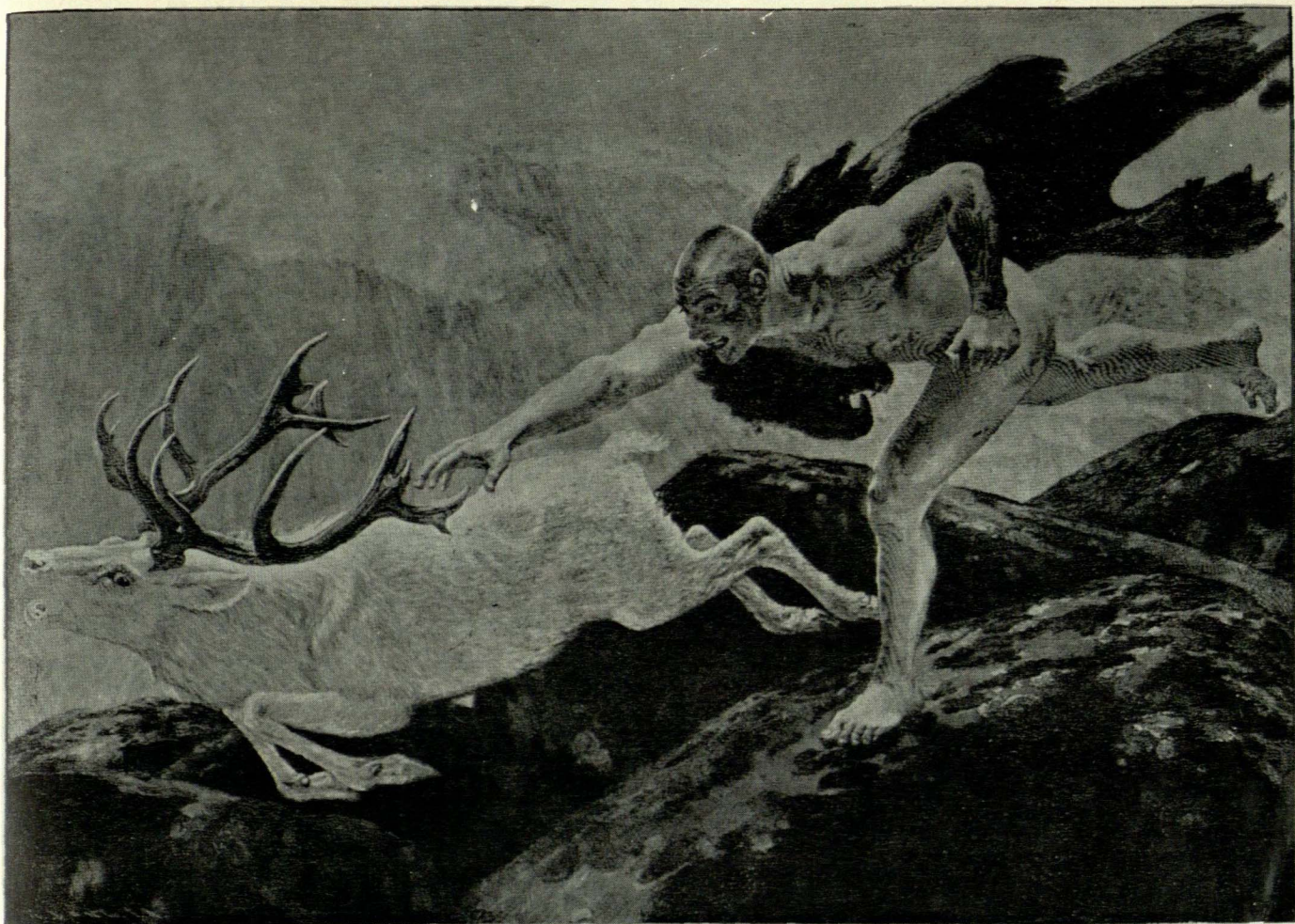
—A la paz de Dios, don Alfonso.

—Buenos días, señor alcalde. Felices, Paco. De paseo ¿eh? ¡Dichosos ustedes que tienen tiempo de pasear! Yo aquí, esclavo de esta gente, porque en cuanto uno se descuida... Siéntense, siéntense y descansen... Dichosos ustedes...

—Pero don Alfonso—insinúa Paco,—¿por qué se afana usted de ese modo?

—¿Por qué se afana usted...? Es mucha cantinela: todos decís lo mismo: ¿por qué se afana usted? ¿Voy á dejar que se lo lleve todo la trampa? ¡Buenas andarían las cosas si yo no me afanase!

El capellán habla *ex abundantia cordis*. Es mucha manía la de la gente, empeñada en



O. SCHINDLER: Hércules

que él no ha de ocuparse de lo suyo. ¿Que no tiene hijos? Y porque no los tiene va á tirar el caudal por la ventana... ¿Que no come, que no duerme, que no sosiega, que no deja dormir ni sosegar á nadie por sacar cuatro cuartos á la casona? ¿Y qué le importa á nadie? ¿De quién es la casona? ¿De quién, en resumidas cuentas, los cuatro cuartos? ¿A quién le va ó le viene en que él coma ó no coma?

La verdad es que pasa la más aperreada vida posible, yantando berzas, durmiendo en pajas, levantándose al alba y trabajando hasta que muere el sol, que aquellos cuatro cuartos deben ser muchos miles y que nadie sabe donde están; y dicen las gentes: «Al capellán lo matan una noche para buscarle el gato».

—Pues nosotros venimos de despedida: éste se marcha.

—Y no quise marcharme sin decirle á usted adiós.

—Dichoso tú que dejas esta pícara tierra. Mirame á mí: sudando como un negro... ¡Ah, grandísimo perro! Aguarda, aguarda...

El «grandísimo perro» es el pájaro del breviario, que cansado de picotear salmos, se almuerza un higo. El capellán le tira una piedra, pero el ladrón, que se pasa de listo, en un revoloteo se planta en el tejado, y la mira pasar: cayendo la piedra da en el libro y lo cierra de golpe, rebota luego y al tocar en tierra troncha una col. Constanado el capellán, enmudece. ¡Un higo y una col le ha costado el maldito pajarraco, que ahora,

filando un trino, celebra la hazaña y se burla del clérigo.

Los visitantes se despiden.

—Ya sabe que pasado mañana le esperamos en casa.

—¿Pasado mañana?

—Paco antes de marcharse quiere obsequiar á los amigos. Se comerá un arroz—y lo que caiga, diría don Lino. Don Lino está soñando hace ocho días con aquéllo que el jueves ha de caer.

Pasado el puente, que es formidable y mueve á risa sobre el río seco, empiezan las praderas: regatos de cristal las cruzan y las cantan, y cae sobre el verdor de las hierbas la sombra de los álamos que hacen la linde. La sombra de un álamo sobre una pradera no acaba nunca de llegar al suelo; es como una caricia que anda buscando sitio en qué posarse y no le halla: á mí me causan pena estas sombras que nunca se están quietas... y aquellas otras que caen dentro del agua y que el pasar del agua va rompiendo.

Más allá hay huertos cercados de piedra: en uno de ellos se oye cantar á un hombre á compás de una noria.

Como va adelantando la mañana, pica el sol y los dos caminantes aceleran el paso: un poco más allá cabecean las frondas de Sotonegro.

Es Sotonegro una finca grandísima, medio de recreo, medio de labranza. La casa de habitación, escondida entre copudos tilos: por las blancas paredes serpentean hasta diez variedades de parra: la que endosela el pórtico

es de anchas hojas verde profundo, y los racimos tienen color de ámbar: la que encuadra las rejas tiene menudas pámpanas tiernas de color, y las uvas parecen gotas de ajeno: sube á la balconada el pomposo racimo moscatel, y la plebeya tinta abraza la fachada posterior en complicidad humilde con una su arrogante hermana venida de muy lejos, cuyos racimos largos, á medio madurar, tienen color de púrpura.

Bajo la sombra eglógica de aquellas parras vive el padrino, y vive la mujer del padrino, y vive con ellos una perpetua luna de miel.

Tiene el padrino—que lo fué de boda del señor Manuel Trelles—setenta años, y tiene su mujer, doña María Inés de los Carriles, setenta y cuatro. El es un buen señor que debió ser gran mozo, de barba luenga y blanca, y reluciente calva color de rosa. Doña María Inés tiene la tez florida como un jardín y es chiquitina, delgada y pizpireta como una espiga. Yo no sé de qué tiene los ojos, que á ratos son azules, á ratos verdes y á ratos grises con una chispa dentro; pero verdes ó grises ó azules, todo lo ven y con todo se alegran: acaso aquella chispa que en ellos salta sea el dón de gozo con que vino al mundo.

Bien pronto atisba á los Trelles que vienen camino adelante, y sale á su encuentro solícita y alborozada. Doña María Inés ha tenido diez hijos y guarda de los largos días pasados junto á las diez cunas, espíritu y ademanos de madre para cuantos á ella se acercan.



—¿Eres tú, Paquito, hijo de mi alma? ¡Qué bueno estás, y cómo has crecido!

Hace muy cerca de cuatro años que el muchacho dejó de crecer, pero la dama jamás omite esta benévola observación; y es que tal vez á todos los que ama, tiénelos su corazón por niños y siempre se sorprende al mirarlos hombres.

—Adelante, Manuel, adelante. ¡Qué chicos éstos y cómo van haciéndonos viejos!

Paco, sin querer, piensa que cuando él nació ya pasaba de vieja la buena señora.

—Cosas del mundo—dice el alcalde—unos bajamos para que suban otros. ¿Y el padrino?

—¡El padrino!... En el jardín, tan atareado como siempre: le han traído unas parras de Grecia, y las está plantando á ver si prenden; pero voy á llamarle. ¡Cuánto se va á alegrar!

La viejecita rebusca entre los pliegues de su faldamenta: allí, pendiente de un cordón de seda, halla un silbo de plata: llévasele á los labios y modula una nota larga y vibrante.

—Ya viene, ya viene; ¡cómo se va á alegrar!

Doña María Inés es mujer práctica hasta lo inconcebible: su casa es un verdadero museo de artificios destinados á facilitar las tareas domésticas: en la escalera cuelgan de piso á piso cuerdas empuñadas: atadas á ellas envíanse de arriba á abajo los objetos, ahorrando así á la servidumbre la tarea de subir y bajar. Detrás de las puertas se disimulan nichos que guardan los plumeros y paños de limpieza propios en cada habitación: hay aguamaniles en todos los rincones; pasadizos y puertas de escape sin número con destinos hábilmente estudiados.

Como en verano, buscando el fresco, habita la familia en la planta baja, y en invierno, en querencia de abrigo, se remonta al primero; hay dos cocinas y dos despensas y dos roperos igualmente provistos y aderezados. Con esto la mudanza de piso no ocasiona trastornos, pues no hay que trasladar ni un plato ni un garbanzo. Ultimamente doña María Inés ha inventado este refinamiento del silbo de plata. El padrino, llevado de su amor á la jardinería y horticultura, se escabulle hartas veces en el huerto: otro tanto sucede con los domésticos: á la señora parécete el llamarlos á voces cosa plebeya y de mal tono. «Pondremos—dijo el padrino consultado sobre la ardua cuestión—una campana en el vestíbulo: cuando nos necesites...» «Pero ¿y si os necesito precisamente no estando en el vestíbulo, habré de ir en busca de la campana?»—arguyó doña María Inés. Y cavilando, cavilando dió en la idea del

silbo. Será como una segunda voz mía, puesto que irá conmigo; pero voz fina y musical, y argentada, dado que el silbo ha de ser de plata. Decidido el caso, fué el padrino á León y compró el instrumento. Tejió la señora, por el ancestral método del manojito de llaves, un cordón primoroso y hé aquí en funciones la segunda y argentada voz; pero al primer ensayo surgió una inesperada dificultad. Fué el caso que el padrino estaba en el jardín podando parras; Carlota la doncella en el piso primero haciendo la limpieza; Juana la cocinera se hallaba en el corral pelando un ganso; el cochero Gerardo quitando el polvo al coche en la cochera;—es de advertir que en Sotonegro y bajo el cetro amable de la dama todo el mundo está siempre donde debe estar;—Doña María Inés quiso hablar á su esposo: ¡aquí del silbo! Silbó: á la verdad la nota era todo lo fina y argentada posible: aún estaba nuestra buena señora recreándose en oír la vibrar, cuando á su gran sorpresa, hallóse rodeada de toda la familia. Llegó el padrino, verdaderamente; pero con el padrino, y aun antes que él, llegaron Carlota y Juana, y Gerardo, más el jardinero y la portera y el mozo de cuadra. ¡Válganos el Señor, qué partida nos ha jugado el silbo! Doña María Inés medita, y de la meditación surge un reglamento. Si se trata de llamar al padrino silbará una vez sola—á tout seigneur, tout honneur—dos si á la cocinera, tres si á la doncella, arriva et sic de ceteris, aumentando silbidos á medida que bajan categorías; y para que así conste y se recuerde, el padrino, con magnífica letra redondilla, redacta un cuadro que es como sigue:

USO DEL SILBO DE LA SEÑORA, Y SU SIGNIFICACIÓN

- | | |
|---------|--|
| 1 silbo | —Es para llamar al señor D. Carlos, su esposo. |
| 2 " | —Id. id. id. á Juana. |
| 3 " | —Id. id. id. á Carlota. |
| 4 " | —Id. id. id. á Gerardo. |

Cerrado el documento con un rasgo digno de lutzeta, clavóse con doradas tachuelas en la pared frontera del vestíbulo... y aún rige.

Entretanto ha llegado el padrino: viste un holgado levitón; libra del sol la calva con un vetusto jipijapa, y lleva lentes de oro. Rancia costumbre de sus buenos tiempos, dáselas de gallardo al andar, pero ya la tierra va tirando de él y su espalda encorvándose responde al llamamiento. Hay por parte de visitantes y visitados cambio caluroso de amabilidades y saludos. Doña María Inés contempla á su marido con sonriente arrobamiento, como si Adonis fuera y por primera vez le mirara: ¡y qué amable en su rostro de vieja aquella sonrisa de amor siempre joven!

—¿Dónde estabas, hijito? Creí que no me oías y estos muchachos se impacientaban.

Señor Manuel Trelles se esponja. Siempre complace oírse llamar joven por una dama, siquiera sea tan vetusta como doña María Inés.

—Por supuesto, que coméis con nosotros.

—¡Pues no faltaba más!—Doña María Inés silba dos veces: como por arte mágico surge á su lado Juana.—Estos señores comen con nosotros: dispón la mesa bajo el emparrado y prepara un plato más de dulce.

Este plato de dulce es para el niño, piensa maternalmente la señora: el niño es Paco

Trelles, que á la sazón está soñando que dentro de unos cuarenta días tendrá él Madrid á medio conquistar.

En la mesa, pulcramente servida bajo la parra que tiñe el damasco de los manteles con verdoso matiz aristocrático, los dos viejos obsequian á sus huéspedes: tales Baucis y Filemón agasajando á los dioses en el umbral de su feliz cabaña. Rayos de sol, haciendo prisma del cristal de los vasos, tienden de punta á punta de la mesa bandas de iris, y echan en los manjares sal de policromía. Hay gorriónes desvergonzados que llegan á la mesa en busca de pitanza; aleteos de sombras fugitivas acarician los rostros de los comensales, y piando bajito—en Sotonegro hasta los pájaros saben de corrección—dan conocido los pájaros.

Habla el padrino:

—Muy acertada me parece esa resolución: tú, Paco, eres muchacho listo, ocupas una posición influyente, y por lo tanto tienes grandes deberes que cumplir—el padrino, que lee muchos libros, habla como un periódico,—grandes deberes, digo, porque en gran parte la felicidad de Puente-la-Piedra depende de ti. Un golpe de tos corta el hilo al padrino: su rostro se amorata; el de doña María Inés enlívetece de inquietud; pasa la crisis.

—¿Estás mejor, hijito?

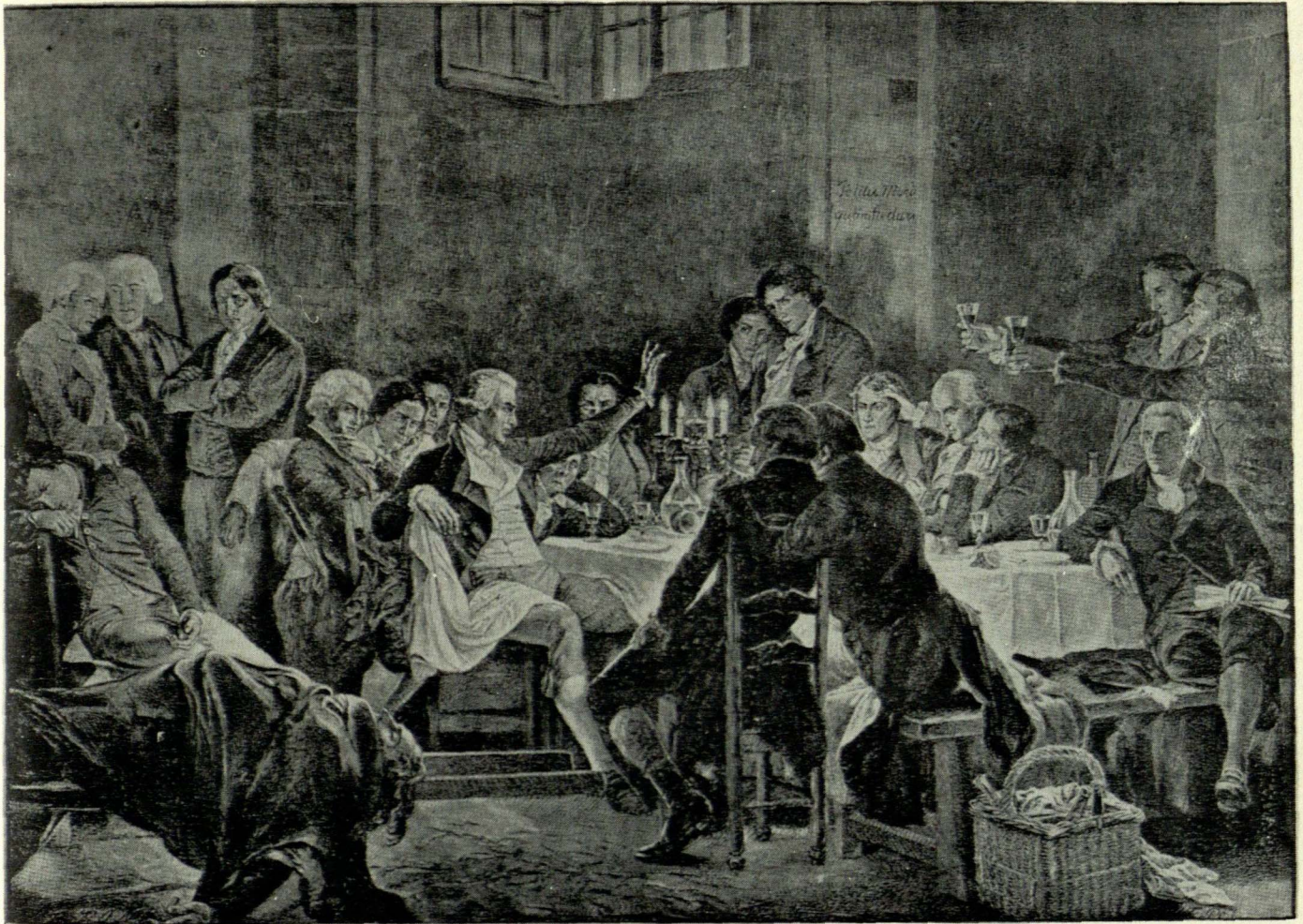
—Perfectamente; no va uno quedando para nada.—Y sonriendo, añade: He enfermado del pecho á fuerza de partir pan á los hijos.

Este es un chiste con veinte años de fecha: los veinte que el padrino lleva de tos. Doña María Inés le acoge siempre con una sonrisa emocionada. Le dice su marido y evoca la memoria de los hijos. ¡Cosas tiene la vida...! Haber criado diez y no tener ninguno. Todos están lejos; unos más lejos que otros, puesto que no están en el mundo. Cuatro murieron de pequeñitos, hace medio siglo, cuando ella estaba aún bien cerca de los veinte. Otros dos en la flor de la edad. De los cuatro que viven, el uno marchó á Cuba hace treinta años, y no piensa en volver. La pequeña entró á monja y hoy es abadesa, y las otras casadas están una Sevilla y otra en Huesca. Cada dos ó tres años tienen los viejos una visita, y ya conocen ocho nietos. Uno, la mayor de Sevilla, se va á casar por Pascua. ¡Qué vida ésta! Desde que se quedaron solos se quieren más, y así lo van pasando hasta que Dios disponga. El la tiene un amor caballeresco, hecho de sumisiones y galanterías, que huele á rosas secas y á madrigal de antaño. Ella le cuida, le mima, arrullándole, le llama hijo, le mira buen mozo y le admira gallardo, tal como en las retinas de su alma le pintó hace diez lustros el cariño.

Encalmada la tos, prosigue el padrino:

—Grandes deberes, Paco. El pueblo es un eterno menor de edad: los que le rigen son sus tutores naturales y obligados están á adquirir ciencia y experiencia, todas las que á él le faltan. Bien haces, pues, yendo á la corte, centro y emporio del saber nacional, bien haces; que el caciquismo, tan denigrado en libros y papeles, es, si bien se medita, pasto-





H. PHILIPPOTEAUX: El banquete de los Girondinos

reo lícito, siempre que quien lo ejerce reúna dotes para ejercerlo. La política inglesa ha comprendido bien...

Así el padrino sigue la perorata, hueca y rotunda como artículo de fondo. Doña María Inés le escucha en éxtasis. ¡Lo que sabe este hombre! Señor Manuel Trelles asiente con monosílabos acomodaticios. ¡Es mucha ciencia aquella!

Paco no sabe lo que le pasa. Es decir, que el viaje, *su viaje*, significa todas aquellas cosas... Que es un problema y un deber sacrosanto, cosa no sólo de política, sino de política inglesa... ¡Este pobre señor está loco! Sus peroratas son como el silbo argenteo de su señora doña María Inés.

Pero es el caso que á la tardcecita, de vuelta al pueblo, las tales peroratas que en Sotonegro le sonaron á broma, camino de Puente-la-Piedra, entrándosele por los oídos de la vanidad, comenzaron á sonarle á veras. ¿Por qué no había de ser cosa de intrínquilis el que él se fuese ó se dejase de ir? ¿Por qué no había el pueblo de andar interesado en ello? ¿Por qué no había de ser él hombre significado y elemento social y hasta político á la inglesa? ¿Por qué? En porqués y porqués pasó el camino, y á la noche en el claustro de la Asunción hablaba el mozo de esta suerte á la desoladísima Elena:

—Ya ves tú, yo por mí me quedaría, pero no puede ser: tengo grandes deberes que cumplir con el pueblo.

G. MARTINEZ SIERRA.

LA MUERTE DE LA SERPENTINA

En el cesto, entre sus compañeras, la serpentina rosa soñaba un sueño de su mismo color: veía cielos rosados, labios rosados, pétalos de rosa esparcidos, exhalando dulcísimo perfume.

—«Cuando me lancen al aire—pensaba la serpentina rosa—caeré en el seno de una niña hechicera, de alguna virgen de diecisiete años,—seno que el primer latido de amor aún no consiguió agitar misteriosamente.—Caeré allí como en su nidal la paloma, y al choque de mi enroscado cuerpo, el cuerpo iracundo se estremecerá de indefinible emoción. El golpe sordo de la serpentina rosa retumbará en el alma nueva, en el capullo de alma. ¡Ah! Que no tarden en arrojarme al aire.....Que llegue pronto mi vez».

Y la vez no llegaba. Serpentinillas verdes, amarillas, bermejas, azules, volaban desenroscándose al dirigirse al blanco, y se entretejían en aérea red, suspensas de los balcones enganchadas en las ramas desnudas de los árboles, desgarrándose en los picos de latón de los faroles. Del fondo del cesto no lograba salir la serpentina rosa.

Por fin.....¡Ah! ¡Gracias á la suerte! Ya rompe la serpentina su cárcel; ya, desenrollada el cabo, se siente disparada en el vacío.....Su golpe mate va á dar contra un pecho de mujer. Pero el pecho, ni tiene elasticidad ni color: diríase que es el estérnón de madera de alguna efigie olvidada en

su camarín, sin cirios ni exvotos, y ya resguardada por la costra dura del olvido. La mujer del pecho insensible, tranquilamente, ha rechazado con la mano la serpentina rosa, y ésta va á hundirse en fango, donde la pisotean primero y se la disputan después cien granujillas de manos sucias y boca maldiciente y procaz. Cubierta de barro, ya nadie podría reconocer á la serpentina rosa: su bonito color se ha convertido en un tono triste, apagado y obscuro, el matiz de la tierra arcillosa, amasada con el agua llovediza que la impregnó; su forma redonda ha desaparecido; vedija informe, de la cual se lleva cada golfo un pedazo en las uñas, en eso ha parado la serpentina hace dos minutos tan flamante y tan llena de ambiciosas ilusiones.....

Y ella, la pobre serpentina rosa, no siente ni la caída en el barro, ni las heridas y desgarrones que han lacerado sus entrañas. No. El secreto me ha sido revelado para que yo lo divulgue. Lo que siente la serpentina rosa, al morir, creedlo, vosotros los que pisáis sus rostros despedazados y ya incorporados al cieno que se os pega á las suelas de las botas—lo que siente, lo que le duele con dolor incurable, es el golpe que se dió contra aquel pecho sin calor ni elasticidad, cuando pensaba caer sobre un corazón vivo y palpitante, que á su contacto se estremeciese.

EMILIA PARDO BAZAN.

AL PARTIR EL TREN

Hace algunos años fui testigo casual de una de las escenas más dramáticas que he presenciado en mi vida.

Por circunstancias que ahora no recuerdo, me encontraba lejos de mi casa un día veinticuatro de diciembre, fecha en que la Nochebuena reúne a las familias al calor del hogar. Conforme se aproximaba la hora clásica de la fiesta, se me iba haciendo más insoportable la huraña soledad de mi cuarto; un cuarto alquilado en uno de los hoteles de Córdoba. A las diez de la noche no había casi nadie en el casino. Hasta la sala de juego estaba desierta. En los cafés había también escaso público. Toda la vida de la vieja ciudad de los Califas había refluído seguramente a los hogares, donde pocas horas después se celebraría en familia el nacimiento de Jesús.

En los barrios populares se notaba mayor animación. Turbas de chicleos recorrían las calles con horrible estrépito de zambombas, panderos y almireces. De vez en cuando, se oía resonar un villancico entonado con voz aguardentosa por algún borracho que se había anticipado a la Misa del gallo.

Salí del hotel a la ventura. Sin darme cuenta del trayecto que había recorrido, me encontré junto a la estación. Eran las diez y media. A las once y cuarto pasaba para Madrid el expreso de Sevilla, el tren «de lujo». Como en Córdoba no tenía yo amistades ni ocupaciones graves que ocuparan mi tiempo, solía algunas noches, como recurso de forastero aburrido, pasearme por el andén y presenciar la llegada y la partida del expreso, cosas ambas que no me interesaban ni poco ni mucho, pero con las cuales mataba unas cuantas horas de tedio.

Aquella noche hice lo mismo. La costumbre me llevó a la estación.

Nada hay más opuesto al sabor tradicional de la Nochebuena que el celebrarla paseándose por el andén de una vía férrea. Los rieles que avanzan, que se entrecruzan, que se prolongan en distintas direcciones, dan precisamente una idea contraria a la del recogimiento del hogar y el suave calor de la familia. Aquello es el ir y venir de gentes que no se conocen, que no se detienen; de personas que el azar reúne dentro de un coche durante unas cuantas horas, quizá para no volverse a ver más, en el trajín de una humanidad indiferente, sin vínculos, sin afectos; de una muchedumbre errante envuelta en el vértigo de la velocidad, que la arrastra en un eterno cambio de paisajes y de perspectivas. En Nochebuena no viaja casi nadie. Los espíritus más refractarios a la tradición evitan, si pueden, pasar en un vagón ferroviario, alumbrado por la luz livida é insegura del fanal de aceite, la hora gloriosa y dulce en que el Niño Nazareno viene a la tierra en un establo.

A la estación llegaba también como un reflejo yerto de la alegre Nochebuena. Era como una vaga irradiación del calor de los hogares. Los pocos viajeros que habían llegado a las nueve por la línea de Málaga para enlazar con el expreso, se agrupaban en un extremo de la mesa del comedor de la fonda, junto a la chimenea en que ardía chisporroteando el carbón de cok. Obligados sin duda a viajar durante aquella noche, se había establecido entre ellos una cordialidad familiar, con la cual procuraban engañar la nostalgia de sus hogares. Habían pedido dos botellas de champaña para celebrar la Nochebuena. Los camareros atendían a la mesa con displicencia, mirando impacientes la esfera

del reloj. La dueña de la fonda, que solía vigilar el servicio con una sonrisa amable, complaciente para sus parroquianos, se impacientaba también, deseando «despachar el expreso» y marcharse a su casa.

En el andén, barrido por ráfagas secas y glaciales, los mozos de vía y de equipajes desempeñaban de mala gana sus faenas. Algunos conservaban con esfuerzo el equilibrio. Se les veía ir y venir entrando apresuradamente en la cantina. Al salir, se oían los chasquidos secos de sus labios paladeando el aguardiente. Tras de la valla de madera que separa las vías férreas de las calles de la ciudad, sonaba cada vez más destemplado el estrépito de las voces, de las zambombas y de los panderos.

De pronto sonó un timbre. Minutos después brilló en la obscuridad a un cuarto de kilómetro, junto a las agujas, el disco rojo de señales, dando vía libre. Luego se percibió un sordo rumor; rasgaron la sombra las luces de la máquina, y entró silbando el tren expreso, haciendo trepidar las planchas de hierro de las plataformas y la cubierta metálica de la estación.

El convoy se detenía en Córdoba diez minutos. Los vagones venían casi vacíos. A través de los cristales del coche-salón, que la helada empezaba a empañar, se veía a unos cuantos viajeros, extranjeros en su mayoría. En uno de los departamentos viajaban dos jóvenes, hombre y mujer, que seguían hablándose al oído durante la parada, sin darse cuenta quizá de que el tren se había detenido. ¿Estaban en Córdoba? ¿Estaban en Calcuta? ¿Qué les importaba! El amor pasaba bien la Nochebuena en cualquier parte.

La máquina había parado precisamente cerca de mí, junto a una manga de aguada, y el monstruo absorbía el líquido por sus fauces sedientas, en tanto que el vapor se escapaba con violencia por sus costados.

Mientras el fogonero vigilaba la operación, el maquinista había bajado de la máquina. Se acercó al poste de hierro, apoyó el brazo en la columna metálica, y en el brazo la ennegrecida frente. Con gran frecuencia dirigía una mirada llena de ansiedad hacia el otro extremo del andén. Era tan dolorosa su impaciencia, había tanta angustia en su mirada y en su silencio, que de pronto llamé mi atención. El maquinista tendría próximamente unos treinta años. A través de la máscara de

carbón adherida a su rostro, se adivinaba una fisonomía expresiva é inteligente. Debía de sufrir mucho en aquellos instantes, porque el dolor descomponía sus facciones.

Un mozo de vía cruzó rápidamente junto a nosotros con una linterna en la mano.

El maquinista, al verle venir, se irguió con un movimiento brusco, y su palidez se hizo más intensa.

El obrero, sin detenerse apenas, exclamó casi gritando:

—Estuve en tu casa esta mañana. El niño está mejor..... adiós.... ¡buen viaje!—Y se alejó haciendo oscilar violentamente su linterna.

Sacudido por una emoción profunda, el maquinista balbuceaba como idiotizado:—¡Mejor! ¡mejor! ¡Esta mañana estaba mejor! Pero ella ¿por qué no viene? ¿por qué no viene alguien.....?—La voz del fogonero resonó cariñosamente desde lo alto de la máquina:—¡Animo, señor Juan.....!

En esto dieron el aviso de «viajeros al tren». El maquinista ganó el estribo como un autómata. Tenía una mano apoyada en el regulador, y asíó con la otra la cadencia del silbato. Su cabeza permanecía obstinadamente vuelta hacia el andén. El jefe de estación marcó la salida al convoy. Resonó un silbido; la máquina arrojó un chorro de blanco vapor por los costados y una negra columna de humo por la chimenea. El tren se puso en marcha.

Entonces, cuando las ruedas daban la primera vuelta, surgió bruscamente entre las nubes de vapor y humo una mujer, un fantasma de mujer desgredado, pálido; una trágica aparición. Siguió un instante la marcha lenta del tren. Su mirada se cruzó con la del maquinista. Entonces llegó hasta mis oídos este grito desgarrador:

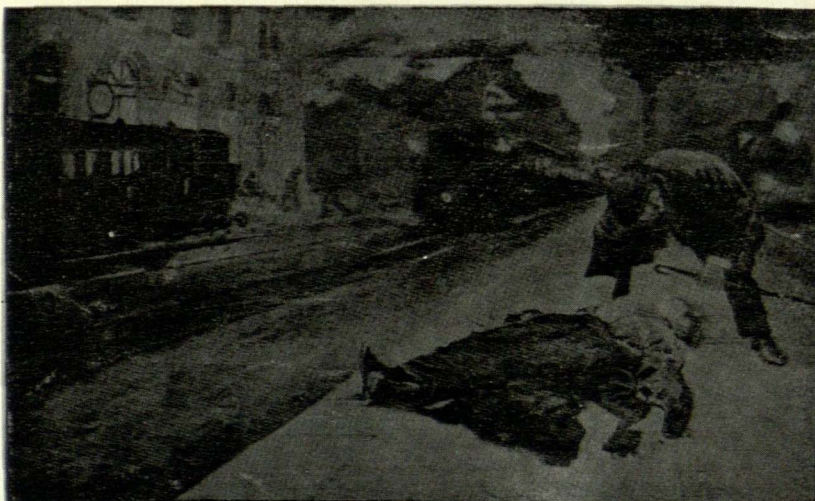
—¡Juan! ¡Juan! ¡nuestro hijo.....!

No pudo añadir una palabra más. Bastaba el grito; era un grito de muerte.

El tren había ganado velocidad; había partido. Creí ver un instante al maquinista con medio cuerpo fuera de la máquina y sujeto por la cintura por el brazo del fogonero. Una ráfaga fría desgarró las flotantes nubecillas de vapor. Sobre las duras losas del andén vieron mis ojos el cuerpo inanimado de la mujer, crispada la boca por el dolor, vidriados los ojos. Había caído de espaldas, con los brazos en cruz. Me pareció la maternidad crucificada.

Fuí el primero que la auxilió. Nunca olvidaré aquella Nochebuena.

LUIS LOPEZ-BALLESTEROS.





Baile de Carnaval

DE MI DRAMA "MASCARADA"

INÉDITO

..... y pasan. Se oye, primero clara, vagamente después, algo como un rumor de colmena; algo que pinte esa locura absurda de la vida; consorcio cruel de risas, insólitas tristezas..... gemidos de una raza enferma de desear.

Hecho el silencio, uno de los de la comparsa, abandonada su escondite, arroja la careta y dice:

Al fin se fué esa chuzma ¡qué carnaval tan triste, orgía de las pasiones, reino de la mentira donde el verdugo es mártir, los histriones sollozan y esconden en el alma su amargura infinita!

[sonríe con tristeza]

¡Sí... sí, soy de los vuestros; carroña, podredumbre... y ¿ayer? fui anhelo, chispa, quizá la luz de un astro, algo ayer me quedaba; hoy no, ni aun el derecho que tuve en días mejores para verter mi llanto.

[con acento filosófico]

¿Por qué nacer entonces? ¡misterio inexplicable! guay de los que han nacido! que rueden, que se enloden ¡son un grumo de cera? ¡son un lampo de nieve? la luz se extingue en sombra; y el agua se corrompe.

Así rodamos todos hasta que llega un día en que al batir sus alas nuestra razón, despierta al grito de la vida que dice:—"Tus hermanos, la gran familia humana, la sociedad te espera."

[recordando]

Y al desplegar mis alas, ¿qué voy á hacer?—me dije; si preguntan ¿qué traes? si preguntan ¿quién eres?

¿qué vas á responderles? lo que debo, lo cierto; ¡fuera la careta! los honrados no mienten.

Pecar y arrepentirse, esa es la ley del hombre; no haber pecado nunca, el ideal del ángel; el fardo de las culpas por enorme que sea con levantar la frente y ver al cielo, cae.

A expensas del orgullo, se agigantan los vicios; que sepan mis amigos á quién tienden su mano; suceda lo que quiera, hay que marchar de frente; de frente al impecable, de frente al degradado.

No, no quiero engañaros, sabed quien soy, les dije; al que me da su mano yo nunca le traiciono; mi punto de partida fué sombra, pero llevo luz para mi conciencia y..... ¡perdón para todos!

El grito de la bestia, la sombra que se impone; con titánico empuje el mal y el bien luchando; una fuerza maldita que me dice:—"es inútil, imbécil, no batalles, no te canses en vano."

¡Mentira! los que ascienden, los que buscan verdades, los que marcan con sangre de sus pasos la huella, ¿qué importa que en la cima encuentren el escarnio? ¡donde el martirio acaba, la redención comienza!

¿Que soy bueno? no es cierto; dudar frente á lo justo, acallar nuestros vicios por atrapar amores y ser á medias bueno y ser á medias malo es del todo ser malo según mis convicciones.

He dicho la verdad. Tendedme vuestra mano; superior á mis culpas han sido mis pesares. ¿Seré bueno? por fuerza, ¿cuándo será?.....algún día si me ayudáis vosotros ¡oh blancos ideales!

[con amarga sonrisa]

Soberbia carcajada llegó hasta mis oídos. Sentí rabia, desprecio, después frialdad inmensa;

rodeáronme y en coro preguntaban, reían los unos á hurtadillas, otros á boca llena.

—"Este loco se marcha ¡loquero! ¡no le sueltas!" gritaba aquella chuzma sarcástica, inhumana, —"Arlequín, Colombina, detenedle por fuerza, si dan por allí todos, ¡se agüó la mascarada!"

[Pausa breve]

¡Pobre de mí! insensato, amar es dirigirse con fuerza misteriosa tras lo que no se tiene, tras de lo que nos huye, tras de lo que nos falta; me entregué sin reserva..... ¡quién había de quererme!

En tanto, aquel barullo de risas y de insultos se alejó satisfecho, yo quedé anonadado y al volver de mi asombro, ví unos trapos chillantes con cintajos y cuentas que entre mis pies dejarou.

Reid también vosotros pero, sabedlo, entonces bebiéndome mi llanto, lancé una carcajada y cogí los harapos ¡son éstos!..... ¡qué alegría!..... pero ¡ay! ¡si comprendierais la pena que me mata!

¿Cuando albeará esta noche en que mi alma se abisma? ¿quién será el empresario? ¿la comedia es eterna? ¡no fué noble lo que hice?

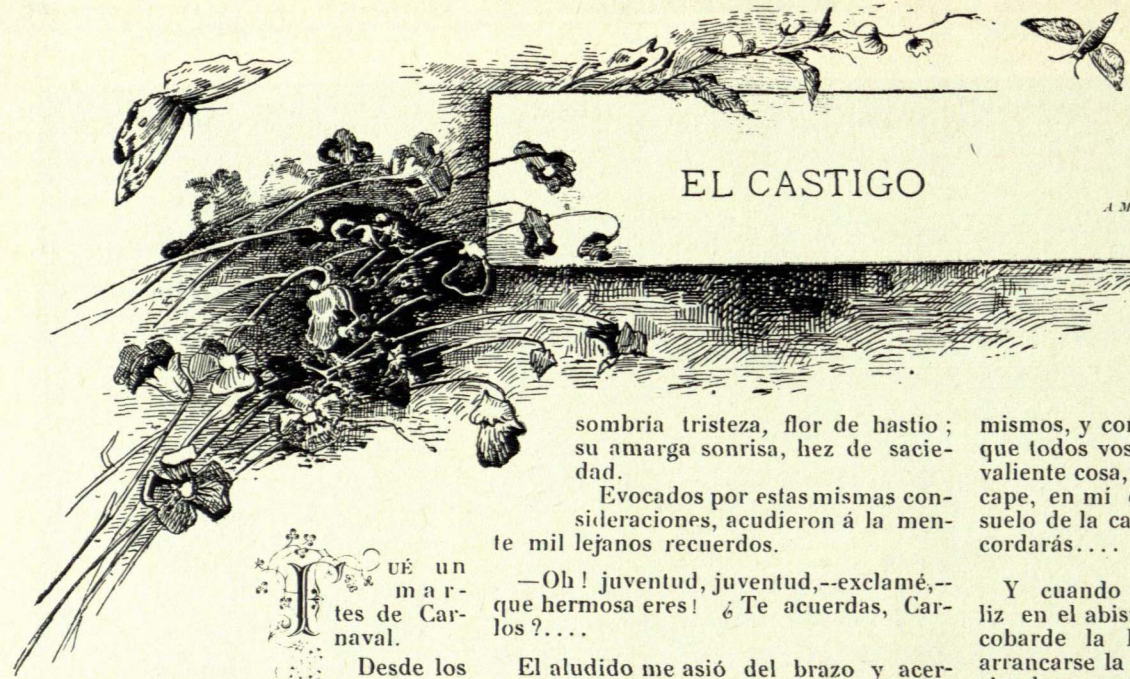
[ahora, por el contrario, óyese vaga, luego claramente, eso que debe recordar la locura absurda de esta vida, consorcio cruel de risas inconscientes, insólitas tristezas, los gemidos de una raza enferma de desear.]

¡Chist!..... silencio..... son ellos..... con permiso de ustedes, me pongo mi careta.

Lo hace, va al encuentro de la chuzma y continúa su marcha.

Telón lento.

MARCELINO DÁVALOS



EL CASTIGO

A Miguel Herrera Mendoza.

sombria tristeza, flor de hastio ;
su amarga sonrisa, hez de sacie-
dad.

Evocados por estas mismas con-
sideraciones, acudieron á la men-
te mil lejanos recuerdos.

—Oh! juventud, juventud,—exclamé,—
que hermosa eres! ¿Te acuerdas, Car-
los?...

El aludido me asió del brazo y acer-
cando á mi cara su rostro contraído,
dijome con el acento extraño de un so-
námbulo :

—Si; me acuerdo.... me acuerdo....
¡siempre me acuerdo!.... Ella vino á mí
y me invitó á bailar. Accedí no tanto por
galanteria cuanto por curiosidad. ¿Quién
será esta mascarita fina, nerviosa y deli-
cada? Sobre el motivo de una flor que
llevaba prendida en el seno comenzó mi
galanteria. La hablé y la dije mil cosas
banales al principio; mas, después, arras-
trado por esa poderosa influencia que
en mis nervios ejerce un ambiente de
música, perfume y alegría, mi palabra
tornóse ardorosa é insinuante. Oh! lo
juro: al menos, en aquella hora, las fra-
ses brotaban sinceras de los labios. La
amaba, la amaba! ¿Sin conocerla? Si,
sin conocerla, y tal vez ¡ay! por eso mis-
mo: ¡sin conocerla!

En tanto, ella me oía con silencioso
arrobamiento. Fuertemente estrechada,
mientras la orquesta ejecutaba la par-
titura de un turbulento vals cómplice de
mi infame asechanza, yo la sentia palpi-
tar sobre mi pecho, y era su corazón co-
mo un pájaro que rompiera sus alas en
la reja de su cárcel. Al principio, cos-
tábale esfuerzo responder á mis pregun-
tas impacientes. Comenzaba una frase
y el rubor se la interceptaba dos, tres,
cuatro veces, y sólo á fuerza de astucia,
de pérfidos halagos y de engaños, fue ce-
diendo hasta confiarme su secreto ente-
ro: Me amaba, me había amado sin ha-
berme visto jamás y á causa de mis ver-
sos que ella leía de noche y repetía más
tarde, después de acostada, como se dice
una oración querida. Por verme, por
contemplarme de cerca había acudido á
aquel baile, en donde estaba segura que
me encontraría, porque su corazón se
lo había predicho y su corazón siempre
le era fiel.

Tanta candidez, ni me detuvo ni me
impresionó siquiera. Por el contrario,
mientras ella me hacia de ese modo su
confesión ingenua yo redondeaba los con-
tornos de mi pérdida emboscada. Tomé
de una silla un capuchón rosa que al-
guien había dejado allí abandonado, se
lo eché por encima del disfraz anterior
para hacerla inconocible de los suyos

misimos, y con aquella insolente audacia
que todos vosotros me aplaudiais como
valiente cosa, la saqué del baile y á es-
cape, en mi carruaje, la llevé al entre-
suelo de la calle Z. que tú sin duda re-
cordarás....

Y cuando ella, sintiéndose aún fe-
liz en el abismo á donde mi empujón
cobarde la habia hecho rodar, quiso
arrancarse la careta y mostrarme su son-
risa de enamorada, un gesto la detuvo:

—Oh! no; la dije ¿á qué desgarrar el
ropaje más hermoso de esta ilusión? ¿Por
qué abuyentar el ensueño? Tu frente,
tus ojos, tu boca sin duda son cosas muy
bellas, pero que de fijo he visto ya en
alguna otra parte, y de las cuales quizás
si estoy saciado; mientras que tu incóg-
nita, tu misterio, el absoluto descono-
cimiento de tu nombre y de tus faccio-
nes, será la única página de mi vida que
no me habrá causado al fin disgusto ó
aburrimiento.

Al oírme, la infeliz se tambaleó como
gacela herida mortalmente, dijo breves
palabras que no se entendieron, retroce-
dió de espaldas y ganó la puerta. Desde
entonces no la he vuelto á ver....

—Pero, después de todo, Carlos, no
encuentro que esa historieta valga tu in-
finita tristeza.

—Oh! espera....

—¿Acaso no terminó ahí tu aventura?

—Algunos meses más tarde, continuó
la voz enronquecida y extraña de mi ami-
go, recibí este billete.

Y de su cartera sacó un papel amari-
lento que decía:

“El fruto de tu maldad y mi candidez
ha nacido. Es un varón que llevará un
nombre honrado: el de *aquel* que á pe-
sar de mi falta me ha hecho su esposa.
Como por un refina-
miento de tu per-
versión moral no
quisiste conocer á
la madre, tampoco
conocerás al hijo; ese será
el castigo.—*Tu victima.*”

—Mi hijo cuenta ya diez y
ocho años de edad, —pro-
siguió Carlos, más y más
enronquecido,—y ha de ser
gallardo, hermoso, inteli-
gente y bueno. Ahora di-
me: ¿Cuál de esos que van
por ahí entre esa muche-
dumbre es mi hijo....?

FABIO FIALIO.



HUÉ un
mar-
tes de Car-
naval.

Desde los balcones del
Casino, el extenso paseo, inundado por
una muchedumbre inmensa, parecía la
paleta desordenada y brillante de un Dios
que fuera artista y loco.

Allá, á la distancia, los trajes de las
damas confundíanse con los abigarrados
disfraces; y, muchas veces, lo que al
principio parecíanos pomposo canasto
de flores, resultaba, ya de cerca, vehiculo
cualquiera que en haz apretado conducía,
pongo por caso, un Mefistófeles, dos Pie-
rrots, un Arlequín y un Polichinela.

Carruajes los habia de todas las for-
mas. Impedidos por la aglomeración
marchaban paso á paso; los unos, ja-
deantes; los otros, impacientes.

Al reparar en nosotros, muchos se de-
tenían para lanzarnos su mala intención
en el flechazo de alguna agudeza:

—¿Cuál de los dos es el Judas?

—¿Qué par de anzuelos tira el diablo
para pescar incautas!

—¿Cuán mal acompañados están en-
trambos!

Un dominó que conducía con mano
ejercitada las riendas de una carroza lle-
na de enmascarados, gritó sin detenerse:

—Oye, poeta malvado: aquí va tu víc-
tima.

Mi compañero se estremeció. Aquella
broma casual habia dado en el blanco.

Y, desde tal hora, ociosos quedaron
cuantos esfuerzos empuñé por sustraerle
á esa sombría abstracción en que su es-
píritu se sumerge de continuo, aun en
medio de los placeres de la orgía.

Yo le contemplaba con tristeza. En
verdad que Carlos no era ya un joven-
zuelo, pues que sus años frisaban en los
cuarenta y dos. No obstante conservá-
base fuerte, esbelto y bien parecido. Pero
¡ay! cuánta diferencia entre este taci-
turno compañero y aquel otro camarada,
alegre, decidor y genial, que con tanta
gallardía clavaba su inspiración amante
en el corazón de una mujer hermosa,
como su ágil acero en el pecho de un
adversario.

¿La causa de ese cambio en el carácter
de Carlos? Todos la ignorábamos. Rico,
hermoso y célebre por sus aventuras, sus
duelos y sus espléndidas extravagancias,
á la par que por el éxito triunfante de sus
versos, muchos sospechaban que aquella
brusca transformación era cansancio; la



LA CRUZADA DE LOS NIÑOS

Circa idem tempus pueri sine rectore sine duce de universis omnium regionum villis et civitatibus versus transmarinas partes avidis gressibus ecurrerunt, et dum quaeretur ab ipsis quo currebant, responderunt: Versus Jherusalem, quaerere terram sanctam..... Adhuc quo devenerint ignoratur. Sed plurimi redierunt, a quibus dum quaereretur causa cursus, dixerunt se nescire. Nudae etiam mulieres circa idem tempus nihil loquentes per villas et civitatis ecurrerunt.

RELACIÓN DEL GOLIARD

Yo, pobre Goliard, clérigo miserable, errante por bosques y caminos para mendigar en nombre de Nuestro Señor el pan cotidiano, he visto un espectáculo piadoso y oído las palabras de los pequeñuelos. Sé que mi vida no es muy santa y que he cedido á las tentaciones bajo los tilos del camino. Los hermanos que me dan vino, bien saben que estoy poco acostumbrado á beberlo; pero no pertenezco á la secta de los mutiladores. Hay malvados que les saltan los ojos á los pequeñuelos y les aserran las piernas y les amarran las manos, á fin de exponerlos é implorar piedad. Por eso he tenido miedo al ver todos estos niños. Sin duda Nuestro Señor los defenderá. Hablo al azar, porque estoy lleno de alegría. Río de la Primavera y de lo que he visto. Mi espíritu no es muy fuerte. Recibí la tonsura á los diez años y he olvidado las palabras latinas. Me asemejo á la langosta, porque brinco aquí y allá y zumbo y á veces abro alas de colores y mi cabeza pequeña es trasparente y vacía. Cuentan que San Juan se nutría de langostas en el desierto. Habría que comer muchas. Pero San Juan no era hombre hecho como nosotros.

Adoro á San Juan, porque era errante y pronunciaba palabras incoherentes. Esas palabras debían ser muy dulces. También la primavera es dulce este año. Jamás ha habido tantas flores blancas y rosadas. Las praderas están recién lavadas. Por dondequiera la sangre de Nuestro Señor brilla sobre los setos. Nuestro Señor Jesucristo es de color de lirio, pero su sangre es bermeja. ¿Por qué? No lo sé. Eso debe de estar en algún pergamino. Si yo hubiera sido hábil en las letras, tendría pergaminos y escribiría en ellos. De ese modo comería muy bien todas las tardes. Iría á los conventos á orar por los hermanos muertos é inscribiría sus nombres en mis rollos. Llevaría los rollos de abadía en abadía. Eso gusta á nuestros hermanos. Pero yo ignoro los nombres de mis hermanos muertos. Quizá Nuestro Señor tampoco se cuida de saberlos. Todos estos niños me parecen que no tienen nombre. De seguro Nuestro Señor Jesucristo los prefiere. Cubrían los caminos como enjambres de abejas blancas. No sé de dónde venían. Pequeños peregrinos,

llevaban bordones de nogal y de abedul. Llevaban la cruz en el hombro. Las cruces eran de diversos colores. Las vi verdes, que debían de ser hechas de hojas cocidas. Son niños salvajes é ignorantes. Se encaminan quién sabe hacia dónde. Tienen fe en Jerusalem. Pienso que Jerusalem está lejos. Nuestro Señor debe estar más cerca de nosotros. No llegarán á Jerusalem. Pero Jerusalem vendrá á ellos. Como á mí. El fin de todas las cosas santas está en la alegría. Nuestro Señor está aquí sobre este espinoso rojo, y sobre mi boca y en mi humilde palabra. Porque pienso en él, y su sepulcro está en mi pensa-

mis manos. Corren ellas ante mí como bestias escamosas y lívidas. Quisiera cortármelas. Me avergüenzo de lo que toquen. Me parece que hacen desfallecer los frutos rojos que cojo, y las pobres raíces que arranco parecen marchitarse á su contacto. *Domine ceterorum libera me!* El Salvador no expió mi pecado lívido. Estoy olvidado hasta la resurrección. Como el sapo sellado, al frío de la luna, en una piedra oscura, permaneceré encerrado en mi costra asquerosa cuando los demás se levanten con su cuerpo claro. *Domine ceterorum, fac me liberum; leprosus sum.* Soy solitario y tengo

horror. Sólo mis dientes han conservado su blancura natural. Las bestias se espantan, y mi alma quisiera huír. La luz se aparta de mí. Hace mil doscientos doce años que su Salvador los redimió. Y no tuvo piedad de mí. Yo no he sido tocado con la lanza sangrienta que lo hirió. Quisiera la sangre del Señor de los otros me hubiese curado. Pienso á menudo en la sangre; podría morder con mis dientes; son cándidos. Puesto que él no ha querido dármele, tengo avidez de tomar la que le pertenece. Por esto he espiado á los niños que descendían del país de Vendôme hacia esta floresta del Loira. Llevaban cruces y estaban sometidos á EL. Sus cuerpos eran su cuerpo y él no me ha hecho partícipe de su cuerpo. En la tierra me rodea una maldición lívida. Me he puesto en atisba para chupar sangre inocente del cuello de uno de sus niños. *Et caro nova fiet in die irae.* El día del terror mi carne será nueva. Y tras los otros marchaba un niño fresco, de cabellos rojos. Le noté y salté súbitamente, y le tapé la boca con mis manos horripilantes. No estaba vestido sino con una camisa burda; tenía los pies desnudos, y sus ojos se conservaron plácidos. Y me miró sin asombro. Sabiendo que no gritaría, tuve el deseo de escuchar todavía una voz humana, y quité mis manos de su boca, y no se la enjugó. Y sus ojos estaban puestos en otra parte.

—¿Quién eres? le dije.
—Juan el Teutón, repuso.

Y sus palabras eran límpidas y saludables.

—¿A dónde vas, le dije?

Y respondió: á Jerusalem á conquistar la Tierra Santa.

Entonces me eché á reír y le pregunté: ¿dónde está Jerusalem?

Y respondió: no sé.

Y dije todavía: ¿Cómo podrás ir allá?

Y me dijo: no sé.

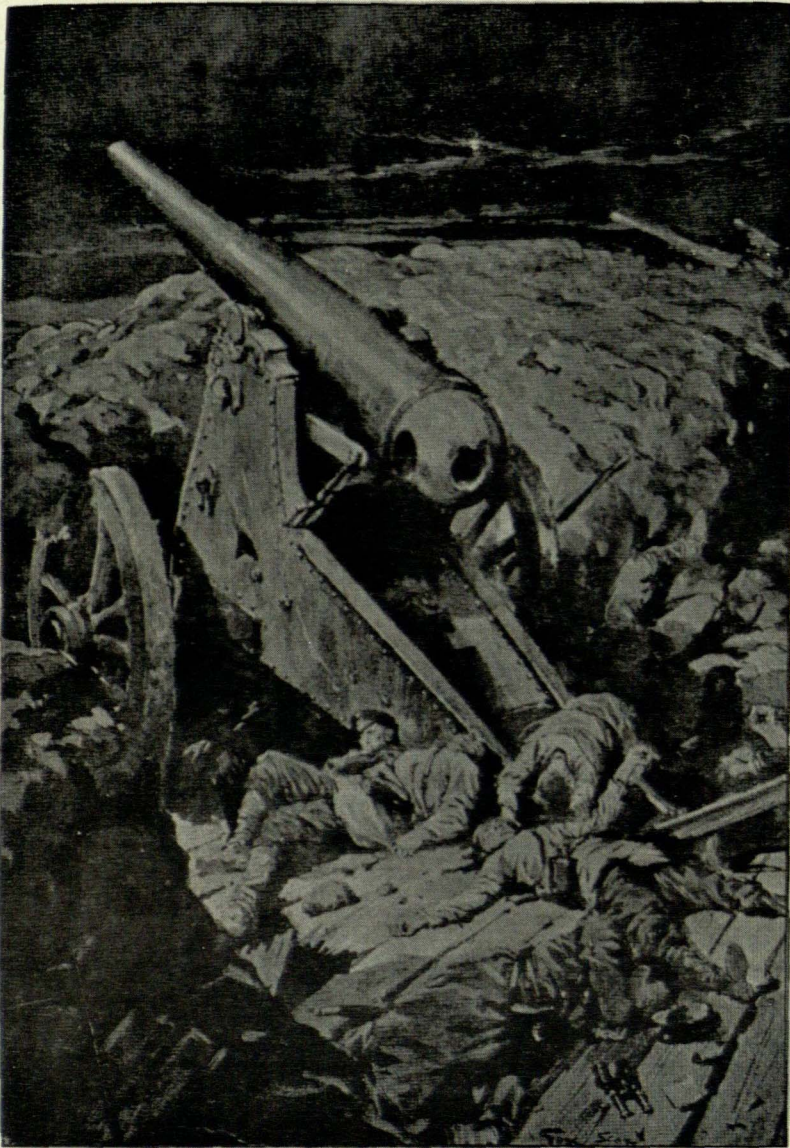
Y dije todavía: ¿qué es Jerusalem?

Y me respondió: es Nuestro Señor.

Entonces me eché á reír de nuevo y pregunté: ¿quién es tu Señor?

Y me dijo: no sé; es blanco.

Y esta palabra me enfureció, y abrí mis dientes bajo mi capucha y me boté sobre su cuello



GUERRA RUSO-JAPONESA: Una batería reducida al silencio

miento. Amén. Me acostaré aquí al sol. Es un lugar santo. Los pies de Nuestro Señor santifican todos los lugares. Dormiré. Jesús hace dormir por la noche todos esos pequeñuelos blancos que llevan la cruz. En verdad se lo digo. Tengo mucho sueño. Se lo digo en verdad, porque quizá no los ha visto, y debe velar por los pequeñuelos. La hora del mediodía pesa sobre mí. Todas las cosas son blancas. Así sea. Amén.

RELACIÓN DEL LEPROSO

Si queréis comprender lo que voy á deciros, sabed que tengo la cabeza cubierta de una capucha blanca, y que me ocupo en hacer sonar una matraca de madera dura. No sé ya cual es mi rostro. Pero tengo miedo de



fresco, y no retrocedió; y le dije: ¿por qué no tienes miedo de mí?

Y dijo: ¿por qué tener miedo de ti, hombre blanco?

Entonces grandes lágrimas me agitaron, y me tendí en el suelo, y besé la tierra con mis labios terribles y grité: porque soy leproso!

Y el niño teutón me miró y dijo límpidamente: no sé.

No ¡ha tenido miedo de mí! No ha tenido miedo de mí! Mi monstruosa blancura es para él semejante á la de su Señor. Y tomé un puñado de yerba y enjugué su boca y sus manos, y le dije:

—Vete en paz hacia tu Señor blanco, y dile que me ha olvidado.

Y me miró el niño y no dijo nada. Le acompañé hasta fuera de la sombra de esta selva. Marchaba sin temblar. Vi desaparecer sus cabellos rojos á lo lejos en el sol. *Domine infantium, libera me.* Que el ruido de mi matraca llegue hasta ti como el sonido puro de las campanas, Señor de los que no saben, líbrame!

RELACIÓN DEL PAPA INOCENCIO III

Lejos del incienso y de las casullas puedo fácilmente hablar á Dios en esta estancia desdorada de mi palacio. Es aquí á donde vengo á pensar en mi vejez, sin que me sientan de los brazos. Durante la misa mi corazón se eleva y mi cuerpo se yergue; el cintilar del vino sagrado llena mis ojos, mi pensamiento es lubricado por los óleos preciosos; pero en este lugar solitario de mi basílica puedo inclinarme bajo mi fatiga terrena. *Ecce homo!* Porque el Señor no debe de oír verdaderamente la voz de sus sacerdotes á través de la pompa de los mandatos y de las bulas; y sin duda ni la púrpura, ni las joyas, ni las pinturas le agradan; pero en esta celda tiene quizá piedad de mi balbuceo imperfecto. Señor, estoy muy viejo, heme aquí vestido de blanco delante de ti, mi nombre es Inocencio, y sabes que yo no sé nada. Perdóname mi papado, que ha sido instituido y yo lo sobrellevo. No soy yo quien ha ordenado los honores. Prefiero ver tu sol por esta claraboya, más bien que en los reflejos magníficos de mis vidrieras. Déjame gemir como otro viejo cualquiera y volver hacia ti este rostro pálido y rugoso que con gran trabajo saco de las ondas de la noche eterna. Los anillos se salen de mis dedos enflaquecidos, como se van escapando los últimos días de mi vida. Dios mío, soy aquí tu vicario, y tiendo hacia ti mi mano hueca llena del vino puro de tu fe. Hay grandes crímenes. Hay grandísimos crímenes. Podemos darles la absolución. Hay grandes herejías. Hay grandísimas herejías. Debemos castigarlas sin piedad. En esta hora en que estoy aquí arrodillado, blanco en esta estancia blanca desdorada, sufro de una grande angustia, Señor, no sabiendo si los crímenes y las herejías son del pomposo dominio de mi pontificado ó del pequeño círculo de luz en que sencillamente junta sus manos un anciano.

También me conturba lo que concierne á tu sepulcro. Siempre rodeado por infieles. No se ha sabido arrebatarlo. Nadie dirige ya tu cruz á la Tierra Santa; estamos sumergidos en la tibieza. Los caballeros descifren sus armas, los reyes ya no saben mandar. Y yo, Señor, me acuso y me golpeo el pecho; estoy demasiado viejo y demasiado débil.

Ahora, Señor, oye este trémulo cuchicheo que se eleva de esta celda de mi basílica, y aconséjame. Mis servidores me han traído extrañas nuevas desde tierras de Flandes y Alemania hasta las ciudades de Marsella y de Génova. Sectas ignoradas van á nacer. Se han visto correr por las ciudades mujeres desnudas que no hablan. Esas mudas impúdicas señalaban el cielo. Los locos han predicado la ruina en las plazas públicas. Los ermitaños y los frailes errantes van llevando rumores. Y no sé por qué sortilegio más de siete mil niños han sido atraídos fuera de sus casas. Siete mil van por el camino llevando la cruz y el bordón. No tienen qué comer. No tienen armas. Son incapaces y nos avergüenzan. Ignoran toda verdadera religión. Mis servidores los han interrogado. Responden que van á Jerusalem á conquistar la Tierra Santa. Mis servidores les han dicho que no podrán atravesar el mar, y han respondido que el mar se secaría y se abriría para darles paso. Sus buenos padres, piadosos y discretos, tratan de detenerlos; pero rompen los cerrojos durante la noche y saltan las murallas. Muchos son hijos de nobles y de cortesanas. Señor, todos esos inocentes serán entregados al naufragio y á los adoradores de Mahoma. Veo al Sultán de Bagdad espíandolos desde su palacio. Tiemblo al pensar que los marineros se apoderen de ellos para venderlos. Señor, permitidme que os hable según las fórmulas de la religión. Esta cruzada de niños no es una obra pia. No podrá ganar el sepulcro para la cristiandad. Aumenta el número de los vagabundos que erran en la frontera de la fe autorizada. Nuestros sacerdotes no pueden protegerlos. Debemos creer que el Malo posee á esas pobres criaturas. Van en rebaño hacia el precipicio como los puercos en la montaña. El Malo se apodera fácilmente de los niños, Señor, como sabéis. En una ocasión tomó la figura de un cazador de ratas para arrastrar con las notas musicales de su gaita á los pequeños de la ciudad de Hamelin. Unos dicen que estos infortunados fueron ahogados en el Wesser; otros, que los enterró en el flanco de una montaña. Temed que Satán lleve todos nuestros niños á los suplicios de los que no tienen nuestra fe. Señor, sabéis que no es bueno que la creencia se renueve. Apenas apareció la zarza ardiente, la hicisteis encerrar en un tabernáculo. Y cuando se escapó de vuestros labios sobre el Gólgota, ordenasteis que fuese encerrada en el copón y la custodia. Estos pequeños profetas quebrantarán el edificio de vuestra Iglesia. Hay que impedirlo. ¿Recibiréis á los que no saben lo que hacen, despreciando á los que se os consagran, á los que llevaron en vuestro servicio albas y estolas, á los que resistieron duramente las tentaciones para alcanzarlos? Debemos dejar que los niños vayan á Vos; pero por la senda de vuestra fe. Señor, os hablo según vuestras instituciones. Estos niños perecerán. No dejéis que haya en mi pontificado una nueva matanza de inocentes.

Perdóname ahora, Dios mío, por haberte pedido consejo bajo la tiara. El temblor de la vejez se apodera de mí. Mira mis pobres manos. Soy un viejo. Mi fe no es ya la de los pequeñuelos. El oro de las paredes de esta celda ha sido gastado por el tiempo. Están blancas. El círculo de tu sol es blanco. Mi veste es también blanca, y mi corazón seco es puro. He hablado según tu regla. Hay crímenes. Hay grandes crímenes. Hay

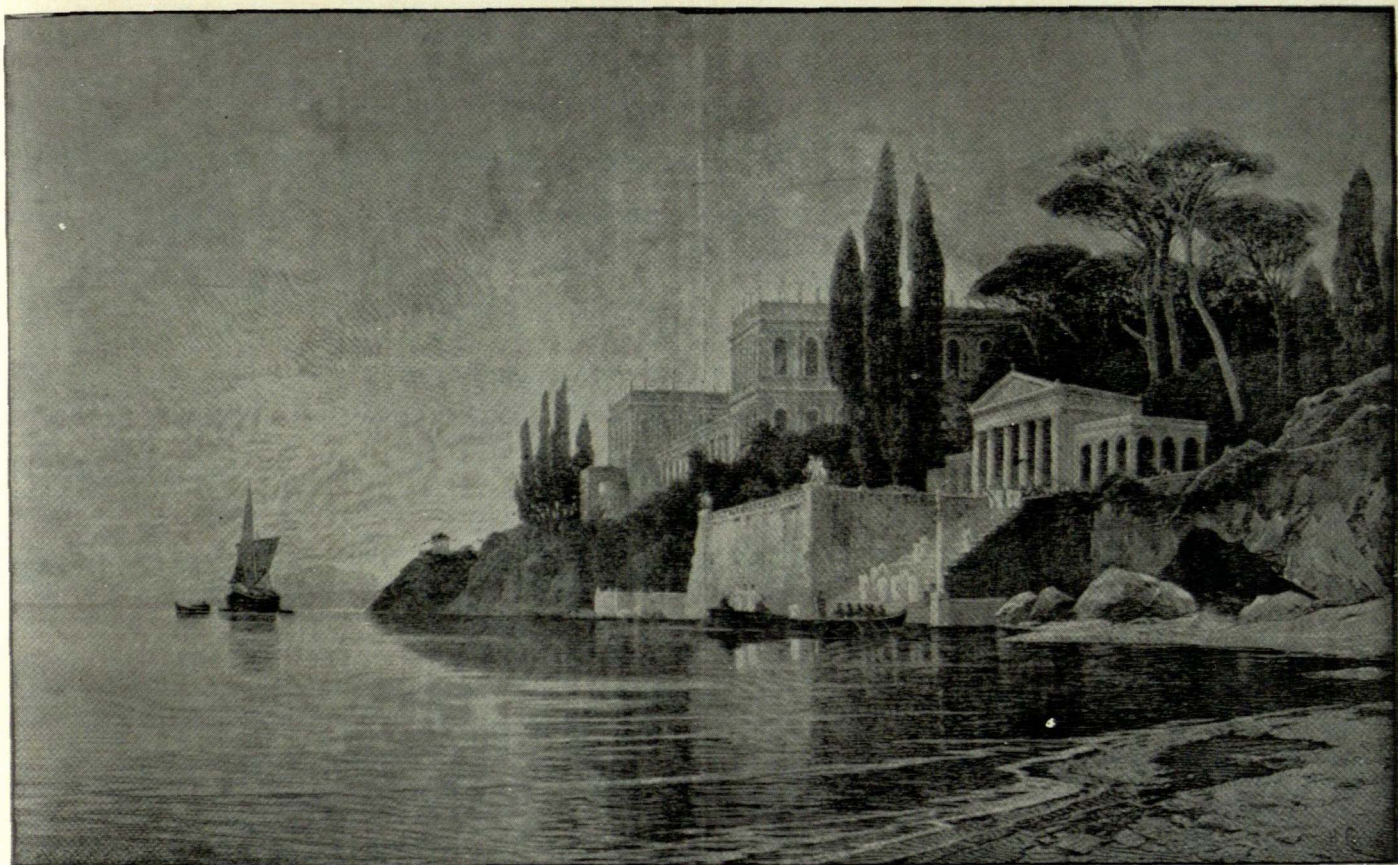
grandes herejías. Mi cabeza vacila de debilidad. Quizá no hay qué castigar ni absolver. La vida pasada hace vacilar nuestras resoluciones. No he visto el milagro. Ilumíname. ¿Es un milagro? ¿Qué signo les has dado? ¿Ya han venido los tiempos? ¿Quieres que un hombre tan viejo como yo semeje en su blancura á tus pequeñuelos cándidos? ¿Siete mil! Aunque su fe sea ignorante, ¿castigarás la ignorancia de siete mil inocentes? Yo también, soy Inocencio. Señor, yo soy inocente como ellos. No me castigues en mi extrema vejez. Los largos años me han enseñado que este rebaño de niños no puede tener éxito. Sin embargo, Señor, ¿es un milagro? Mi celda queda apacible como en otras meditaciones. Sé que no es necesario implorarte para que te manifiestes; pero yo desde lo alto de mi gran vejez, desde lo alto de tu papado, te suplico. Instrúyeme, porque no sé, Señor. Son tus pequeñuelos inocentes, y yo, Inocencio, no sé, no sé.

RELACIÓN DE TRES NIÑITOS

Nosotros tres, Nicolás, que no habla todavía, Alano y Dionisio, nos hemos venido por los caminos para llegar á Jerusalem. Hace mucho que estamos andando. Voces blancas nos han llamado en la noche. Llamaban á todos los niños. Eran como las voces de las aves muertas en el invierno. Y primero vimos muchos pajaritos tendidos sobre la tierra helada. Muchos pajaritos cuya garganta era roja. En seguida vimos las primeras flores y las primeras hojas y con ellas tejido de cruces. Hemos cantado en las aldeas como acostumbrábamos hacerlo para el Año-nuevo. Y todos los niños corrían, corrían hacia nosotros. Y hemos avanzado como un ejército. Y había hombres que nos maldecían: no conocían al Señor. Y había mujeres que nos alzaban en los brazos y nos interrogaban y nos cubrían la cara de besos. Buenas almas nos han traído escudillas de madera, leche tibia y frutas. Y todo el mundo se apiadaba de nosotros, porque no saben á dónde vamos y no han oído las voces.

Sobre la tierra hay selvas espesas y ríos y montañas y senderos llenos de espinos. Y en el extremo de la tierra se halla el mar, que atravesaremos pronto. Y al otro lado del mar está Jerusalem. No tenemos niñeras ni guías. Pero todas las sendas son buenas para nosotros. Aunque no sabe hablar, Nicolás va con nosotros. Alano y Dionisio, y todas las tierras son semejantes é igualmente peligrosas para los niños. Por todas partes hay selvas espesas y ríos y montañas y espinos. Pero en todas partes las voces estarán con nosotros. Hay aquí un niño que se llama Eustasio y que nació con los ojos cerrados. Lleva los brazos extendidos y sonríe. No vemos nada más que á él. Una niña lo conduce y le lleva su cruz. Se llama Alicia. No habla nunca y no llora nunca; lleva los ojos fijos en los pies de Eustasio, á fin de sostenerlo cuando vacila. Los amo á ambos. Eustasio no podrá ver las santas lámparas del sepulcro. Pero Alicia le cogerá las manos, á fin de hacerle tocar las piedras del sepulcro. Oh! cuán bellas son las cosas de la tierra. No nos acordamos de nada, porque jamás hemos aprendido nada. Sin embargo, hemos visto árboles viejos y rocas bermejas. A veces pasamos bajo largas tinieblas. A veces marchamos hasta la noche en praderas claras. Hemos gritado el nombre de Jesús en los oídos de Nicolás, y lo conoce bien, pero no sabe decirlo. Nicolás se regocija con nosotros de lo que vamos viendo. Porque sus labios pueden abrirse para la alegría, y nos acaricia los hombros. Y así no son desgraciados, pues Alicia vela por Eustasio, y nosotros, Alano y Dionisio, velamos por Nicolás.

Nos decían que encontraríamos en los bosques ogros y lobos feroces. Son mentiras. Na-



H. CORRODI: La Villa ó palacio de Nero

die nos ha asustado; nadie nos ha hecho mal. Los solitarios y los enfermos vienen á mirarnos, y los ancianos encienden las luces para nosotros en las chozas. Hacen tocar por nosotros las campanas de las iglesias. Los campesinos se levantan de los surcos para mirarnos. Las bestias también nos miran y nos huyen. Y desde que estamos andando el sol calienta más y no cogemos ya las mismas flores. Pero todos los tallos pueden tejerse en las mismas formas y nuestras cruces están siempre frescas. Así tenemos grande esperanza, y pronto veremos el mar azul. Y al acabarse el mar azul está Jerusalem. Y el Señor dejará llegar á su sepulcro á todos los pequeñuelos. Y las voces blancas se regocijarán en la noche.

RELACIÓN DE FRANCISCO LONGUEJOUÉ,

ESCRIBANO

Hoy 15 de Setiembre del año de nuestro Señor 1212, después de pascua, han venido á la oficina de mi señor Hugo Ferré varios niños que quieren atravesar el mar para ir á ver el santo sepulcro. Y porque el dicho Ferré no tiene bastantes naves mercantes en el puerto de Marsella, me ha comisionado para requerir al señor Guillermo Porc, á fin de completar el número. Los señores Hugo Ferré y Guillermo Porc enviarán las naves hasta la tierra santa por amor á Nuestro Señor Jesucristo. Hay actualmente acampados y esparcidos alrededor de Marsella más de siete mil niños, algunos de los cuales hablan lenguas bárbaras. Y los señores Prebostes temiendo justamente la escasez, se han reunido en el cabildo de la ciudad y después de deliberar han exhortado á dichos señores suplicándoles que envíen las naves con premura. El mar no está actualmente muy favorable, á causa de los equinoccios, pero hay que considerar que tal afluencia podría ser peligrosa para nuestra buena ciudad, tanto más cuanto esos niños están todos hambreados por lo largo del camino, y no saben lo que hacen. He hecho

llamar los marineros al puerto y equipar las naves. A la hora de la marea podrán botarse al agua. La muchedumbre de niños no está en la ciudad, sino que recorren la playa recogiendo conchas como signos de viaje. Se dice que se asombran de las estrellas de mar y piensa que han caído vivas del cielo para indicarles la ruta del Señor. Y de este acontecimiento extraordinario hé aquí lo que tengo que decir: primeramente que es de desear que los señores Hugo Ferré y Guillermo Porc conduzcan prontamente fuera de nuestra ciudad esa turbulencia extranjera; en segundo lugar, que el invierno ha sido muy rudo, por lo cual la tierra ha sido pobre este año, lo que bien saben los señores mercaderes; en tercer lugar, que nuestra madre la Iglesia no se ha preocupado en manera alguna de los designios de esta horda que viene del Norte, y que ella no se mezclará en las locuras de un ejército infantil (*turba infantium*). Y conviene alabar á los señores Hugo Ferré y Guillermo Porc, tanto por el amor que tienen á nuestra buena ciudad, como por su sumisión á Nuestro Señor, enviando sus naves y equipándolas en este tiempo de equinoccio, y cuando corren gran peligro de ser atacadas por los infieles que como espuma surcan los mares en sus faluchos de Alger y de Burgía.

RELACIÓN DEL KALANDAR

Gloria á Dios! Alabado sea el Profeta que ha permitido que yo sea pobre y ande errante por las ciudades invocando al Señor! Tres veces benditos sean los santos compañeros de Mahoma que instituyeron la orden divina á que pertenezco! Porque soy semejante á él cuando fué expulsado á pedradas de la ciudad infame que no quiero nombrar, y cuando se refugió bajo una vid donde un esclavo cristiano se apiadó de él y le dió uvas, y fué tocado por las palabras de la fe al declinar el día. Dios es grande! He atravesado las ciudades de Musul y de Bagdad y de Bas-

rah, y he conocido á Saladino (Dios tenga su alma) y al Sultán su hermano Seiffedin y he contemplado al Comendador de los creyentes. Vivo muy bien con un poco de arroz que mendigo y con el agua que echan en mi calabaza. Mantengo la pureza de mi cuerpo. Pero la mayor pureza reside en el alma. Escrito está que el Profeta, antes de su misión, cayó profundamente dormido en el suelo. Dos hombres blancos descendieron á diestra y siniestra de su cuerpo y permanecieron allí. Y el hombre blanco de la izquierda le hirió el pecho con un cuchillo de oro, y le sacó el corazón y exprimió de él sangre que salió sangre negra. Y el hombre blanco de la derecha le abrió el vientre con un cuchillo de oro y sacó las vísceras que purificó. Y colocaron de nuevo las entrañas en su sitio, y desde entonces el Profeta quedó puro para anunciar la fe. Esta es una pureza sobrehumana que pertenece principalmente á los seres angélicos. Sin embargo, los niños también son puros. Tal fué la pureza que deseó engendrar la adivina cuando percibió la aureola alrededor de la cabeza del padre de Mahoma y cuanto intentó unirse á él. Pero el padre del Profeta se unió á su mujer Aminah, y la aureola desapareció de su frente, y la adivina conoció así que Aminah acababa de concebir un sér puro. Gloria á Dios que purifica! Aquí, bajo el pórtico de este bazar, descansar puedo, y saludaré á los transeúntes. Hay mercaderes ricos de telas y de joyas que se mantienen acurrucados. Ved un caftan que vale bien mil dineros. Yo no tengo necesidad de dinero y soy libre como un perro. Gloria á Dios! Me acuerdo, ahora que estoy á la sombra, del principio de mi discurso. Primeramente hablé de Dios, fuera del cual no hay Dios, y de nuestro santo Profeta, que reveló la fe, porque él es origen de todos nuestros pensamientos, sea que salgan de la boca, sea que los tracen con el cálamo. En segundo lugar, considero la pureza de que Dios ha dotado á los santos y á los ángeles.

En tercer lugar medito en la pureza de los niños. En efecto, acabo de ver un gran número de niños cristianos que han sido comprados por el Comendador de los creyentes. Los he visto en el gran camino. Marchan como un rebaño. Se dice que vienen de tierras de Egipto y que los navíos de los francos los dejaron allí. Satán los poseía, é intentaban atravesar el mar para llegar á Jerusalem. Gloria á Dios! El no ha permitido que tan gran crueldad se cumpliera. Porque esos pobres niños habrían muerto en el camino, sin guías ni viveres. Son completamente inocentes. Y á su vista, me he echado por tierra y la he golpeado con la frente alabando al Señor en voz alta. Hé aquí ahora cual era el aspecto de esos niños: estaban vestidos de blanco y llevaban cruces sobre sus vestidos. No parecían saber donde se hallaban, ni estaban afligidos. Tenían la vista dirigida constantemente á lo lejos. Observé que uno de ellos era ciego y que una niña lo llevaba de la mano. Muchos tienen cabellos rojos y ojos verdes. Son francos pertenecientes al emperador de Roma. Adoran falsamente al profeta Jesús. El error de estos francos es manifiesto. Primero, está probado por los libros y por los milagros que no hay otra palabra que la de Mahoma. Segundo, Dios nos permite diariamente glorificarlo y ordena á sus fieles proteger nuestro orden. En fin, ha rehusado la clarovidencia á estos niños que han llegado de un país lejano tentados por Iblis y no se ha manifestado para advertirlos. Y si no hubiesen caído felizmente en manos de los creyentes, habrían sido cogidos por los adoradores del fuego, y encadenados en cuevas profundas. Y esos malditos los habrían ofendido en holocausto á su ídolo devorador y detestable. Alabado sea nuestro Dios que hace bien todo lo que hace y que protege hasta á los que no lo confiesan. Dios es grande! Ahora iré á pedir mi parte de arroz en la tienda de aquel orfebre y á proclamar mi desprecio de las riquezas. Si á Dios place, todos esos niños serán salvados por la fe.

RELACIÓN DE LA PEQUEÑA ALICIA

No puedo caminar bien, porque estamos en un país ardiente á donde nos han traído dos hombres malvados de Marsella. Primero fuimos sacudidos sobre la mar en un día negro en medio de los fuegos del cielo; pero mi Eustacio no tenía miedo, porque no veía nada y yo le tenía cogido de las manos. Lo amo mucho, y he venido aquí por él. Porque no sé á donde vamos. Hace largo tiempo que partimos. Nos hablan de la ciudad de Jerusalem, que está al fin del mar, y de Nuestro Señor, que allí debe estar para recibirnos. Y Eustacio conocía bien á Nuestro Señor Jesucristo, pero no sabía qué es Jerusalem, ni una ciudad, ni el mar. Ha venido por obedecer á las voces. Las oía todas las noches. Las oía en la noche, á causa del silencio, porque no distingue la noche del día. Y me interrogaba sobre estas voces, pero yo no podía decirle nada. No sé nada. Solamente sufro por causa de Eustacio. Veníamos junto de Nicolás y de Alano y de Dionisio; pero subieron á otro navío y no todos los navíos estaban cuando el sol reapareció. Ay! qué se han hecho? Los encontraremos cuando lleguemos á donde está Nuestro Señor. Pero todavía queda muy lejos. Hablan de un gran Rey que nos hace venir y que manda en Jerusalem. En este país todo es blanco, las casas y los vestidos. Y el rostro de las mujeres está cubierto de un velo. El pobre Eustacio no puede ver esta blancura, pero le hablo de ella y se regocija. Porque dice que es la señal del fin. Nuestro Señor Jesucristo es blanco, en un país blanco. La pobre Alicia está muy cansada, pero lleva á Eustacio de la mano para que no caiga, y no tiene tiempo de pensar en su cansancio. Esta noche descansaremos, y Alicia dormirá como de costumbre cerca de Eustacio, y si las voces no nos han abandonado, él tratará de oírlos en la noche clara. Y ella llevará á Eustacio de la mano hasta el fin blanco del

gran viaje, porque es necesario que ella le muestre al Señor. Y seguramente el Señor tendrá piedad de la paciencia de Eustacio y permitirá que Eustacio le vea. Y quizás entonces Eustacio verá á su pequeña Alicia.

RELACIÓN DEL PAPA GREGORIO IX

Hé aquí el mar devorador, que parece inocente y azul. Sus pliegues son suaves, y blanca la orla como una veste divina. Es un cielo líquido, y sus astros son vivientes. Medito sobre él desde este trono de rocas al que me he hecho sacar de mi litera. Está verdaderamente en medio de las tierras de la cristiandad. Recibe el agua sagrada en que el anunciador lavó el pecado. En sus márgenes se inclinan las santas figuras, y ha balanceado sus imágenes transparentes. Grande ungido misterioso que no tienes ni flujo ni reflujo, que meces el azul, y que estás montado en el anillo terrestre como una joya fluida, yo te interrogo con mis ojos. Oh, mar Mediterráneo, devuélveme mis niños! ¿Por qué los cogiste?

No los conocí. Mi vejez no fué acariciada con su aliento fresco. No vinieron á suplicarme con sus tiernas bocas entreabiertas. Solos, pequeños vagabundos, llenos de una fe curiosa y ciega, se lanzaron hacia la tierra prometida y anonadados fueron. De Alemania y de Flandes y de Francia y de Saboya y de Lombardía vinieron hacia sus olas pérfidas, mar santo, como enjambre que en sus zumbidos dijera inusitadas palabras de adoración. Llegaron hasta la ciudad de Marsella; llegaron hasta la ciudad de Génova. Y los llevaste en naves sobre tu ancho dorso coronado de espumas; y te revolcaste y alargaste hacia ellos tus brazos blancos, y los cogiste, y á los otros los traicionaste llevándolos hacia los infieles; y ahora suspiran en los palacios de Oriente, cautivos de los adoradores de Mahoma.

Antes un orgulloso Rey de Asia te hizo azotar y encadenar. Oh, Mar Mediterráneo! ¿quién te perdonara? Eres tristemente culpable. Te acuso á ti, solo, engañosamente límpido y claro, malvado espejo del cielo; te emplazo ante el trono del Altísimo, de quien depende todo lo creado. Mar consagrado, ¿qué has hecho de nuestros niños? Levanta hacia él tu rostro ce-rúleo; tiende hacia él tus dedos de burbujas temblorosas; agita tu innumerable risa purpúrea; haz hablar tu murmullo, y dale á él cuenta.

Mudo por todas tus bocas blancas que vienen á espirar á mis pies sobre la playa, no respondes nada. Hay en mi palacio de Roma una antigua celda desmorada que el tiempo ha tornado cándida como una alba. El Pontífice Inocencio acostumbraba encerrarse en ella. Se pretende que allí meditó largo tiempo sobre los niños y sobre su fe y que pidió al Señor un signo. Aquí, desde lo alto de este trono de rocas, al aire libre, declaro que ese Pontífice Inocencio tenía también una fe de niño y que sacudió vanamente sus cabellos. Estoy mucho más viejo que Inocencio; soy el más viejo de todos los vicarios que el Señor ha colocado aquí abajo, y apenas comienzo á comprender. Dios no se manifiesta. ¿Asistió á su hijo en el Jardín de las Olivas? ¿No lo abandonó en su angustia suprema? Locura pueril es invocar su socorro! Todo mal y toda prueba no reside sino en nosotros. Tiene perfecta confianza en la obra amasada por sus manos. Y tú has traicionado su confianza. Mar divino, no te asombre mi lenguaje. Todas las cosas son iguales ante el Señor, ante el infinito; la soberbia razón de los hombres no vale más que el ojo radiado de uno de tus animalillos. Dios concede igual parte al grano de arena y al emperador. El oro madura en la mina tan impecablemente como el monje reflexiona en su monasterio. Las partes del mundo son tan culpables unas como otras cuando no siguen el camino de la bondad; porque proceden de El. A sus ojos no hay piedras, ni plantas, ni animales, ni hombres, sino creaciones. Veo todas esas cabezas que blanquean y que salen por sobre tus on-

das y que se disuelven en tu agua; no salen sino un instante á la luz del sol, y pueden ser condenadas ó escogidas. La extrema vejez instruye el orgullo é ilumina la religión. Tengo tanta piedad por esas conchitas de nácar, como por mí mismo.

Por eso te acuso, mar devorador que te has tragado mis niños. Acuérdate del Rey asiático que te hizo castigar. Pero ése no era un rey centenario. No había sufrido bastantes años. No podía comprender las cosas del universo. No te castigaré, pues, porque mi queja y tu murmullo irían á morir á un mismo tiempo á los pies del Altísimo, como el golpear de tus gotas viene á morir á mis pies. Oh, mar Mediterráneo! Te perdono y te absuelvo. Te doy la santísima absolución. Vete y no peques más. Soy culpable como tú de faltas que ignoro. Te confiesas incesantemente sobre la playa por tus mil labios gemidores, y yo me confieso á ti, gran mar sagrada, por mis labios marchitos: nos confesamos mutuamente. Absuélveme, y te absuelvo. Tornemos á la ignorancia y al candor. Así sea.

¿Qué haré sobre la tierra? Habrá un momento expiatorio, un momento para la fe que ignora. Las edades que vengan deben conocer nuestra piedad y no desesperar. Por él, santo pecado del mar de Dios, se llevó á sí los niños cruzados; los inocentes fueron muertos; los cuerpos de los inocentes tendrán su asilo. Siete naves naufragaron en el arrecife de Reclus; haré construir sobre esta isla una Iglesia de nuevos Inocentes y allí instruiré doce prebendas. Y tú me devolverás los cuerpos de mis niños, mar inocente y sagrado; tú los llevarás hacia las playas de la isla; y los prebendados los depositarán en las criptas del tiempo; y sobre ellas encerrarán eternas lámparas en que quemarán óleos santos, y ellos mostrarán á los viajeros piadosos todas esas pequeñas osamentas blancas extendidas en la noche.

MARCEL SCHWOB.

FRASES TRUNCAS

I

Del pasado....
brevemente....hago la romería....

¿Mi patria?...¿Acaso tienen patria los vencidos, los que viajan sin suerte por la vida?...

La patria es una madre sin entrañas, que ama sólo al que triunfa de sus hijos....

Sin embargo....se aman sus montañas.... cuando sufre, olvidamos sus errores....

Defender la dignidad de su frontera es consigna de honor para los hombres....

¿Quién no ama el color de su bandera, y no absterge con sangre sus dolores?...

II

Del pasado....
brevemente....hago la romería....

¿Mi hogar?...En un bello país lejano lo tuve....Es doloroso recorrer la vida....

Una mujer amada....es muy amargo vivir solo....Pasan tristes los días....

El amor es aliento....mitigan los dolores un beso fiel....la blandura de un seno....

La soledad funde odios, vigoriza rencores, y el egoísmo deja el espíritu yermo....

¡Ah! yo quiero para mi musa....flores.... soy un poeta herido....soy un poeta enfermo....

J. I. VARGAS VILA.

New York.



UNA TREGUA EN LAS PENALIDADES DE LA CAMPAÑA:
El Mariscal Oyama y su Estado Mayor observando las predicciones de un adivinador

HIMNO

Corriendo, corriendo entre mimbrerales flexibles, á pleno cielo ó bajo los misterios de la selva, corriendo perpetuamente como una vida hacia la nada, pasas, oh! padre liquido y fuerte, sin rumores, ni gemidos vanos, ni vanas voces de alegría. Tu caudal, amarillento y tranquilo, discurre en la serenidad de tus largas ondulaciones, amplias como curvas de senos, copiando el milagro de las márgenes verdes, donde los caimanes sueñan milagrosos festines, mientras se les ensangrientan los ojos, bajo los párpados viscosos, tras la concha oscura y áspera de las cejas; los caimanes de recios caparazones, como caballeros antiguos, cual monstruosos caballeros disformes, como caballeros antiguos que una hada malévola convirtió en monstruos horrendos, en un día de cólera, hace ya mucho tiempo...

Pasas, oh! padre fecundante, y tienes en los recodos floridos y bajo los cañaverales risueños una sonrisa diáfana y verde, una pálida sonrisa de esmeralda ó de claro cristal, como aquella con que nos sonríe el aire higiénico de las montañas en las mañanas de Abril, cuando los pájaros gorjean con mayor dulzura y el cielo tiene una protección paternal y dulce para toda la tierra alborozada.

La ninfea azul, como el ojo lleno de lágrimas de una ondina triste que se asoma á mirar los cielos, (los cielos no tienen la vieja claridad de otros tiempos, cuando la Victoriosa les sonreía en horas de amor desde el sacro Archipié-

lago) á mirar los cielos absorta, y suspirante por los días que fueron, la ninfea azul, se mece, tremulante; sobre tu corriente amarilla y tu corriente piadosa acaricia con un largo beso húmedo á la ondina doliente.

Al marjal sereno, disimulo maligno de juncos sobre el cieno febril y pérfido, penetras y lo nutres. Y tus aguas emponzoñadas por el zumo febril de la tierra enemiga, corren luego, lentas y plácidas, emanando en los bochornos acres de Julio el aliento terrible que corrompe la sangre é infunde los calofrios trémulos y los sudores de angustia á los pálidos hombres, en cuyos opacos ojos de vidrio se amortigua la tristeza de la labor inútil; en sus opacos ojos de vidrio que no saben sino de los campos iguales y fértiles y de las desfiladas de las vacas que mugen á los horizontes con grandes mugidos sonoros, resonantes por las praderas, dormidas en el sueño de sus sordos partos continuos....

Sobre tu espalda corren los barcos lentos cargados de toscas riquezas. Corren los barcos hacia el lago vocinglero y azul, donde las gaviotas salvajes desatan luengos chillidos y abren las alas grises sobre las mansedumbres de la onda. O se deslizan los barcos, trabajosamente, al impulso rudo y doloroso de las palancas, y los tripulantes fatigados cantan una canción de modorra y de hastío, mientras apalancan contra tu corriente defensora.

Y los frutos benditos que serán después alegría de los paladares, los frutos que nutriste con tus aguas van á la ciudad, á poner en los muelles la

alegría de sus colores rústicos, á ostentar en las orillas de la ciudad estéril la maravilla dulce de su lozania y cantar una nota de égloga, sana y agreste, en la uniforme tristeza urbana. Y esos frutos que acarreas sobre tu dorso, envían un reflejo de gloria—oro y verde—al espejo fugaz de tus aguas amarillentas.

En otro tiempo á tus ribas en flor vinieron las guarichas en frescos tropesles jocundos; vinieron las guarichas, desnudas como flores, con sus carnes morenas triunfadoras bajo el triunfo del sol y de los cielos diáfanos, á bañarse sonoramente en tus aguas, como una tropa de ninfas ingenuas. Y despertaron el silencio, entonces sagrado, de tus márgenes, con sus gritos de alborozo femenino y con las sílabas del dialecto nativo, tosco y áspero. Y aún repiten tus aguas complacidas, en el profundo sopor de los remansos, sobre los cuales se doblegan confidencialmente los ramajes del guásimo, aún repiten tus aguas el secreto lejano de la raza extinguida, y recuerdan aún con murmullos suaves, como caricias inconscientes, la belleza libre y valerosa de las guarichas sencillas, como frutas, que no conocieron el pudor picante de las mujeres blancas, y exponían á pleno sol el cobre de su piel, donde las geometrias raras de los tatuajes se desenvolvían en símbolos fútiles. Y eran serpientes enróscadas alrededor de sus senos erguidos y alrededor de sus brazos jóvenes (alrededor de sus brazos, como la hiedra en el tirso). Y concéntricos círculos en torno del ombligo, y lagartos pensativos

en el vientre, lagartos pensativos como hombres, y tortugas disformes de ojos escrutadores, y la flor noble y ligera, la flor que cae en tardas espirales, aleteando como una mariposa herida, graciosamente, estampada más abajo, sobre la crola intacta de la flor de la vida, como un anuncio de virginidad; y en las mejillas redondas alas rojas, bajo las ojeras, y en la frente líneas confusas, en la frente estrecha, resplandeciente con todas las alegrías de la ignorancia.

Y viste atravesar al indio cazador en la curiara frágil de dos proas agudas, en la curiara veloz y dócil como una bestezuela acuátil. Pasaba el indio orgulloso con su penacho multicolor y flexible de plumas de guacamayo, sus flechas enherboladas, su arco fuerte y sus ojos certeros y tristes (los ojos tristes de las razas que desaparecen). Y viste caer desde la copa de los árboles los pájaros asaetados y al mono herido chillar desafortadamente, con gestos humanos, con gestos de tribulación humana. A la hora en que cierra la noche resonaron por las vegas silenciosas el rumor desolado del pifano rústico y el canto melancólico de mis abuelos de hace trescientos años, el canto lánguido y tristísimo, como un llanto lento y largo, como un gran dolor resignado; el canto gemebundo que acompañaba el tambor dando singultos sordos, como los últimos estertores de una vida.

Otro día apareció sobre tu espalda una piragua llena de hombres blancos y hombres de largas vestiduras que llevaban una cruz en la mano. Y contemplaste la destrucción de tus hijos. La espada y el arcabuz la comenzaron y consumió el filtro de llamas que los conquistadores repartían, el filtro venenoso y atroz que le arrancó al aborígen la última energía y puso una nueva tristeza en su alma simple.

Todavía divagan por tus riberas, animadas ahora por otra vida intensa, algunos descendientes puros de la primera raza. Esclavos de los hombres nuevos que brotaron de la confusión de las razas, cantan todavía sus viejos cánticos solemnes con un ritmo quejumbroso, acompañándose con el hipo ronco del tambor y el rumor de sus pifarrústicos. Pero ya no entonan las canciones guerreras, las canciones ardorosas que infundían en la tribu el odio de la tribu enemiga y el amor de la sangre y apagaban el silbido de las flechas pintorescas, que volaban por los aires como bruscas alegrías de colores. Ya no entonan sino las canciones tristes de amor ó aquella que modulan, zurda y patética, ante el cadáver de los seres queridos.

Únicamente en algunas noches de Diciembre la chicha turba sus tristezas y destella como una pálida alegría fugaz. La joven de amplio traje bermejo, a los resplandores cárdenos de una hoguera, agitando las manos ebrias en el raudó frenesí de la danza, parece una gran

mariposa rútila, una gran mariposa de fuego enloquecida por las llamas...

Pasas junto a los pueblos, indolente y pausado, junto a los pueblos tristes cuyos campanarios mudos se reflejan en tus aguas (los campanarios móviles en el agua, donde las campanas están mudas). Y el silencio de las callejas solitarias pesa sobre tí, como una congoja, y tal vez te mira no más con veneración y amor temeroso el viejo maestro de escuela, que usa gafas y tiene una seriedad profesional en sus labios.

Solo en los campos te anega la placidez de las cosas. Ya es el reflejo carmesí de las acacias en flor, las acacias

nes de mar y olas que remecen el juncal de la orilla y chapotean morosamente y se coronan de espumas leves y frágiles. Es un gesto fugaz de cólera en tu rostro impasible.

Allá donde todavía eres alegre y claro, tan claro que enseññas los secretos de tu álveo (piedras brillantes y arenas doradas) los árboles tejen un zarzo de verdura sobre tu caudal exiguo. Apenas te acaricia á trechos el sol que penetra por los ojos azules de la cúpula verde. Allí no hay rumores de vida humana. No hay sino los rumores salvajes de la selva. El ruido de las danzas en fuga, el crugido siniestro que dan las manadas de puercos montaraces al reclinarse los dientes en la avidez de las hambres, ó el rugido de los tigres en celo, ó el rugido sobrehumano y doloroso de las tigres de parto, la algarada confusa y agria de las bandas de micos gesticulantes, la canción de las guacharacas monótonas y dulces conciertos de pájaros, música silvestre que rueda sobre tu cristal errabundo, como una caricia de la selva, como una sonrisa de la selva que festeja la vida.

Y por el fondo de tus espejos murmurantes pasan visiones bellas y variadas. Las bestias feroces y las bestias suaves, el tigre y el ciervo apuesto, el canaguaru y la danta robusta, y la faz grotesca de los macacos y el plumaje versicolor de los guacamayos.

Las lapas de patas cortas, ágiles en la fuga, jugueteaban por tus riberas. Cuando el hombre las acosa, asistido de perros, de nada les vale esconderse bajo las aguas. El harpón las para en la fuga y entonces hay un hervor tibio de sangre en tu quietud soñadora. Y tú disueltas la mancha rápidamente, borras la huella de sangre con piadosa premura, porque no quieres llevar en tu túnica la marca de un crimen.

¿Qué ocultas luego bajo tu oscura corriente? Ya murieron las deidades marinas. ¿Murieron tus ninfas y tus náyades?

Allá lejos el tritón jubiloso y robusto no suena el caracol. Ya no hay palacios ocultos en lo más profundo de los remansos. Acaso estés triste por tu viudez. ¿O nunca vivieron en tierras citamarinas los dioses arios? No posees sino tus peces y tus anfibios monstruosos. Los tiburones crueles de dentadura múltiple y la infinita familia de los peces. Ojos circulares, cuerpos escurridizos y viscosos y apetitos voraces. No son bellos tus peces sino cuando lucen al sol la magia de sus matices. Prendidos en el anzuelo brincan en el aire frenéticamente, mientras los iris móviles resplandecen en las escamas húmedas. O apresados en el espárrago falaz se agitan y rebullen con ruidos opacos.

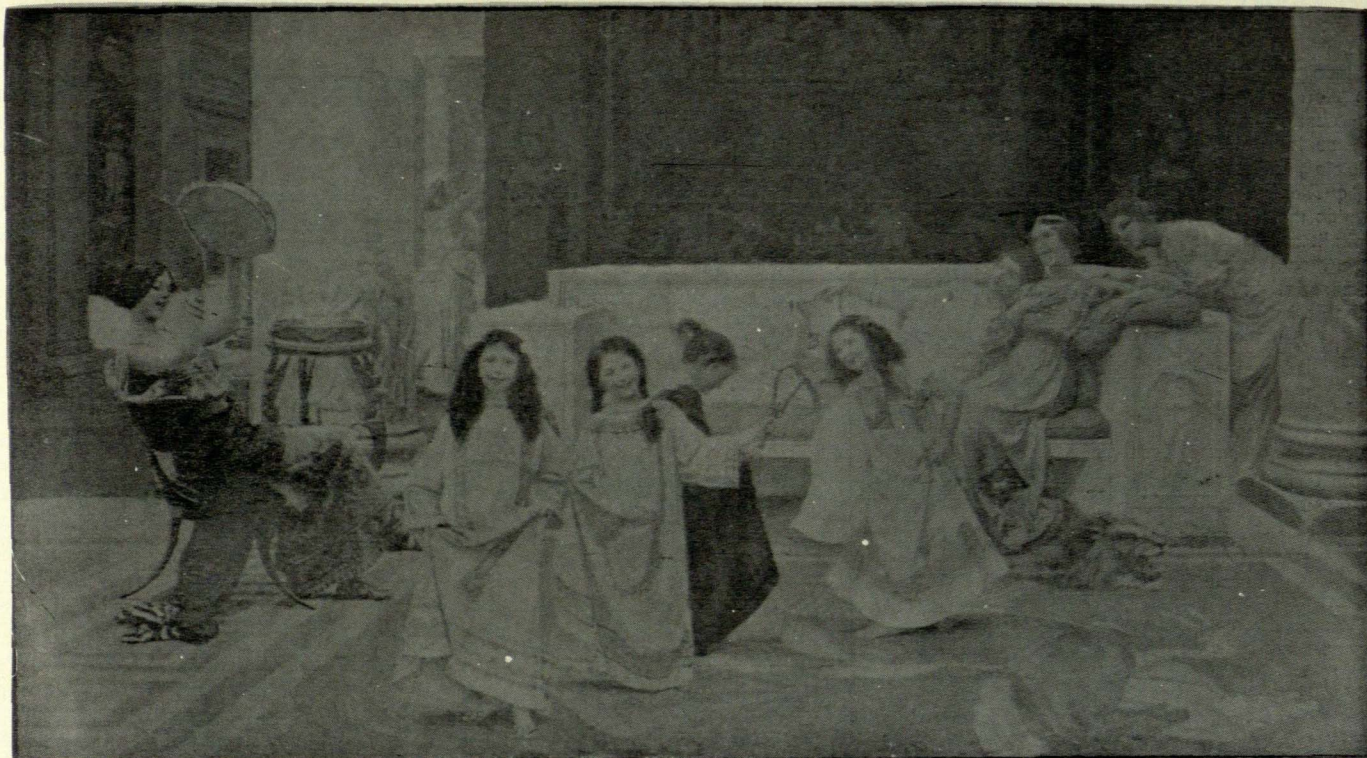
La flecha veloz también acosa los peces. Cuando asoman los hocicos elásticos á la superficie, vuela á herirlos el dardo, sujeto al cazador por una cuerda.



SERPENTINA

como tardes de fuego, árboles de gloria y de llama, que deshojan sobre tus linfas sus innumerables flores de escarlata, como si llorasen sangre los árboles cuando las ráfagas los sacuden. Ora es la visión de las vacas sedientas que acuden á la orilla á abreviar con largos resoplidos intermitentes y contemplan con ojos extáticos la propia imagen que les muestras; con ojos ingenuos y vagos que parecen mirar siempre más allá de las cosas. Cuando son los naranjales florecidos, alineados en filas rectas é iguales, con sus copas perfectamente cónicas, todos vestidos de blanco, como novias ó bien cargados de frutos áureos, como huerto hespérico; frutos de oro rebosantes de mieles ácidas, deleite de las canículas.

A veces rompe tu dorso liso una nave que trastorna toda tu placidez y tu sueño, una nave que resonga como una bestia y lanza humo por una boca negruzca. Entonces tienes agitacio-



EMILIO BASARE: Lecciones de baile

Los pámpanos redondos, como grandes hojas inverosímiles de plata con ribetes de púrpura, se llegan á robar el cebo flotante, mientras aguarda el cazador, la flecha armada en el arco, que el temblor del cebo los denuncie para flecharlos. Y las boyas errantes, anzuelos más disimulados, ruedan, río abajo, con quietud de acechanza cuando no han hecho presa, danzando alegremente, hundiéndose y resurgiendo, delatando su gozo, cuando debajo de la madera se debate el pez apresado.

Una tarde—el silencio dominical dormitaba en las rozas riberiegas—yo cavilaba, sentado á tus orillas, viendo correr tus aguas, deplorando mi vida vana, deplorando el inútil dolor de mi vida. Y sobre tu corriente perezosa se me ofreció á la vista un símbolo horrendo. La corriente arrastraba á flor de agua una cosa negruzca. Era un cadáver hinchado y lívido, un cadáver que mostraba la dentadura trágica en una risa siniestra, porque los peces le comieron los labios. Un cadáver que reía con risa obligatoria y se iba á són de corriente, con qué tranquilidad pavorosa, lento y horrible cual una visión de pesadilla....

Ni el vuelo ágil y zigzagueante de las golondrinas pudo arrancarle á mi espíritu la confusión lamentable. Las golondrinas volotean, formando ángulos bruscos. Y á veces rozan tu superficie con el ala fugitiva y vuelan hacia el cielo apacible, donde cae la tarde misteriosamente, como una virgen en el tálamo.

Fuera de la alegría voladora de esos pájaros ninguna otra alegría atraviesa sobre el sesgo pesar de tu curso. La canción ruda y simple que el boyero soñoliento canta á tu margen, bajo las mustias ramas del taray, á veces sonoro, cuando las brisas baten las alas, como aves tímidas, la canción del boyero acompaña tu tristeza y la expresa en su ritmo acongojado.

Y eres fuerte, eres poderoso y terrible. A veces te encolerizas y derramas tus aguas airadas y desolantes por los campos feraces y conviertes los campos en eríos y arrastras entre espumas amarillentas de ira, los cadáveres de las chozas débiles y también los cadáveres de algunos de aquéllos que te amaron, que nacieron en tus riberas y á quienes alimentaste con tus aguas dulcísimas. Truenas entonces y muges como un toro y tu mugido es presagio de catástrofes. Todo lo inundas; tus aguas besan los umbrales de las moradas menos humildes y asuelan los plantíos. Pero cuando vuelves á tu antiguo reposo sagrado, la tierra es más fecunda, como una vida después del dolor.

Yo te recuerdo con cariño melancólico. Tus riberas, por donde discurrieron los años de mi infancia feliz, tienen el encanto de las cosas para siempre perdidas, de aquellas cosas que nos acogieron con amor y nos brindaron dulzuras y que nunca jamás en la vida volveremos á ver. Tienen el encanto doliente de las alegrías pasadas, de aquellas alegrías que rebosaron antes el corazón—como una espuma vana en un vaso de oro....

JESUS SEMPRUM.

STÉPHANE MALLARMÉ

Unos han elevado á Mallarmé á un trono inaccesible, otros lo tienen sinceramente por un literato falaz y pernicioso; ambas opiniones pertenecen á personas autorizadas, y no deben parecer extrañas, si se tienen en cuenta las dificultades que hay para juzgarlo con algún probable acierto. Los más pocos son los que lo paladean, y parece que la devoción y la pompa con que lo inciensen dependiesen de que este poeta les toca en el alma cuerdas que ningún otro podrá nunca tocarles. Mallarmé es único. A los espíritus que tienen sensibles afinidades con el suyo es á quienes sólo es dado gustarlo. La comunión se realiza mágicamente, al lento emanar de imágenes suaves y fugaces que deleitan nuestro más acendrado lirismo. Con qué modo tan sutil el verso prestigioso ó el período ensortijado va adivinando recónditas analogías, acariciando contornos semiocultos, jugando con las más singulares apariencias. Todo esto, sin que llegue á perder el equilibrio; conserva una armonía que jamás se rompe: de otra suerte, hartado de lo que nos suele decir, resultaría hueró ó exagerado.

Su poesía, en la esbelta fiola adamantina con que nos brindó, yace secreta. Los pocos que en veces se sienten sedientos de satisfacer un anhelo caprichoso de figuras sublimadas, de selectas sonoridades, de epítetos alopiados y de superaguda excitación estética, beben de este filtro eficaz. Esta sed sea quizás una enfermedad de ahora que luego pasará: el hechizo malarmeriano perderá su virtud entonces, y aun tal vez antes, porque la volubilidad constante del lenguaje ha de apagar pronto los fosforescentes fulgores que Mallarmé encendió en las palabras.

Hacen muy bien sus detractores cuando opinan con sinceridad. Los que ayudan á que no se le aprecie con justicia son varios de sus mismos encomiadores que han sido demasiado efusivos y han querido imponerlo. A éstos les cuesta comprender que Mallarmé no puede ser gustado sino de un número muy escaso, que sus teorías no valen sino en sus escritos, y que cuando uno ha tenido la buena ventura de que se le revele no hay tal como dar gracias al cielo y callarse la boca.

Aquéllos que se lamentan porque él haya influido mortíferamente en la generación de los simbolistas no hacen conciencia de que eso es un crimen que no se le puede imputar. Si debe serlo, ¿cuál gran poeta no le será por culpa de Mallarmé? Su influencia, por el contrario, ha dado muestras de haber sido benéfica: H. de Régnier, A. Samain han sabido aprovecharlo.

Para que los que le estiman y los que no le estiman roben sus distintos pareceres traduciéndonos una de sus *divagaciones* más esotéricas. De un estilo como el suyo, tejido de arabescos gramaticales, embebido de esencias virtuales y volátiles, nuestros esfuerzos no han valido sino para obtener un trasunto apenas pasadero; no obstante, por éste se echa de ver fácilmente que mucha parte de la oscuridad que tanto le han reprochado, sólo deriva de una ausencia completa de clisés y lugares comunes.

EL NENUFAR BLANCO

Había remado mucho, con un amplio ademán nitidamente amortiguado y con los ojos interiormente fijos en el completo olvido de dejarme ir, entretanto que la risa de las horas fluía en derredor. Tanta inmovilidad se emperzaba que, rozado por un ruido inerte en que medio deslizó la yola, no advertí en la detención sino al destellar tenaz de unas iniciales sobre los remos puestos afuera, lo cual me retrajo á mi mundana identidad.

¿Qué sucedía, dónde estaba?

Necesité, para ver claro en la aventura, recordar mi temprana salida aquel Julio de llamas por el vívido intervalo entre las vegetaciones dormidas de un siempre estrecho y distraído arroyo, en busca de floraciones de agua y con el fin de reconocer el sitio ocupado por la propiedad de la amiga de una mi amiga á quien tenía de improvisarle un saludo. Sin que cinto de hierba alguna me detuviera más delante de un paisaje que otro, alejado al par de su reflejo en la onda por el mismo imparcial golpe de remos, venía á encallar en un juncal, misterioso término de mi correría, en medio á la ribera: allí donde inmediatamente ensanchada ésta á guisa de bosque fluvial, ostenta una indolencia de estanque arrugado por las cavilaciones que para lanzarse á correr tiene una fuente.

La inspección detallada me informó de que un obstáculo de verdura á pico sobre la corriente ocultaba el único arco de un puente prolongado aquí y acullá por el valladar que cercaba unos prados. Me di cuenta, simplemente el parque de la señora . . . , la desconocida del saludo.

Una linda vecindad durante la estación, el temperamento de una persona que escogió su retiro tan húmedamente impenetrable, no podían sino estar en conformidad con mi gusto. De seguro ella había hecho de este cristal su espejo interior al amparo de la fulgurante indiscreción de los mediodías, á él solía venir, y que iba brufiendo las saucos no fue pronto sino la limpidez de su mirada acostumbrada á cada hoja.

Toda la evocé lustral.

Agachado en la esportiva actitud en que la curiosidad me mantenía, como bajo el silencio

espacioso de lo que se anunciaba ser la desconocida, sonreí al principio de esclavitud suscitada por una posibilidad femenina: cosa que no simbolizaban mal, las correas que sujetan el zapato del remero á la madera de la embarcación, del mismo modo que somos todo uno con el instrumento de nuestras hechicerías.

«—También una cualquiera . . . » iba á concluir.

Cuando un imperceptible ruido me puso en la duda de si la habitadora de la ribera no estaba ya sorprendiendo mi solaz, ó inspiradamente el estanque.

Los pasos cesaron, ¿por qué?

Sutil secreto de los pies que van, vienen, conducen el espíritu adonde lo quiere la cara sombra escapada por la batista y los encajes de esa falda que afluye al suelo como para circundar, del talón al tobillo, en un lento ondear, la iniciativa con que rompe la marcha por lo más bajo y con los pliegues levantados á ras, —tal la fuga de su saeta doble y sapiente.

¿Le conoce motivo á su estación, ella misma, la paseadora, y no es mero juego levantar muy alto la cabeza por cima de estos juncos y toda la mental somnolencia tras la que mi lucidez se vela, el interrogar hasta tanto el misterio?

«—¿A qué tipo se adaptan vuestras facciones? siento que su precisión, señora, interrumpe algo instalado aquí por el ruido de una venida; sí! ese instintivo encanto de debajo que no defiende contra el explorador el más auténticamente abrochado de los ceñidores, con una hebilla de diamante. Tan vago concepto se basta, y no quebrantará el deleite impregnado de generalidad que permite y ordena excluir los rostros todos, hasta el punto que la revelación de uno solo (no vaya usted á inclinarle, manifiesto, en el furtivo umbral donde ahora reino) desvanecería mi emoción con la que no tiene nada qué ver.»

Mi presentación, en esta facha de merodeador acuático, la puedo intentar dando la excusa de la casualidad.

Separados estamos juntos: ya es inmiscuirme en su confusa intimidad, y ello en esta suspensión sobre el agua donde mi sueño retarda á la Indecisa, mejor que una visita seguida de otras, la autorizará. ¿De cuánta palabra vana en comparación de las que para no ser escuchado, pensé, habré menester antes que volver á encontrar tan intuitiva concordancia como la de ahora: el oído á ras con el bambú, tendido hacia la rambla entera enmudecida!

La pausa se mide con el tiempo de mi determinación.

Aconseja, oh ensueño; qué hago?

Resumir en una mirada la virgen ausencia dispersa por estas soledades, y, como uno coque, en recuerdo de un sitio, uno de esos mágicos nenúfares en botón que surgen de repente, envolviendo entre su cóncava blancura una nada, hecho de sueños intactos, de felicidad imposible y de mi propio anhelo detenido aquí por una aparición; irme con él, tácticamente, remando poco á poco para no ir con un choque á romper la ilusión, ni que el escarco de las vistosas burbujas de espuma enredada á mi fuga arroje á los pies de quien sobreviniere la trasparente semejanza del rapto de la flor ideal.

Si atraída por un sentimiento insólito apareció la Meditabunda ó la Altiva, la Indómita, la Alegre, ¡qué me importa el indecible semblante que para siempre ignoro! porque según las reglas llevé á cabo la maniobra: me desligué, viré, y doblaba ya una ondulación del arroyo, llevándome como el noble huevo de un cisne, de aquél cuyo vuelo no surgirá nun-

ca, mi imaginario trofeo que no se huelga de otra cosa sino del exquisito vacar á sí mismo, el que gusta, en verano, de perseguir por las sendas de su parque á toda señora, detenida á veces y largo rato en la orilla, como al ir á atravesar un riachuelo ó cualquiera otra pieza de agua.

EMILIO SAMPER.

CROQUIS

Mientras yo atisbaba nervioso en la esquina tu tardo regreso,
grufiendo impaciente sobre la ventana
estaba tu perro.

*

¿Tardará su vuelta? al pasar le dije,
al can prisionero;
y su boca roja, con sus dientes finos
me mostró el veneno.

*

No temas, amigo; tu amenaza calla;
no te causen celos;
porque mis palabras nunca en sus oídos
las repite el viento.

*

Luego apareciste por la calle sola,
y en tus ojos negros,
leí tu amargura, tus desolaciones
y tus pensamientos.

*

Llegaste á la reja donde te esperaba
el can prisionero,
y en su boca roja, sin volver la vista,
le dejaste un beso.

R. BENAVIDES PONCE.

1905.

LOA

Fino vaso griego, de contornos de Hebe
Do bulle el espíritu de un raro licor,
Dime si en tus labios mariposa leve
Liba la locura de un fútil amor.

Las lirás te elogian; pintores galantes
Figuran tu gracia bailando el minué.
En tu ideal Versailles siguen los amantes
El dechado frágil de tu alado pie.

A tus delicados muslos de Sirena
Un capricho en mármol dedicó Rodin.
Yo en tu honor consagro con la sacra vena
Que en su flauta pánida puso Paul Verlaine.

Lírico motivo de cantos triunfales,
Panal exquisito de los madrigales,
Fino vaso griego de un raro licor,
¡Feliz el artista de galantes versos
Que sorba en el cáliz de tus labios tersos
La embriaguez olímpica de un beso de amor!

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

1905.

A TRAVÉS DE LA
NOCHE

Extinguíase la vida de la noche, tranquila y tediosa bajo los focos inmóviles. Sonaron las once en el reloj iluminado del Palacio Ayuntamiento. La plaza principal, plana y desnuda como una lámina de acero, bordeada de robles florecidos cuyas diáfanas campanillas moradas cantaban primavera en la aurora radiante, quedaba desierta. Empozada brillaba en algunos puntos el agua de la lluvia vespertina que había lavado el cielo y purificado el cristal de la noche dulce y blanca.

En la plaza, á mis pies, un pajarrito agonizaba. De la copa de un árbol, cuyas frágiles campanillas moradas abrirían cantando en la universal alegría del alba próxima, se lanzó sobre la linfa reluciente de las baldosas hundidas. Un jardincito de reflejos dorados temblaba en las aguas traídas bajo el suave aleteo agónico del trovador malogrado. ¿Era un suicidio? ¿Era la sorpresa de la muerte en el delirio del vuelo y la alucinación del agua fúlgida?

El choque, furioso, me había dado la impresión de una muerte instantánea. Agonizaba sin embargo en una agonía cruel, las alitas extendidas y convulsas, la cabecita ensangrentada, roto el divino pico..... ¿No era acaso paradójica, de una filosofía bárbara, la muerte de este lírico?

En la calzada la soledad reinaba ya. La muerte del trovador me había hecho daño. Llorando mi duelo comencé á errar lentamente. Atravesé una calle y otra calle, en los bolsillos las manos, en

tierra los ojos, de cuando en cuando elevados para beber un sorbo de la noche dulce y blanca en la gran paz del cielo.

Vacilando quizá, quizá maquinalmente, en una esquina me detuve. Pasó un carro eléctrico. En un súbito anhelo intraducible se fueron mis ojos tras la masa frenética. Volaba la masa estruendosa cual un torbellino fantástico; y en el contacto de la palanca de hierro con el alambre conductor del fluido mágico, florecía sobre la masa diabólica una rauda estrella azul. Era un enorme zafiro alado y chispeante en la noche de algodón.

Proseguí mi vago errar calmoso.

Detrás de mí, á poco, un rumor de pasos rápidos turbó el recogimiento de mi espíritu. Muy pronto los pasos me alcanzaron. Ahora era también un claro rumor de faldas. Las faldas me rozaron al pasar cual comentando el adiós que la mujer deslizaba, un adiós empero muy peculiar y muy corriente, de sentido no ignorado ni por los más extraños á las depravaciones del vicio callejero.

Los menudos pasos rápidos de improviso se tornaron en leves pasos ociosos. Delante de mí, muy cerca, la mujer parecía ser mi guía: Luego fué ostensible su empeño de ser mi compañera.

Sus labios parecían delgadas curvas de lacre. Secos y mates, flameaban. La grana de las mejillas hacía contraste violento con el oscuro arrugado de las ojeras y la palidez amarillenta de la frente. En el cuello, los hombros y el seno, el almidón trazaba manchas

rucias. Un inmenso lazo negro, de alas caídas como de cuervo ahito, prendía el cabello escuálido. El tiempo en la capa y los zapatos desiguales, denunciados en su extrema ruindad por la mal recogida falda rota.

Detúveme otra vez. Mirándome de frente, con visajes cada vez más osados, ella paró también.

Su máscara, sonriente, resplandecía. La Providencia no abandona á sus criaturas..... decían sus ojos. Y en el innoble rostro, en la máscara inmundada, vi cómo la esperanza hace su cielo en cualquier fango.



EL NIAGARA EN INVIERNO: Ante las cataratas

Más tarde, en un callejón sórdido, volví á encontrarla. Mujeres fumaban y voceaban, echadas en el suelo como perras.

En la puerta de un mugriento figón, parecía estupefacta.

Como sobre un prodigio, sus ojos se abrían desmesurados sobre la sartén hirviente. Su máscara se agravaba en una expresión horrenda. Parecía paralizada por el rayo de una desolación sobrehumana.

Rompió á llorar de súbito.

Era un llanto opreso, arduo, desesperante. Fué á poco un llanto terrible en el que parecía estallar el dolor de un viejo sino espantoso. Así lloró también recién nacida, torturando el flácido pecho exhausto.

¡No me fía, no me fía, no le valen súplicas!..... exclamó con acento de apelación suprema. Había en su grito un dolor de entrañas trituradas.

Lívido y magro, el figonero, embadurnado de carbón y manteca, impasible como un héroe al pie de su anafe hirviente, pinchaba y removía con aguda punta negra las frituras detonantes; y al resplandor del mechero cuya luz figuraba en la boca del figón una inmensa lepra trémula, inclinado y silencioso, parecía un arrapiezo hipnotizado por el perverso deleite de aguijonear alimañas prisioneras.

Afuera, en el callejón sórdido, sobre cuya miseria caía como oro piadoso el manto real de la luna, las mujeres voceaban en coro echadas en el suelo como perras; y la vocería mujeril, pudenda y tumultuaria, rompía la serena quietud del espacio y estridía como aversivo canto del arroyo en la gran paz de la noche azul y blanca.

JACINTO LOPEZ.

MELANCOLÍA

Del otoño el monótono gemido
Cae en el alma enferma y la acongoja;
La postrera esperanza se deshoja;
El ensueño, llorando, se ha dormido.

La ilusión, como pájaro aterido,
Quiere volar, y salta de hoja en hoja,
Pero lleva una flecha en su ala roja
Y pugna en vano por alzarse al nido.....

La niebla gira en remolino lento.....
¿También tiene su Otoño el pensamiento?
¿Tienen, también, los sueños su agonía?.....

Ah! pobre corazón desesperado,
Quién te diera la muerte del soldado
En el atardecer de un bello día!

LEOPOLDO DIAZ.

SUS OJOS

Cuando en la ausencia busque sus ojos
que á las estrellas causan enojos,
sus ojos bellos, garzos y raros,
en donde mi alma se ve de hinojos
cuando los abre grandes y claros;

Los ojos míos en las estrellas
habrán de verlos, fijos en ellas,
ya que no hay símil más semejante,
copias más fieles, copias más bellas,
de sus pupilas de luz radiante.

Así no hay perla de rico oriente,
ni linfa clara de agua corriente,
ni prisma alguno donde radiosa
la luz que emana de la ígnea fuente
brille más pura, ni más hermosa.

Así no esconde nada la tierra
en cuanto en ella bello se encierra:
mujer ó planta, gacela ó ave,
habite el valle, ó en la alta sierra,
que la refleje más grata y suave.

Ojos de ingenua, tierna plegaria,
si á Dios imploran, si amor su aria
en noble y seria gran partitura,
de dulce estrofa, sentida y varia
ofrenda á su alma sensible y pura.

Todas las notas del sentimiento
ya de la pena vibre al contento,
ya de la dicha se muestre ufano,
en ellos tienen vida y aliento,
son como escenas del drama humano.

Tal en la historia de mis amores
llena de grandes hondos dolores,
de dicha inmensa, como ninguna,
han sido noche de sinsabores
ó días claros de mi fortuna.

Si airados miran se nubla el cielo,
y las estrellas con negro velo
su luz amenguan; mas si dichosos
de amor expresan el santo anhelo
brillan cual astros esplendorosos.

Que no hay un símil más semejante
de sus pupilas de luz radiante,
copias más fieles, copias más bellas
de esos espejos de su alma amante,
de esos sus ojos, que las estrellas.

R. LOPEZ BARALT.

REVISTA DE REVISTAS

Pedagogía: Temperamentos de observación.—Historia: El patriotismo de los japoneses.—Meteorología: La previsión del tiempo en el pasado y en la actualidad.—Filosofía de la historia: El pesimismo.—La inferioridad de la mujer.—El sentido del espacio.

PEDAGOGÍA

TEMPERAMENTOS DE OBSERVACIÓN.—Señalando de Sanctis, en la *Revista d'Italia*, las dos orientaciones de nuestra atención, una hacia el mundo externo, que constituye la *observación* y el temperamento *objetivo*, y otra hacia nuestro interior, que forma la *visión mental* con el temperamento introspectivo ó *objetivo*, se pregunta si es cierto que la ciencia y la pedagogía no deben ocuparse directamente de nuestro mundo interior, dejándolo á la religión y al misticismo como su campo propio.

El mundo externo y el interno nos suministran impresiones y noticias, placeres y dolores, y poco á poco se forma así la experiencia externa y la interna; pero mientras la externa es patrimonio generosamente ofrecido á la humanidad entera que ve y sabe ver, la interna es

un privilegio poseído por pocos y en medida desigual, aunque la realidad se componga de lo interno y lo externo, que no son sino dos facetas de la misma experiencia que se completan entre sí, prevaleciendo, sin embargo, una ú otra orientación en la psicología individual y en la social, habiendo pueblos de temperamento objetivo, como los griegos y latinos, y de temperamento subjetivo, como los indios y los semitas, y dominando uno ú otro, dentro del mismo pueblo, según las épocas, como se ve en la Edad Media, subjetiva, y en el Renacimiento, objetivo.

No es difícil reconocer estos temperamentos en los individuos: haced escribir á varias personas que no sepan vuestros propósitos determinado número de palabras en cierto tiempo, y veréis que el tipo observador ha buscado palabras de objetos y fenómenos exteriores, y el tipo subjetivo, voces que representen sensaciones, sentimientos, emociones; hacedles describir un cuadro ó un espectáculo cualquiera, y en seguida descubriréis uno ú otro tipo. Ambos pueden llegar á lo sublime y rayar en lo ridículo. Temperamento objetivo heroico es el niño curioso que todo lo recuerda, el poeta descriptivo, el explorador incansable de la naturaleza; temperamento objetivo morboso es el frívolo interés por las noticias menudas y los chismes de vecindad; temperamento subjetivo heroico es el novelista que analiza y disea los factores psíquicos de una pasión: Leopardi, expresando todos los dolores del alma; y Descartes, formulando su famoso *cogito ergo sum*; temperamento subjetivo morboso es el del distraído, que no distingue nada fuera, por estar preocupado con sus recuerdos interiores; el místico, para quien no hay más realidad que sus visiones, y el hipochondríaco, analizador infatigable de las propias sensaciones y de los más insignificantes movimientos de su cuerpo. Pero ¿quién piensa nunca ni desea conocer la orientación de su atención? ¿Quién quiere darse cuenta de su propio pensamiento y carácter? ¿Cuántas personas inteligentes y cultas viven ignoras de cuanto se agita en la profundidad de su espíritu! La personificación de los lugares ó el colorido de los nombres son hechos más frecuentes de lo que parece; pero ¿cuán pocos fijan en ellos la atención, ni se dan cuenta de lo que pasa en ellos mismos!

El espíritu científico y el sentido moderno de la vida se inclinan hacia el temperamento objetivo; pero lo preferible sería un temperamento mixto que apartara á los hombres del materialismo práctico tanto como del misticismo infecundo. ¿Qué sabríamos de las asociaciones de ideas de la imaginación, de la creación genial, si hombres avezados á la autointrospección no nos hubieran revelado todo el proceso de su pensamiento? ¿Qué sabría el Arte de los dramas grandiosos del corazón, si los que han sido actores de los mismos no nos hubieran descubierto todos sus hilos? El conocer es un bien, no sólo por el placer de saber, sino con un fin de utilidad individual.

Por su experiencia personal, de Sanctis ha encontrado tres tipos de pensadores ó imaginativos correspondientes á otros tantos tipos de caracteres, atendiendo á la corriente del pensamiento: en el primero pasa con preferencia el presente ó el pasado recentísimo, con sus impresiones inmediatas, vivas y palpitantes: carácter débil, ligero, mudable; en el segundo discurre el pasado, con sus recuerdos dolorosos ó alegres: carácter reflexivo; en el tercero prevalece el porvenir, con sus proyectos, temores ó ideales: carácter inquieto y activo. Otra serie de hechos con éstos relacionados es que en unos, el pensar se desarrolla con fatiga, esfuerzo ó molestia; en otros, con indiferencia afectiva; y en otros, con placer: este placer del pensar es la mejor compensación que la naturaleza reserva á los inteligentes sin fortuna.



CUMAREBO: Punta del Faro (Fot. Avril)

Pero ¿cómo lograr pensar y conocerse? Fijando la atención; y para ello nada mejor, si se trata de un refractario á la introspección, que provocarla por medio de la contracción del músculo superciliar, fijando la mirada en un espejo. Al orientar así hacia adentro la atención, se observa un fenómeno del que á veces se maravilla el sujeto: se siente capaz de delinear y desarrollar mentalmente un tema, cosa que antes le era imposible; otro fenómeno es el del dominio de la fantasía, cuyo curso desenfrenado se encauza perfectamente; otro, el del análisis que puede hacerse de las propias tendencias y deseos, llegando á lograr positivo poder de autocritica y autodisciplina. Todos estos resultados, ampliamente expuestos por de Sanctis, tienen realmente importancia, no sólo para la psicoterapia, como sucede con la cura de los *tics*, del balbuceo y de las neuropatías, sino para la pedagogía, y hasta para la moral, por el desarrollo á que se llega de los más elevados sentimientos.

Hubo un tiempo en que se proclamó medio útil para la educación el hipnotismo; pero los que han seguido ciegamente la escuela de Dejerine se han equivocado. La hipnosis podrá ser útil en casos especiales, cuando se quiera automatizar al bien á algún recalitrante ó anormal; en los demás estados tiene mayor aplicación la sugestión en casos de vigilia y la persuasión. La concentración reflexiva ó autointrospección, al contrario del hipnotismo, vigoriza al consciente: es una gimnástica de la voluntad de su doble aspecto de iniciativa y de inhibición, constituyendo un poderoso auxilio pedagógico, aplicable á las personas regularmente desarrolladas, á todo tipo normal.

HISTORIA

EL PATRIOTISMO DE LOS JAPONESES.—Dice el coronel Emerson, testigo presencial, que el patriotismo de los japoneses es una pasión rayana en fanatismo. «Mi patria siempre y doquier, primer amor de mi corazón, ¡mi sangre, mi primer pensamiento y el sudor de mi frente serán sólo para ti!»—dice uno de los poetas favoritos de los nipones, y repiten de todo corazón, y no con los labios—que ahí está la diferencia, puesto que cosas semejantes dicen los poetas y repiten los nacionales de otros muchos países,—los hijos del imperio del sol naciente.

Este sentimiento de patriotismo está íntimamente ligado con la religión nacional del shintoísmo, que rinde culto principal á los héroes y á los antepasados, y con el respeto, veneración y acendrado cariño al Mikado y á la familia imperial, á los jefes del clan del Japón feudal, á los daíricos, á los nobles de la clase guerrera y á toda autoridad superior. Ese principio de lealtad convertido en patriotismo es lo que forma la fuerza del Japón actual. La historia, la literatura y las leyendas japonesas abundan en historias terribles ó conmovedoras de hombres, mujeres y niños que lo han sacrificado todo á su príncipe y á su patria. La leyenda favorita del Japón es la de los 47 ronins ó samurais errantes, historia real de 47 vasallos fieles que juraron vengar la muerte de su señor, y que obrando cada cual por su parte, después de largos años de disimulo y de espera, se reunieron de pronto y mataron al asesino de su príncipe, suicidándose después; el templo de Sengakuchi, donde se hallan las tumbas de los ronins y de su señor, es visitado anualmente por miles de peregrinos.

Aquel atecto que entonces se dispersaba entre muchos señores feudales, se ha concentrado hoy en el Mikado, personificación viviente de la nación, adorado como un semidiós por todo el mundo, y por quien todos están prontos á sacrificar su vida. Su retrato es lo que más se estima en los buques de guerra; en un naufragio, lo primero en que se piensa es en salvar aquel retrato, y su pérdida es más sentida que la del buque y la tripulación. En la vida misma civil, el retrato del emperador es objeto de culto; en los días de fiesta se reúne á los alumnos en las escuelas para hacérselo saludar, y uno de los maestros pasa la noche en el edificio para poder salvar el retrato en caso de incendio. Cuando el emperador sale en coche, la policía no permite á nadie mirarlo desde una ventana ó desde otro cualquier sitio elevado; todos los que van en coche ó en chinrikicha (carruaje de dos ruedas tirado por hombres, muy popular en el Japón) tienen á su paso que detenerse y bajarse, aunque ya se ha suprimido la costumbre de arrodillarse y besar la tierra.

Los japoneses son poco afectos á manifestaciones ruidosas, y de ahí que pasen por fríos é indiferentes; pero es un error juzgarlos por tales apariencias. La declaración de guerra á Rusia, á pesar de ser tan deseada, no provocó explosiones de entusiasmo; pero había que oír los gritos de ¡*Dai Nippon banzai!* ¡Viva el Japón!) lanzados por los oficiales de marina al recibir la orden de hacerse al mar para combatir, y ver luego el celo y la audacia con que ejecutaban el mandato de atacar á Puerto Arturo; en una noche helada de los primeros días de la guerra,

la válvula de uno de los torpederos estaba obstruida por los témpanos; y no habiendo otro medio, un marinero se tiró al mar y quitó el hielo con sus manos, muriendo en aquella penosa tarea. El Gobierno ofreció á sus padres una pensión, y ellos la rehusaron, diciendo que la muerte de su hijo era un motivo de alegría, siendo demasiado afortunados en haber podido ofrecer aquel sacrificio á su emperador y á su país.

Los gastos corrientes de la guerra tuvieron que ser cubiertos por un empréstito de 100 millones de yens (250 millones de francos), y el Gobierno concedió la preferencia á los suscriptores por menos de 300 yens y á los que pagaran los títulos por encima del precio de emisión de 95 p 8, habiendo quienes los pagaron á 120, y ofreciéndose el barón Iwasaki á cubrirlo por sí solo, sin que su ofrecimiento fuera aceptado. Aquel día iba á ser ejecutado por asesino un malhechor, y su carcelero le entregó cinco francos que le correspondían, pidiendo permiso el condenado para destinarlos á la guerra; cuando su oferta fué aceptada, se echó á llorar, lo que nunca había hecho, lamentando su crimen por impedirle ponerse al servicio de su país. La emperatriz misma dió el ejemplo del sacrificio mandando sus joyas al Banco, y muchas mujeres y jóvenes vendieron las suyas con el mismo objeto. Cuando se llamó la primera reserva, muchos miles de veteranos se mezclaron en las filas; y cuando los oficiales, al hacer el llamamiento, se encontraron con aquel exceso de personal, tuvieron no poco que hacer para obligarles á volver á sus casas.

Las familias, hasta las más pobres, no omiten sacrificio alguno para festejar á los soldados el día de su marcha: todas las casas están adornadas de banderolas de alegres colores y banderitas blancas con inscripciones niponas, que dicen: ¡Buena suerte! ¡Vuelve sano y salvo! ¡Abajo Rusia!, y otras semejantes; y el espectáculo es realmente sorprendente para quienes están acostumbrados á la impasibilidad de los japoneses. Esta impasibilidad desaparece cuando llega la ocasión, aunque una vez manifestado su entusiasmo, vuelve tranquilamente á sus ocupaciones ordinarias sin perder el tiempo en prodigalidades de bullicio.

El patriotismo japonés, como el de todos los pueblos orientales, tiene su lado siniestro, y en casos de sobreexcitación nacional obliga al Gobierno á tomar precauciones contra los fanáticos que surgen por todas partes dispuestos á cometer toda clase de atentados y á no retroceder ante ningún crimen que les parezca conveniente á los intereses de su país ó de su partido; pero hasta en estos excesos, inevitables en espíritus exaltados, se demuestra lo arraigado que se halla el patriotismo en el corazón de los japoneses.

METEOROLOGÍA

LA PREVISIÓN DEL TIEMPO EN EL PASADO Y EN LA ACTUALIDAD.—En lo antiguo la previsión del tiempo estaba fundada en observaciones locales, y apenas hay un país de montaña, como dice Monti, que no tenga sus refranes meteorológicos. Así los atenienses se fijaban en si estaba serena ó nublada la cima del Himeto, y los romanos observaban si el Poniente tenía ó no nubes, para apreciar si el tiempo sería sereno ó lluvioso; los judíos se atenían á la misma regla, como en general todos los pueblos del Mediterráneo, y el mismo Jesús dice, según San Lucas: «Cuando veáis que la nube se levanta de Poniente, decís que la lluvia está próxima.»

No quiere esto decir que el viento deba soplar siempre de Poniente antes de la intemperie; el viento se dirige al centro de toda depresión, y si este centro está á Poniente, el viento vendrá de Levante y no soplará en

dirección opuesta sino cuando la depresión se haya alejado de nuestro horizonte. Así se explica cómo Zéfiro, el viento de Occidente, ha sido siempre considerado como el que empuja las nubes del cielo y trae el sereno; por eso Lucrecio le hace heraldo del Amor: «nuncio de Venus, se adelanta el alado Zéfiro, y Flora derrama flores y perfumes en el camino de ambos»; y Homero mismo le había ya señalado como viento dominante en los Campos Elíseos.

También se daba antiguamente, y aún hoy se da por el pueblo, gran importancia al aspecto que presentan los animales según que el tiempo se presente malo ó bueno. Del mismo modo que nuestros aldeanos ven un mal presagio en el bajo volar de las golondrinas, en la inquietud de los gatos, de las gallinas ó de las ranas, en la inercia de las abejas, etc., así los antiguos se servían de observaciones semejantes para sus pronósticos del tiempo, y Virgilio recogió poéticamente en las *Geórgicas* las más corrientes de su tiempo.

Del arco iris y del color y forma de las nubes se sacaban también presagios, fundados todos en la experiencia; así dice un proverbio francés:

Ar-en-ciel de matinée.	Arco iris madrugador.
Un labourneur finit la journée :	Suspende la tarea al labrador :
Ar-en-ciel du soir.	Arco iris de tarde.
Fait beau temps prévoir.	Du alientos al labriego más cobardante.

Así también dicen los italianos: «rosso di sera, bel tempo spera», que es idéntico al proverbio francés: «rougie du matin, fait le temps chagrin, —rougie du soir, espoir», y lo mismo que el castellano: «sol puesto entre nubes rojas, quita al labrador congojas». Las diversas formas de las nubes suelen presentarse en Europa unas tras otras cuando se acerca una tormenta: primero aparecen largos filamentos de vanguardia, que se llaman cirros; luego viene el escuadrón de los cirrocúmulos, nubes en copos y redondas comparables á borregos ó balas de algodón; estos cúmulos aumentan de tamaño y densidad hasta que se funden en un anublamiento bajo y general que precede inmediatamente á la lluvia, lo que justifica el proverbio toscano: «Cielo a pecorelle, acqua a catinelle», ó como el castellano: «Cielo aborregado, á los tres días mojado». Si es de noche, estas nubes, precursoras de la lluvia, suelen estar altísimas y están compuestas de partículas tan menudas que la luna parece ceñida por un anillo de color, un cerco violáceo y rojizo ó blanquecino, á semejanza del efecto que nos produce la luz de una farola en una noche de niebla; y de ahí la previsión de la lluvia cuando este cerco lunar se presenta.

La predicción científica del tiempo se hace hoy en todo el mundo culto por los Observatorios ú oficinas meteorológicas de cada país, que se hallan dotadas de barómetros, termómetros, pluviómetros y demás aparatos de observación, y están en correspondencia telegráfica entre sí y con los Observatorios del extranjero para comunicarse dos ó tres veces al día por lo menos los resultados de sus respectivas observaciones, trazando las líneas isobáricas, es decir, las líneas que en un mapa recorren los puntos en que aparece la misma presión atmosférica, y publicando los *Boletines meteorológicos* que contienen todos los datos recogidos diariamente.

La carta isobárica ó mapa de presiones atmosféricas varía de un momento á otro, y esa es la causa de que los pronósticos en ella fundados no siempre sean acertados; pero tomados en conjunto los resultados, no hay duda que se ha dado un gran paso en el estudio de la predicción del tiempo con el establecimiento de los Observatorios meteoro-

lógicos y las indicaciones precisas de las cartas isobáricas. La precisión de los datos, la suma de elementos de conocimiento que se acumulan en cada Observatorio y la base científica en que se apoyan las conclusiones que se deducen de las observaciones hechas, son firme garantía del acierto con que en general suelen hoy hacerse las predicciones del tiempo con fines prácticos.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

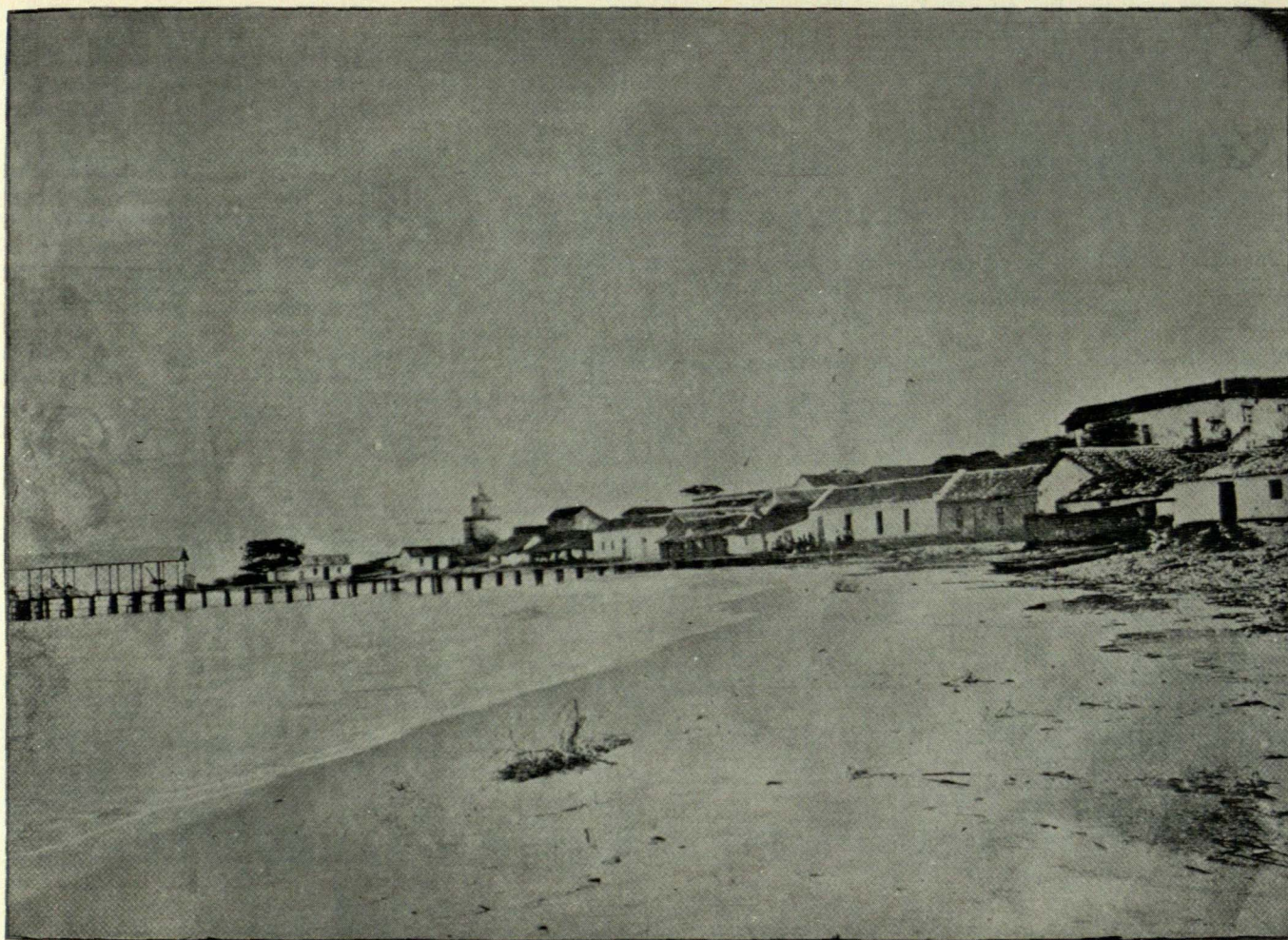
EL PESIMISMO.—No hay clase que se libre de la plaga del pesimismo, dicen en *La Grande Revue* Luis de Romeuf. El malestar, comenzando en los ricos, llega á las últimas capas sociales, invadiéndolo todo. En el instante de una contrariedad cualquiera, de un desfallecimiento accidental, el pesimismo se apodera del alma, infundiéndole en ella la desesperación y la tristeza. Este pesimismo moderno no se ha mantenido, como el de Schopenhauer, en el dominio de la metafísica, sino que alcanza á todo y niega hasta el bienestar material, hasta las conquistas más positivas del progreso en el orden económico, social ó científico; lo niega todo, ó, por lo menos, lo decolora y empalidece todo. Y no tiene razón.

Tras la brillante escaramuza de los enciclopedistas, la lucha religiosa se había casi disipado; hoy vuelve á encenderse, con innegable y sorprendente vigor. Es realmente incomprensible, para quien sepa penetrarse bien de la concepción cristiana, que una arquitectura de tan puras líneas haya venido á parar en un templo tan recargado de ornamentos suplementarios, de paráfrasis gratuitas, de elementos extraños tan heterogéneos; la obra de los hombres se ha empeñado en corregir la obra de Dios con una inconsciencia que desconcierta; Pontífices y Concilios han apartado el gran río de su cauce natural, y la embriaguez de la exégesis se les ha subido á la cabeza, haciéndoles creer en una nueva creación, hasta que el neocristianismo se ha levantado vigoroso para encauzar de nuevo la desviada corriente.

Desde ese momento, los pesimistas están vencidos. La persecución ha empezado, y los reformadores la acogen como llama purificadora que ha de acabar con los miasmas acumulados por los siglos; en la Iglesia de Jesús se ahogaban ya los fieles si la persecución no hubiera venido. Jamás las tendencias sobrenaturales se han afirmado tanto como hoy. Ciertamente que la fórmula, el símbolo, el rito exotérico, han sucumbido; pero así debía ser. ¿No es ya hora de reducir á la nada el monstruoso error, esterilizando el argumento que quiere poner á Jesús en antítesis con los más vastos esfuerzos del pensamiento humano?

¿Qué se ha hecho del pesimismo feroz que creía anonadarlo todo? Los católicos recobran con la persecución su vacilante fe; los judíos y protestantes, deístas como los católicos, asisten gozosos al adelanto de las ciencias, á los llamamientos á lo sobrenatural ambiente que sin cesar se escapan de los laboratorios; el mismo librepensador, al buscar los orígenes del hombre en la explicación simiesca, suministra uno de los argumentos más consoladores: porque si el hombre, saliendo del mono, ha llegado á ser lo que es, ¿á qué no llegará con el andar infinito de los siglos?

Vencido en el terreno metafísico, el pesimismo se vuelve hacia el orden económico y social y nos muestra á los hombres divididos en dos campos, los hambrientos y los ahitos, amenazándonos con la catástrofe final. Es evidente que la lucha de clases existe. Pero ¿es ahora la primera vez que el hombre desea mejorar de condición? Los legisladores de la revolución, preocupados por la libertad individual, aniquilaron la corporación, el gremio, que esclavizaba al individuo; pero la rueda



PUERTO DE CUMAREBO (Fot. Avril)

de los siglos da la vuelta, y el trabajador, abandonado á sí mismo, vuelve á experimentar la necesidad de una comunidad de esfuerzos; la diferencia está en que lo que antes se llamaba gremio hoy se llama sindicato.

Hay que considerar los disturbios de estos últimos años como el estremecimiento instintivo, como la convulsión primera del que, viendo el sol, apresta sus alas para ascender hacia su ilusión; después de todo, es un indicio de que tenemos fuerzas para luchar por algo y de que no todo ha muerto de nuestras valentías ni de nuestros ideales. Las convulsiones pasarán, pues por eso son convulsiones, y de todas las quimeras de que se han revestido no subsistirá pronto más que el restablecimiento del neutralismo, sacado del fondo de las edades para corregir un individualismo que ya no se adaptaba á nada. Por eso hay que considerar con mansedumbre los esfuerzos de una clase para llegar á la felicidad: la felicidad es una estrella que todos los seres tienen el derecho de mirar y de querer.

El proletariado ha mostrado decidida orientación hacia la asociación; alentémosle en ese camino, porque la fórmula del cooperatismo «cada uno para todos» es eminentemente fecunda. El régimen del salario es la causa de todos los males del obrero, porque le deprime, poniéndolo á merced de quien le paga. Haciendo al obrero partícipe de los productos de su obra, se hace de él un auxiliar, un confidente, casi un amigo del patrono. Esto precisamente es lo que más inquieta á los apóstoles teóricos del colectivismo, que temen con razón el fracaso de sus doctrinas en cuanto el proletariado tome el gusto á la propiedad individual. Copropietarios de sus instrumentos

de producción, los obreros no tendrán más cuidado que el de hacerlos servir para su propio enriquecimiento, y olvidarán entonces para siempre la ambición engañosa de ser un átomo del todo. Esperemos, pues, confiados.

No hay, pues, que asustarse—y ésta es la conclusión que puede desprenderse de todo lo dicho,—ni de los augurios de los pesimistas, ni siquiera de las nubes ni de las tormentas que á veces oscurecen el horizonte pareciendo darles la razón. Todo eso pasará, y la humanidad seguirá majestuosamente su camino de perfeccionamiento para la consecución de todos sus ideales.

LA INFERIORIDAD DE LA MUJER.—César Lombroso y el neuropatologista Mœbius demuestran con argumentos perentorios la inferioridad mental de la mujer. Según los estudios de Bischoff, el peso comparado de los cerebros del hombre y de la mujer es el siguiente:

	Peso máximo.	Peso mínimo.	Peso medio.
Hombre	1.925 gramos.	1.018 gramos.	1.362 gramos.
Mujer.....	1.565 "	720 "	1.219 "

Las conclusiones de ambos sabios son que la mujer tiene el cráneo más pequeño que el hombre; que es menos hábil en los trabajos manuales, puesto que hasta en la costura y en la cocina el hombre ejercitado lo hace mejor; su moral no deriva de la razón, sino del sentimiento; tiene la memoria vivaz, lo que explica sus éxitos en los exámenes, pero los resultados no corresponden á las promesas;

puede ser sabia, pero sin inventar nuevos métodos científicos; el hombre adquiere su madurez intelectual más tarde que la mujer, pero la conserva mucho más tiempo. «La mujer, dice Lombroso, no tiene más que treinta años de vida completa. En el hombre, el peso del cerebro llega á su máximo entre veinte y treinta años y disminuye entre sesenta y setenta; en la mujer crece hasta los veinte años y declina entre cincuenta y sesenta.»

EL SENTIDO DEL ESPACIO.—Todos nosotros concebimos el espacio de tres dimensiones: lo largo, lo ancho y lo alto—dice en *La Nuova Antologia* Nemi,—y aunque los matemáticos hablan de una cuarta dimensión, eso es cosa suya, y la fisiología misma viene en apoyo del concepto común del espacio, acabando de probar que este concepto corresponde á la realidad.

El hueso petroso que existe á ambos lados de la cabeza es el más duro del esqueleto; y contiene el oído interno, con el cual comunica el nervio cránico, que tiene dos divisiones correspondientes á dos funciones perfectamente distintas; una de las cuales no tiene nada que ver con el oído, sino que está consagrada á la preservación de nuestro equilibrio.

Ese es precisamente el nervio del equilibrio, y el órgano de este sentido. Este órgano no es periférico como los demás, sino que yace en el oído interno y su función es la de percibir la posición de nuestro cuerpo en el espacio; cuando no está bien sufrimos vértigos, como los borrachos, porque no tenemos entonces la sensación del equilibrio.

¿Cómo está compuesto este órgano? Consiste en tres canalitos de forma semicircular: cada uno de los cuales contiene un fluido, en el que vienen á expirar las innumerables terminaciones del nervio del equilibrio. Todo movimiento de la cabeza, por ligero que sea, causa un movimiento en el fluido y, por consiguiente, una presión en la extremidad del nervio: el cerebro es avisado de la presión, y advierte el movimiento de la cabeza, según la teoría hoy aceptada corrientemente, del profesor Crum Brown, de Edimburgo.

Ahora bien: siendo el espacio de tres dimensiones, claro es que será posible mover la cabeza en una de las tres direcciones, ó en las intermedias; por eso los tres canales están colocados en correspondencia con las tres dimensiones de un cubo, dos horizontales formando ángulo recto y uno vertical. La colocación en ambos lados es simétrica, de modo que cualquier movimiento de la cabeza ejerce una influencia correspondiente en los canales, y nada puede escapárseles.

En los vertebrados ínfimos esos canales no existen, y ascendiendo en la escala se observa la gradual evolución de este órgano. Habrá seguramente quien objete que una cosa es que el espacio tenga tres dimensiones, y otra que tengamos un sentido conformado para percibir tres dimensiones del espacio. Pero como dice en *The Academy* Saleeby, si el espacio no fuera realmente de tres dimensiones, ¿por qué los vertebrados superiores habrían evolucionado hasta llegar á percibir su posición en el espacio en esas tres dimensiones?

FERNANDO ARAUJO.

PAGINAS CORTAS

EL SILENCIO AUSTRALIANO

(POR RICARDO JAIMES FREYRE)

LA paz ama la risa. Y la paz es la felicidad. Los antiguos la buscaron en la filosofía ó en el placer; la Edad Media creyó descubrirla en el claustro. —¿Qué buscas aquí? preguntaba á Dante el religioso que le abría las puertas del convento. —La paz, respondió el gibelino. Los modernos han dejado de creer en ella ó la persiguen en la atmósfera pura de la ciencia ó en la del arte. —«Está en la soledad,» ha dicho un poeta español. Pero, ¿dónde está la soledad?

Vive con el silencio, en el centro de la gran isla australiana. «En el interior de Australia, región boscosa pero privada de agua,—escriben de Sydney—no hay otros animales que pájaros afónicos. Un silencio casi absoluto reina en la floresta.» Y añaden: «Una comisión de médicos partirá en breve para esos parajes, á fin de examinar de cerca la excitación nerviosa que produce el silencio.» Es la misma, la vieja historia de la camisa del hombre feliz. Siempre arrojaremos sobre la paz ambiente nuestra tempestad interior.

Pero no sería necesario para nosotros los americanos, buscar la soledad y el silencio en las selvas de la Nueva Holanda. Largas, muy largas horas he pasado en las montañas de los Andes sin que el rumor más leve llegara á mis oídos, sin que se descubriera á mis ojos el menor rastro de vida.

Imaginad una región sombría y árida; el lomo sinuoso de la altiplanicie limitado por anchos y elevados picos; abismos profundos donde la mirada se pierde en el vértigo; delante, la llanura interminable; la espalda sobre las cimas que traspasan el firmamento con sus crestas blancas y brillantes; bajo los pies la tierra infecunda; el horizonte frío y pálido, juntando las dos desolaciones del cielo y de la tierra. En el espacio, ni rumores de alas ni un soplo de viento. . . . Decidme si las florestas de Australia, donde tiene el hombre la compañía de los vegetales, de los troncos abrazados por las enredaderas, de las ramas entrelazándose amorosamente, de las hojas que caen á sus pies, de los pájaros silenciosos que lo miran desde las copas de los árboles; decidme si esta soledad llena de vida puede compararse á la soledad de las altiplanicies andinas, donde en la extensión inmensa que la vista abarca, todo está petrificado, todo vacío, todo muerto!

Y cuando cae la noche y se ilumina el cielo, con las vivas y alegres miradas de las estrellas y cruzan el espacio saetas fugaces y las tinieblas se esconden bajo las rocas, decidme si el latido de vuestro corazón no acabará por romper el silencio profundo de la naturaleza. . . .

LA VERDADERA PIEDAD

(POR CONDE KOSTIA)

CUANDO aquel infeliz, asqueado del amor de las mujeres, buscó el afecto de la que él creía más buena que las otras, la solicitó de amor. Y viendo que no la atendía, imploró su piedad.

Que volviera hacia él sus ojos y quedaria satisfecho.

Pero ella no los volvió. Y entonces aquel infeliz quiso matarse—asqueado del amor de las mujeres.

Viéndole resuelto á morir, un viejo bondadoso le dijo:

«—Niño; la piedad no viene de arriba; es una flor raquítica que brota á nuestros pies.

«Había una vez en un ingenio de Cárdenas, un huerfanito. Servía en el batey y los dueños del Central aquél lo trataban duramente. Si solicitaba una palabra amistosa, de una bofetada lo echaban á un rincón, como á un perro. Así creció entre la pena y el abandono. Sin caricias.

«Un día oyó al cura del pueblo decir en el púlpito: «Dios, que es muy bueno, y está allá arriba, consuela á todos los afligidos. Háblale y te responderá.»

«Y aquella noche, cuando aparecieron las estrellas, el niño se arrodilló en el campo y rezó. Nadie le respondió.

«Sin duda—se dijo el pobrecito—soy demasiado pequeño; no me ven de tan arriba. . . .»

«Y subió á un árbol. Y volvió á rezar.

«Pero Dios no veía á aquel pajarito subido en una rama.

«Angustiado, vencido por el frío del dolor y la fatiga, el niño cayó al suelo.

«Un miserable cortador de caña lo recibió en sus brazos y le dijo:

«—Chiquillo; te he oído. Pero mira; la piedad no viene de arriba. Yo estaba aquí, á tus pies.»

«Y se lo llevó á su cuartería, lo adoptó é hizo de él su hijo.»

Y entonces el infeliz aquél, asqueado del amor de las mujeres se alejó por las negras calles, caminando largas horas, fija la vista en el suelo, por si hallaba entre el lodo la modesta flor: la Piedad.

Y una noche encontró á una desgraciada vendedora de amor que le dió con su cuerpo cansado su corazón adolorido.

Y olvidó—sintiéndose amado—que era un infeliz asqueado del amor de las mujeres.

SIMBOLISMOS

(POR CARLOS DE SOUSSENS)

LEGA cierto momento en que el viajero, después de haber azotado negros, burlado chinos, educado japoneses, evangelizado papuas y comido loros, monos, lagartos, sapos y culebras, no siente deseos para nada, ni para volver á la patria, que tal vez mal conoce y en la cual se imagina no creer ya. Agotada mi curiosidad feliz, dice mi curiosidad en otrora tan inmensa: ¿para qué agitarme todavía?

Y se detiene en la primera isla desierta, lejos de todas las civilizaciones, de las cuales ni una le ha parecido amoldarse á su sér. Domestica chanchos, acaricia perros, estudia la trenología de los patos, eleva pollitos familiares á la categoría de canarios enjaulados. Engorda él también. Duerme, duerme, duerme. ¡Qué lindo es embrutecerse! Ya no piensa, ni sufre, ni sueña!

De repente, sin motivo—no sé por qué, golondrina, pasaste, ó mariposeaste, abeja—el recuerdo surge, invencible, aplastador como una montaña sobre un corazón, de una ciudad gótica á miles de leguas, de órganos sonoros en catedrales fervorosas, de caballeros de granito vueltos de la Tierra Santa, de ríos verdes, de lagos azules y de la morada paterna mirando la solemnidad de las nieves eternas.

Evadido, por fin, de su buscado sopor, el viajero, con lágrimas en los ojos, construye febrilmente una nave primitiva, le pone el mástil de su voluntad, el velamen de sus esperanzas y, favorable el viento, clama un delirante adiós á la isla solitaria, á la isla infecunda, á la isla de la paz mortífera, á la isla del olvido y de la pereza.

Algo semejante pasa en la literatura.

..

Hemos querido buscar á todo trance la originalidad. Tan pavos hemos sido como de no encontrarla en la verdad de nosotros mismos; es decir, en el reflejo de las luces exteriores sobre nuestra mente propia que las podía agigantar.

Sistemáticamente, pues, nos hemos alejado de Grecia, despreciando la miel que para la boca de Platón fabricaron las áureas moscas del Himeto.

Roma nos detuvo un tiempo merced



EL MAS GLORIOSO EPISODIO DE LA BATALLA DE SHA-HO: El asalto de la colina Poutilov por una brigada rusa

á Horacio, Virgilio, Cicerón, Tito-Livio y Tácito.

En Florencia después, con Petrarca, Bocaccio, Dante, adoramos á Laura, contamos cuentos á las bellas damas y depositamos un beso de lirio sobre los labios de Beatriz.—¡Oh, dulce lingua del Si!

España florida nos abrió las puertas de sus jardines y nos dió Cervantes la bienvenida.

Náufragos de la Gran Armada, tuvimos de carcelero en Inglaterra al grande y hospitalario Shakespeare.

Por Francia pasamos en seguida y, como vivimos mucho en breve lapso, frecuentamos sucesivamente á Rabelais, Lafontaine, Corneille, Molière, Racine, Voltaire, Rousseau, Lamartine, Vigny, Musset, y sobre todo Hugo!

Ya habíamos recorrido inmensos caminos.

..

Pero alguien un día nos dijo:

—¡Qué países éstos y qué dioses de piedra!....

Y le contestamos:

—Son los países de la verdad, y el sol que la ilumina hace cantar melodías infinitas á los dioses de piedra.

Replicó el tentador:

—Vayan á regiones desconocidas do sean blancos como yo los negros, y las mujeres azules y vagas como mis ilusiones.

Y de buena fe, nos embarcamos,

nuevos Lohengrines que teníamos por cisne una tortuga caraibiana, enchapada de oro muerto con pedrerías extravagantes.

Nuestra bandera, labrada en una piel de camaleón, tenía por lema:

¡EL ARTIFICIO ES EL ARTE!

¡Qué viaje, señor, aquél!

..

Dicha dichosa tortuga, á la par de todos los animales milagrosos, sabía hablar.

De la misma manera que allá, en Haití, el emperador Soulouque, porque en Francia existía una ilustre familia de Príncipes de Poix, creyera genial crear títulos de duques de la Zanahoria y marqueses de la Coliflor, era igualmente necesario aquí ennoblecer desatinos rebuscados con el blasón de un gentil hombre de letras, loco por cordura y no por esnobismo.

Pues, navegando sin brújula, corriendo á cada instante el riesgo de zozobrar, muertos de hambre, de sed y de frío, acertamos á divisar, por fin, algo á modo de tierra sin forma, con castillos de nubes.

—Ya estamos, dijo la tortuga levantando la cabeza cual una mitra episcopal: Este es el país de la única Belleza. En él existe una Basílica. Soy de ella á la vez el pontífice y el sacris-

tán, y como buen sacristán toco las campanas.

Al mismo tiempo la tortuga recobró su figura de mirlo blanco y, con voz sentenciosa, con voz sacerdotal, á pesar de ronca, profirió estas memorables palabras:

—¡Arribemos, señores, que éste es el triunfante, el mágico Reino del Decadentismo!

..

Para llegar á la orilla tuvimos que atravesar un interminable pantano lleno de monstruos viscosos. Alrededor de nuestras cabezas aleteaban buhos y murciélagos.

Pisamos por fin el suelo. No era suelo firme, sino elástico y vacilante como hecho del caucho del Acre. No brotaban de él plantas. Mas divisamos unos estrambóticos edificios de cartón pintado.

—Y esto ¿qué es? preguntamos al guía nuestro, Virgilio de levita de este moderno infierno.

Irguiéndose cual tambor mayor general de los ejércitos de Nicaragua, dejó retumbar en nuestros oídos esta misteriosa frase:

¡ABRACADABRA!!! SON INVERNÁCULOS Y VIDRIERAS PARA LAS FLORES DE POESÍA.



SON LOS SUEÑOS QUE PASAN.....

A veces tu recuerdo se condensa
en mil formas extrañas ; huye el día
y en rojo funeral, sobre la inmensa
extensión del azur, la tarde piensa
y yo pienso con ella, vida mía !

Pienso en ti !

Cae el sol.

Alguien me nombra :
una voz—muy lejana !—de reproche ;
y clavado de horror sobre la alfombra,
con los ojos abiertos en la sombra
te busco entre los sueños de mi noche.

EL PRIMER SUEÑO

Y un sueño viene á mí. Cruza la sala
con vuelo de fantasma, y se divulga
un rumor ideal si bate el ala,
y es tan puro como una colegiala
vestidita de lino, que comulga :
La fe de mi niñez !

EL SEGUNDO SUEÑO

Oígo un escherso
inefable que el ánima me arroba
y otro sueño se acerca entre el disperso
enjambre, y es azul : el primer verso
que escribí, niño y trémulo, en mi alcoba....

EL TERCER SUEÑO

Y llega un sueño rosa—oh paraíso !—
Y siento no sé qué dulces resabios :
Es el beso primer que de improvisó
le dejé á una muchacha que me quiso,
cierta noche de abril, entre los labios.

EL CUARTO SUEÑO

Y luego un sueño púrpura ! ni el cielo
tan vivo luce cuando el sol navega....
Le conozco muy bien ! : el primer celo !
mas si ya no sé odiar, si ya el Oteló
murió en mi corazón !

Qué tarde llega !

Tú

Y por fin vienes tú, con el sedefío
pelo arropas mi frente atormentada
y al oído me dices : pobre duefío,
lo mejor de mi sér es ser un sueño,
un copito de luz, un eco, nada....

Y suspiras : "Adiós !" y en el tranquilo
azul donde cada astro es como un broche
de trémulo cristal, hallas asilo,
mientras surge el menguante y con su filo
guillotina la testa de la noche.....

AMADO NERVO.



CANTARES ILUSTRADOS:

Las vecinas de mi calle
Todas se juntan en corro
Y me cortan un vestido.
Ese dinero me ahorro !

EN MEMORIA DE EDUARDO CALCAÑO

Bajo la doble silueta
de poeta y orador
ya nos exhibe el dolor
á este orador y poeta.
Voló con pluma discreta
por el cielo de la fama ;
y al impulso de la llama
que su verbo enardecía
lo recuerda todavía
con orgullo el Tequendama.

Y en aquel horrendo Salto
de su vórtice bravío
¿ qué murmura el torvo río,
de elocuencia nunca falto ?
Que al hundirse de tan alto
con fragor que el alma hiela,
serenó la undosa estela
de su espuma para dar
plauso eterno al Castelar
de la heroica Venezuela.

¿ Y qué más ?—Que Homero allí,
por un nombre de mujer,
tuvo sitio que poner
á una cuestión baladí.
—Con H no.—Pues que sí....—
¡ Válgame Dios, cuánta joya
perdida en una tramoya
en que el escritor galante
sin la muda por delante
dejó á Elena la de Troya !

Lejos de la patria orilla,
en honroso ministerio,
fiel tributo en su hemisferio
rindió al habla de Castilla.
¿ En la coronada Villa
no llegó al supremo goce
del prestigio, con el roce
cortesano y con la gracia
que en su culta diplomacia,
descubría Alfonso XII ?

Diz que el rey en los quebrantos
de su efímera salud
al extranjero laúd
pidió alguno de sus cantos.
Aunque oír solía tantos,
al colmar por fin su empeño,
alborozado, halagüeño,
muchas veces de su alcoba
salió á recitar la trova
del Ministro caraqueño !

Ved cómo allende las olas
y en sus comarcas nativas
cultivó las siemprevivas
de las letras españolas.
¡ Deplorad su muerte á solas
ya que tanto honró su cuna ;
mas sin lágrima importuna
de gloria el espacio llene
quien por lira al Guaire tiene
y al Avila por tribuna !

I. VAZQUEZ.

Maracaibo: 28 de diciembre de 1904.

SUETOS EDITORIALES

MARTÍNEZ SIERRA

Con el mayor placer insertamos en nuestro número de hoy un capítulo de la novela «La humilde verdad» que nos envía, por el intermedio de uno de nuestros colaboradores más distinguidos, el señor Gregorio Martínez Sierra.

Este autor, muy conocido ya en España, empieza a ser leído en América donde cuenta amigos y admiradores de su fresca y joven prosa, tan distinta de la que acostumbra la generalidad de los escritores de la Península. Martínez Sierra tiene para nosotros americanos otro mérito: el de querernos por nuestro espíritu y el de simpatizar con el alma nuestra.

Rufino Blanco-Fombona que lo estima mucho como amigo y como escritor, escribirá para nuestra Revista un juicio crítico de «La humilde verdad», cuando esta obra aparezca.

BIBLIOTECA SOCIOLOGICA

INTERNACIONAL

La casa Henrich y Ca, de Barcelona, editora de esta Biblioteca, acaba de publicar el libro del docto catedrático de la Universidad de Madrid, don Gumersindo de Azcarate: *Concepto de la Sociología y Un Estudio sobre los deberes de la riqueza*.

Componen esta obra del distinguido escritor español dos discursos. El primero, *Concepto de la Sociología*, fué leído por el autor cuando su ingreso en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y, como su título indica, es una razonada exposición del objeto y contenido de la ciencia sociológica, de sus orígenes, de sus fines y de sus relaciones con las demás ciencias, con el arte, con la historia, con el derecho, con la religión y con la filosofía.

El segundo discurso: *Estudio sobre los deberes de la riqueza*, leído en el Ateneo Científico y Literario de Madrid con motivo de la apertura de sus cátedras, es una disquisición sobre Economía política. Da lugar a ella el interesante debate suscitado no ha muchos años sobre los deberes y las responsabilidades de la riqueza con ocasión del artículo suscrito y de los actos realizados por el millonario anglo-americano M. Andrew Carnegie, quien predica que la riqueza sobrante deben administrarla en vida los opulentos y aplicarla a fines sociales. Gladstone, el cardenal Manning, el rabino Hermann Adler y el ministro protestante Hug Price Hughes examinaron con diverso criterio ese que llamó Carnegie «Evangelio de la riqueza», y las conclusiones de hombres tan eminentes son las que expone y analiza Azcarate.

Damos las gracias por el ejemplar que nos ha sido remitido.

EPITALAMIO

En los primeros días de la anterior quincena, fueron unidos por los vínculos del matrimonio, los jóvenes Carlos L. Schultz y Mercedes Elena Silva Larrábal.

Ambos comienzan la vida, bajo los aurosos halagüenos de infinitas promesas de ventura, a los cuales unimos nuestros votos porque sea eterna.

DUELO

El día 24 del mes pasado se efectuaron las ceremonias de enterramiento del cadáver de la que fué señora MARÍA DEL ROSARIO NEVETT DE ALTUNA, venerable y digna por la rectitud y la conciencia con que supo llevar durante una larga vida los deberes de su augusta misión de esposa y de madre.

A su señor hermano y a sus hijos enviamos en estas líneas la expresión de nuestra condolencia.

PÉSAME

Nuestro apreciado amigo el señor Isaac H. Bendelac ha recibido la dolorosa noticia del fallecimiento, en Tánger, de su señora madre.

El señor Bendelac, por su conducta entre nosotros, ha sabido captarse las simpatías y las consideraciones del gremio mercantil, a que pertenece, y de la sociedad cuyos fueros ha sabido siempre guardar.

Por el trance lamentable que le hace ahora sufrir íntima amargura, váyale nuestra palabra de condolencia.

“EL NOTICIERO”

Este popular diario de esta capital, ha entrado en el año *décimosexto* de su existencia. Edad periodística que representa una caudalosa labor y una copia de esfuerzos, que reclaman ser reconocidos y aplaudidos por todos cuantos son devotos del trabajo y la constancia.

En esta oportunidad, presentamos nuestras congratulaciones a los señores Directores de *El Noticiero* y hacemos votos por su prosperidad.

NUESTROS GRABADOS



El tenor Casañas

En la semana anterior tuvo efecto en el Municipal, la función de beneficio del aplaudido tenor de la Compañía de zarzuela que trabaja actualmente en aquel teatro, señor Jaime Casañas.

Una distinguida concurrencia dió aquella noche elocuente realce a la fiesta ofrecida por el artista, uno de los más notables de la *troupe*, por sus cualidades, sus aptitudes y sus conocimientos de escuela y de escena.

La prensa ha tributado a Casañas los aplausos que tan gallardamente ha sabido conquistarse y a esos votos nos complacemos en agregar el nuestro, sinceramente.

Vistas del Carnaval

No ha mucho hacíamos constar la densidad de amarguras, de desdichas y de dolores con que parece empeñado el destino en agotar el caudal de nuestros sentimientos y de nuestras lágrimas. Todo lo adverso, bajo el techo del propio hogar ó del ajeno, ha tenido la tenacidad de un propósito siniestro: la mano fatal ha sido incansable en flagelar nuestras espaldas. De pronto, los pacientes de tanta rudeza dolorosa, parece que buscaran, en medio de su agonía, una loca manera de venganza rara, y se incorporasen de su abatimiento, para reñir con la tristeza y vencerla y ahuyentarla.

A los alaridos que el alma herida exhalaba, a los gestos de la desesperación, al tañer de las campanas funerales, sustituyéndose ahora las carcajadas y las muecas de Pierrot y la irrigación de gotas argentinas de los cascabeles.

La página que en la portada de este número habría sido tal vez destinada a algún asunto evocador de alguna honda melancolía humana, aparece hoy cubierta por un cuadro de Gamba, que muestra las facies de la efímera alegría, placidez de horas, de esta tregua anual, de esta rasgadura en la tela diaria, disimulada por *confettis* y zurcida con serpentinatas.

Dos vistas más, *Baile de Carnaval* y *Serpentina*, exornan las páginas centrales de este número.

Riña de gallos

Entre los espacimientos que en su nómada vida de conquistador, tuvo el árabe guerrero, contábase el de las riñas de gallos. Altivo, ostentoso y valiente, el ave levantina debió merecer la atención y el cariño de aquellos formidables y apuestos domadores de los desiertos asiáticos y del litoral africano.

Su sport de valentía y de sangre, fué paseando por la historia y por el mundo, flanqueando los linderos de Roma, y haciendo ciudadanía en todos los campamentos de las fuertes tribus septentrionales.

El inglés moderno trajo en sus venas ese amor ancestral, y, práctico siempre, aplicó a la industria y al comercio las ventajas de su afición, hasta convertir en famosos criaderos Java y Bankiva.

Hércules

CUADRO DE O. SCHINDLER

Las páginas de nuestras ediciones están nutridas de reproducciones de cuadros célebres, que tienen por motivo los trabajos y las hazañas del hijo de Júpiter y de Alcmena.

La reproducción de este número se refiere a la captura de la cierva del monte Cerinea. El vencedor del león de Nemea fué encargado por Euristeo de que capturase a la cierva y la llevase viva a su presencia, a fin de que la ninfa Paigeta pudiese consagrarla a Artemisa. El héroe la persiguió por montes y valles, llegando hasta el Hiperbóreo: allí, el animal fatigado, en lugar de continuar carrera, volvió sobre el camino recorrido, y regresó a Arcadia, refugiándose en el santuario de Artemisa.

La cierva tenía los cuernos de oro y las patas de bronce, por lo cual era incansable.

Hércules logró al fin sorprenderla sobre las márgenes del Ladón, é iba a matarla, cuando Apolo y su hermana intervinieron para salvarle la vida. Entonces el héroe la cargó viva sobre sus espaldas y la llevó a Euristeo, quien la hizo consagrar a Artemisa, a cuyas imágenes sirve desde entonces de atributo.

Quien astrónomos que la cierva que huye delante de Hércules y luego vuelve al punto de partida, signifique la Luna, en el cielo arcadio.

Banquete de los Girondinos

Philippoteaux ha puesto en luz y en colores la leyenda de la última noche de los diputados de la Gironda.

Elocuentísimos todos, llevan a la cabeza de sus elocuentes oradores a Vergniaud y a Barbaroux; apasionados, contando con Gensonné como abanderado de sus pasiones; enérgicos, viendo entre sus filas energías como las de Petión y Lanjuinais; tenaces sofadores, entre los cuales Brissot, Isnard y Condorcet, idean una Francia confederada, a ejemplo de los Estados Unidos, convertidos sus Departamentos en Estados soberanos; combaten la Montaña; se hacen dominadores de la Asamblea Legislativa; pierden su opinión y su prestigio después de las jornadas del 10 de agosto de 1792 y de las matanzas de setiembre; y son encerrados por sus vencedores en la prisión de la Conserjería, hasta el 31 de octubre de 1793, en que suben al cadalso y marchan a la guillotina, cantando el himno de la República, haciendo frases glosadas de la Roma catoniana.

La víspera de ese día, en la noche, fué cuando según la tradición, celebraron en la Conserjería un banquete epicúreo, para despedirse de la Francia y de los que vivirían; y se llevaron a la muerte su ideal.

La batería reducida al silencio

Para comprender todo el secreto espanto y la profunda sensación de terror que infunde una batería, hasta hace un minuto mugiente, que de improviso hace silencio en medio del estrépito furioso de una batalla, es necesario haber experimentado las impresiones que a ese espantoso mutismo precedieron. Un testigo presencial de estas grandes batallas manchurianas, refiere así el fenómeno: "Uno se habituaba a un cañoneo prolongado como se habituaba al mugido del mar: apenas llaman la atención las salvas horribles que estallan, localizándose en un punto, y horradan por un instante, lúgubremente, una montaña en delirio. Diríase que enormes globos de hierro se desprenden por una escalera de bronce y que el suelo se agrieta dando alaridos y mugidos de abismo que dejase escapar los vapores subterráneos..... Interminables filas de heridos son retiradas de aquella hornaza, almenada de cañones; el cielo se asombra; si la noche se aproxima, no se ven las estrellas; las baterías rayan la sombra con sus girones de fuego; los shrapnels se despedazan como fuegos de artificio; de pronto, una exasperación de tumulto; tras ella, el silencio..... ¿Es la derrota? ¿La retirada del enemigo? No. Es el cansancio, la extenuación, el vencimiento: es que la batería ha sido reducida al silencio....."

El palacio de Nerón

El último descendiente de los Césares, Nerón, tenía sangre octaviana y debía seguir las tradiciones de sus abuelos. El pueblo romano, manchado por todas las concupiscencias, promiscuado con la turba que había hecho esclava en las guerras africanas y asiáticas, había perdido la noción de su soberbia orgullosa, después que en su espíritu habían muerto las semillas fecundas de su Derecho. Sólo pedía pan y circo, y Nerón se los daba hasta la harta y hasta el agobiamiento.

Su palacio entra en la categoría de aquellos monumentos insignes y grandiosos, con los cuales Augusto realizaba maravillosamente su programa y representaba de modo admirable su papel de grande actor; monumentos todos que no resistieron al ímpetu de las avalanchas germánicas, y en presencia de cuyas ruinas, Chateaubriand pone en boca de San Pablo las palabras justicadoras: "¿Cafiste en fin, reina de las ciudades! ¿Tu Capitolio se ha ocultado en el polvo? ¿Cuán desiertos tus campos! ¿Cuánta soledad a tu alrededor!"

Así el palacio de Nerón. Casa de oro y mármol, retratada en estancques monstruosos, orillados por jardines babilónicos, en medio de los cuales se alzaba la estatua colosal del empera-

dor; casa llena de obras inmortales, la familia de Vespasiano la hace arrasar, para construir en su emplazamiento el Anfiteatro.

Una tregua

Las secciones telegráficas de los diarios, las revistas de los correspondientes, las páginas de los magazines, vienen nutridas de noticias, relatos y reproducciones fotográficas de escenas como la que publicamos: ya es el general Kouropatkine que aprovecha un vagar de la larga é inmensa batalla, para condecorar personalmente a un cuerpo distinguido en la acción; ya el general Nogi, que entre dos bombardeos de Puerto Arturo invita a una ligera refacción a sus oficiales. Ahora es el Mariscal Oyama, que en un corto descanso de sus fatigosas atenciones de Moukden, se sienta en medio de su Estado Mayor, a oír las inocentadas de un *adivino*.

El Niágara en invierno

Por más que millares de viajeros, excursionistas y exploradores hayan llenado textos y periódicos con descripciones prolijas y multiplicados aspectos de la gran catarata, una visita ó una nueva vista de ella reserva siempre al espectador una nueva y sorprendente perspectiva de esta maravilla del continente.

Nuestra reproducción presenta el gran salto en invierno, visto de frente. Por mucho que se espere, antes de llegar a ella, de su trueno interminable, que llena leguas con su rumor, es admirable siempre la aparición monstruosa de aquella caída, que parece fábrica caprichosa de algún poderoso artífice, que hubiese trabajado en un gigantesco diamante y por sobre él hubiese precipitado un océano desde los cielos, para perderlo en un abismo de donde saliese otra vez hacia la altura, convertido en una inmensa nube, en cuyo seno se oye el estampido de una tempestad.

Es un grandioso espectáculo, majestuoso y soberbio, ofrecido por el poder y la grandeza de nuestra América, como el Amazonas, como el Aconcagua, como las llanuras; maravillas pobladas de prodigios.

Cumarebo

Nuestro asiduo colaborador artístico, el señor Avril, nos ha remitido la colección de fotografías referentes a las regiones de Coro, que venimos publicando desde hace algunos números.

En el de hoy aparecen las vistas del puerto de Cumarebo y de su faro. La ciudad del primero encierra una población de 2.000 habitantes, aproximadamente y hace un comercio importante de cabotaje, en frutos menores que produce en abundancia aquella región.

El asalto de la Colina

Por nuestras informaciones anteriores, nuestros lectores saben que en la batalla de Sha-Ho, el ejército japonés ocupaba las posesiones dominantes del campo de batalla. Conquistar aquellos puntos debía ser el objetivo de los rusos y a él tendieron todos los esfuerzos de los soldados del Czar.

El episodio más glorioso de toda la batalla fué el asalto que los rusos dieron a la colina Este, en donde se hallaba situada una poderosa batería enemiga. Aquella colina—dice un correspondiente—atormentada, resonaba, tronaba, rugía sin un segundo de interrupción, produciendo en los espectadores, en cierto modo, el efecto de un narcótico, pareciéndonos que en la escena había algo de irreal, de fantasmagórico, que se desvanecería de un golpe, como un sueño. Sobre su cresta surgían burbujas ligeras, pequeñas nubes blancas, que saltaban y se desvanecían en la atmósfera. Eran los shrapnels japoneses, que estallaban sobre las tropas rusas. Parecía como si detrás de aquella altura hubiese un lago efervescente de lavas en fusión, cuyas olas se derramasen sobre las tropas que como diques le cerraban el acceso al valle, proyectando al aire, cuando se rompían, una espuma de sustancias químicas.

Y, a pesar de ello, el cuerpo ruso asaltante, hizo silenciar la batería y ocupó la altura.

Las vecinas de mi calle....

Una buena respuesta, la del cantar, que el artista parece dedicar a nuestras amables aficionadas á tijeras:

*Las vecinas de mi calle
Todas se juntan en corro
Y me cortan un vestido;
Ese dinero me ahorro!*

LOS RATONES Y EL QUESO

Un trozo de queso
Dos ratones vieron,
Y los dos quisieron
Quedarse con él.
Mitades partieron
Sin mucha tardanza,
Pero la balanza
No estaba en el fiel.

Deseosos entonces,
De evitar encono
Buscaban un mono
Que hiciera de juez;
Este al trozo grande
Le comió un bocado,
Mas fué demasiado
Y tuvo otra vez.
Que mondar el otro
Pelazo de queso,
Para ver si el peso
Se ponía igual.
Mas todo era inútil,
Y, en estas maniobras,
No dejó ni sobras
El pillo animal.

Este ejemplo tomen
Ciertos litigantes,
Que cuando triunfantes
Se creen estar,
Resulta que algunos
Letrados arteros,
A entrambos en cueros,
Los suelen dejar.

FELIPE PAZ SOLDAN.



SECCION RECREATIVA

Cómo elaboran las serpientes sus venenos

Un médico italiano, el Doctor G. di Cristina, ha hecho curiosos experimentos para averiguar cómo fabrican las serpientes el veneno.

Entre otras pruebas, quitó las glándulas venenosas a dos víboras, las cuales se murieron al poco tiempo. Igual resultado obtuvo cuando, en vez de quitarles las glándulas, las seccionó el canal excretor. De ambas experiencias ha sacado la conclusión de que las glándulas venenosas, que son útiles a la serpiente cuando fabrica un producto que le sirve para su defensa, le son aún de más utilidad para desembarazarse de los venenos que su organismo fabrica y acumula, puesto que si se la obliga a conservarlos, muere.

El lugar de producción de estos venenos hay que buscarlo en el tubo digestivo, que es en todos los animales, y en mayor ó menor grado, donde se producen sustancias tóxicas; y existiendo alguna relación entre el veneno producido y los fenómenos digestivos, deben existir, según el señor di Cristina, variaciones en el veneno, ya esté el animal en ayunas ó digiriendo.

En efecto; una víbora alimentada convenientemente produce veneno mortal para las ranas, por ejemplo; pero si el reptil pasa varios días sin comer, aunque muera a la rana no la envenena. Como se ve, existe íntima relación entre el grado de inanición y la fuerza tóxica del líquido de la glándula, resultando de todo que dichas glándulas tienen por misión principal limpiar el cuerpo de los reptiles venenosos de los productos tóxicos formados durante la digestión.

Madera incombustible

Para hacer incombustibles las vigas y pies derechos de las construcciones, se emplea sulfato de alúmina en solución concentrada, que se inyecta con una presión de 32 á 42 kilogramos por centímetro cuadrado, según la madera que sea. Para efectuar la operación se utilizan acumuladores hidráulicos, con el fin de obtener una presión continua, exenta de choques.

El nuevo procedimiento evita el trabajo de someter previamente la madera á la acción del vapor ó á la del vacío para extraer la savia.

La operación dura de quince minutos á dos horas, y aunque se produzca un incendio ó un calor intenso, sólo resulta una carbonización local.

Puede aplicarse también el sulfato de alúmina en pintura, que en caso de incendio forma una capa protectora é incombustible.

Cuando se trata de tirantes ó armaduras de puentes, que deben resistir al fuego y á la corrupción, se añade sulfato férrico, que sirve de coagulante.

Al contrario de otros sistemas, en éste cada viga se trata aisladamente, en cilindros que tengan las dimensiones justas de las maderas de comercio. Estos cilindros se cierran con válvulas, accionadas hidráulicamente, en lugar de hacerlo con puertas volantes.

125.000 francos por un litro de esencia

Las mujeres que se perfuman con extracto de violetas, probablemente ignorarán que para fabricar sólo un litro de su esencia predilecta se necesita reunir treinta y tres mil kilogramos de flores frescas.

Por esta causa, nada tiene de sorprendente el que, comprendidos todos los gastos, un litro de esencia pura valga ciento veinticinco mil francos.

Ahora bien; ¿cómo se explica que, á pesar de su precio corriente, relativamente elevado, y aunque se vende con cuentagotas, la esencia de violetas esté al alcance de casi todo el mundo?

Esta esencia, que cuesta dos mil francos el contenido de un dedal de mujer, se entrega al comercio después de adicionarla de cinco á diez mil veces su peso de agua. Con un cuartillo de esencia se hace una docena de barricas de extracto democrático.

El olor de la esencia pura es tan fuerte, que no hay nariz en el mundo que pueda resistirlo impunemente.

La verdad acerca del "hara-kiri"

Casi todos los europeos creían que el suicidio voluntario de los japoneses, que para ellos constituye una verdadera ceremonia, denominada *hara-kiri* por el pueblo, *seppuku* por los nipones distinguidos, era un acto brutal y horrible. En muchos grabados que con motivo de la guerra se han presentado, veíase al japonés abriéndose el cuerpo en canal y con los intestinos al aire en actitud de arrojarlos al enemigo, cosas á todas luces imposible en circunstancias ordinarias.

Un japonés, el barón Suyematsu, acaba de publicar un interesante artículo destruyendo tan falsa creencia, aunque no por eso pierda el *hara-kiri* sus cualidades salvajes.

El *hara-kiri* consiste en simular que el suicida se abre el cuerpo de arriba abajo, pero en realidad el rasguño no pasa de la epidermis. La muerte se la da clavándose el cuchillo en la garganta con su propia mano ó por medio del *kai-shaku-nin* ó ayudante, que concluye de decapitar á su amo.

El *hara-kiri* no consiste, pues, en abrirse el vientre, sino en degollarse.

Un Oberammergau de pieles rojas

Una de las más poéticas leyendas de los pieles rojas, la historia de Hiawatha, popularizada por el famoso escritor americano Longfellow, se conserva todavía entre los indios ojibwas del lago Hurón, los cuales no sólo las refieren á sus hijos, sino que periódicamente la ponen en escena, representándola poco más ó menos como los aldeanos de Oberammergau representan la Pasión de Nuestro Señor.

Un caballero llamado Armstrong, que pasaba los veranos junto al lago y estaba en buenas relaciones con los ojibwas, se enteró hace diez años de que estos conocían perfectamente la citada leyenda, y acto seguido concibió la idea de poner en escena *Hiawatha*, efectuándose la primera representación en 1899, ante algunos miembros de la familia de Longfellow.

Los indios se muestran muy refractarios á las innovaciones. En la historia de Hiawatha hay varias escenas adicionales que serían de excelente efecto musical y dramático; pero los actores no quieren representarlas. Tampoco quieren entonar el canto fúnebre. Los indios dicen que los trajes bailes y cantos de la obra, tal como se hace, son los verdaderos, y no hay medio de convencerlos.

Las representaciones se verifican al aire libre, colocándose el público en el anfiteatro natural que ofrecen las orillas del lago. De escenario sirve una pequeña isla artificial colocada á unos treinta metros de distancia, y el fondo está cerrado por ramas de árboles, tras de las cuales se alzan, como un telón de fondo sin igual, las magníficas islas rocosas de la bahía de Georgia.

El papel de protagonista lo desempeña un individuo de los que ya quedan pocos, de aquéllos á la vez bravos y nobles que pintaron Mayne Reid y Fenimore Cooper. De Minnehaha, primer papel femenino de la obra, hacía este año su esposa, una india muy guapa de quien el ojibwa se enamoró representando la leyenda. La salvaje actriz murió el invierno pasado, y desde entonces su viudo hace mucho mejor su parte, pues se asegura que experimenta en realidad la tristeza de que el héroe de la leyenda estaba poseído.

En la escena final de la obra los ojibwas aprovechan las condiciones que la naturaleza



ANGELITA CEVA

LA EMULSION DE SCOTT LEGÍTIMA

"Angelita Ceva de la Paz, Bolivia, nació delicada y enfermiza. En su infancia se vió atacada de una anemia profunda que acabó de aniquilarla. Con frecuencia se acatarraba y las fiebres no la abandonaban.

Todos los cuidados maternos eran inútiles, se le propinaban remedios y más remedios y la niña peor que peor.

En tal estado se suspendió todo tratamiento y por indicación del médico se le administró la Emulsión de Scott Legítima. Desde el primer frasco se notó un cambio favorable. La niña empezó á adquirir carnes y fuerzas, su semblante de amarillento se volvió rosado y actualmente su salud es perfecta."

No se conoce en la historia de la medicina un preparado que reporte tanto beneficio á las criaturas enfermas como la **Emulsión de Scott Legítima**. Cuando se le administra con constancia, los resultados son maravillosos y seguros.

Es necesario no confundir la **Emulsión de Scott Legítima** con las imitaciones de pacotilla que venden algunos boticarios. La Legítima de Scott cura, y las imitaciones solo benefician al boticario que las vende.

Toda persona que tuviese que comprar un frasco de Emulsión de aceite de bacalao, debería procurar que llevase la marca que demuestra este dibujo, pues esta marca significa lo mismo que la marca de ley que se encuentra en las joyas de plata ú oro. Emulsiones que no llevan esta marca, son lo mismo que una prenda falsa, dorada ó niquelada, hechas de materiales baratos.



S 102

SCOTT & BOWNE, Químicos, Nueva York

les ofrece, y representan con más perfecta *mise en scène* que un gran teatro europeo. Hiawatha desaparece con el nimbo glorioso de una puesta de sol real por la superficie de un lago de verdad.

Cuando Hiawatha entra en su canoa y comienza el canto fúnebre, el sol ha declinado, formando con sus postreros rayos una senda luminosa entre las islas del occidente, por la cual se desliza la embarcación sin ayuda de remos, pues le imprime movimiento una cuerda atada á la quilla y oculta por las aguas, mientras que los guerreros cantan á coro y el héroe desaparece en lontananza.

EL TINTE DE LOS PETALOS DE UNA ROSA

En la Mejilla, en los Labios, en el Cuello y en las Manos

BELLA Y LOZANA COMPLEXION

Se obtienen usando el JABÓN de ROMERO del Dr. Lobb

Produce una curativa, fragante y rica espuma. Las cualidades sanativas del Romero y de los refinados Aceites Vegetales y extractos de que se fabrica este Jabón le hacen el mejor tónico-vivificador de los tegidos de la piel, el más eficaz para limpiar y estimular los poros y el único que deja el cutis perfumado, suave y limpio como el de un niño.

El Jabón de Romero del Dr. Lobb cura los Barros, la Caspa, las Irritaciones Cutáneas; no tiene igual para afeitar los caballeros delicados, para refrescar y deleitar á

quiera enfermedad.—Su consejo profesional es gratuito.

Pídase el Manual del Dr. Lobb. Valiosísimo en el hogar.

AGENTES GENERALES: SEÑORES H. THIELEN & CA.—CARACAS.

De venta en las Principales Farmacias y Droguerías en Europa y en la América-Latina



los bebés y para las personas que deseen deleitarse al tomar un baño.—

Precio; 3 y medio reales.

El Remedio Homeopático del Dr. LOBB para la Anemia

corrige radicalmente las manchas y la palidez del rostro, le dejan limpio y sonrosado y produce carnes firmes y líneas artísticas al cuerpo de la mujer raquíctica ó anquilada por alguna enfermedad.—Precio: 3 y medio reales.

Consúltase al DR. H.

W. Lobb, N.º 329 N. 15

th. St., Filadelfia, Pa.

E. U. de A., sobre cual-

Gente que come venenos voluntariamente

El doctor Wiley, químico principal del Departamento de Agricultura de Nueva York, va á publicar el resultado de los experimentos que ha hecho para ver los efectos producidos por la ingestión de alimentos adulterados en doce personas. Los experimentos han durado ocho meses durante los cuales doce jóvenes mantenidos á expensas del gobierno han sido alimentados con manjares perfectamente sanos, con los que se les administraban, á intervalos, cápsulas de sustancias que sirven para adulterar los alimentos.

A casi todos los «comedores de veneno» de último curso, digámoslo así, les ha parecido muy bien la dieta de bórax y de ácido bórico, tanto que se han sometido voluntariamente á nuevos experimentos, á pesar de saber que el efecto del mineral es deleté-

POSTALES Las tarjetas postales

que han llegado á la Empresa El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

reo en mayor ó menor grado. Otras solicitudes recibidas han venido á engrosar el número de voluntarios hasta cerca de treinta, y aún se espera recibir más, cuando el gobierno anuncie que se da casa y comida gratis. Pero como sólo se necesitan doce personas, se hará una cuidadosa selección entre las que se presenten, escogiendo aquéllas cuya perfección física sea mejor y no acostumbren á beber alcohol, porque semejante falta podría ser un obstáculo para calcular con exactitud los efectos de los adulterantes. Por esta razón, las personas que estén acostumbradas á tomar bebidas fuertes, aun con moderación, no serán admitidas para los experimentos.

En el nuevo «curso» se probarán nuevas sustancias adulterantes, entre ellas la formalina, que se emplea para evitar que la leche se agrie, dos colores de anilina usados para colorear alimentos, como el amarillo de la manteca, la sacarina obtenida del alquitrán de hulla con que se endulzan las jaleas y las frutas, y tal vez se ensaye el cobre, que sirve para dar á los vegetales en conserva un color verde brillante.

Varia

La lana del lomo de las ovejas es el barómetro del pastor. Cuanto más ensortijada esté, mejor tiempo hará.

HIERRO QUEVENNE Cura: ANEMIA, CLOROSIS, DEBILIDAD. Aprobado por la ACADEMIA DE MEDICINA. Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS".—14, R. des Beaux-Arts, Paris.

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIELEMATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas y Perniciosas, la Disenteria, la Gripe o Influenza, las enfermedades del Cutis, las Lombrices y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.

Rehúcese todo antiseptico que no lleve la Firma PAUL GAGE

Depósito General, D.º PAUL GAGE Hijo, F.º de 1.º cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

EXIASE • DEL D.º GUILLIE • OCITLEMATICO

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F.ª G. SEGUIN, PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

EXIJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en «reverso».

Las **PILDORAS** Purgativas y Depurativas del Doctor **DEHAUT** se toman al comer.

Ningún Regimen. No más Dieta. Las menos COSTOSAS. Las más activas.

J. ROVERSI- ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA-CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 24-Teléfono N. 2159

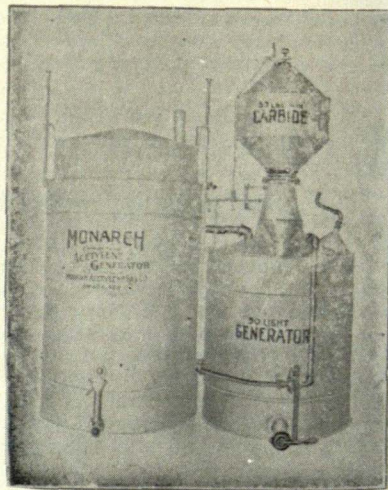
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Carburo.—Instalaciones completas para ciudades y particulares.

—Accesorios de todas clases.

—Aparato Americano "Monarch" con más de 2.000 instalaciones privadas y 30 ciudades.



J. ROVERSI—Venezuela Caracas, Palma á San Pablo N. 24

DEPARTAMENTO MARMOLES

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos.—Referencias de nuestros numerosos trabajos en toda Venezuela.

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

PATE EPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

EL ARTE DEL POSTIZO



Creaciones artísticas y seductoras de todos los accesorios para el peinado
M. et Mme. DESFOSSE

21 Rue Lavoisier, París

Bello e instructivo catálogo que se enviará a quien lo pida

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, París y en todas Farmacias del Extranjero.

Frasco 8fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
6 Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARFOLLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES 4fr.
en París
8fr. - Dons 1fr.

**COLORES
PÁLIDOS
AGOTAMIENTO**
**GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU**
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 612

**PÍLDORAS
MOUSSETTE**
*Neuralgias
Jaquica
Ciática.*
CLIN Y COMAR - PARIS
En todas Farmacias.
607



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA Phosphadine Fullié

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

Forma perfecta.—Escribe el Dr. J. Graterol y Morles, residente en Coro:

"El suscrito, Dr. en medicina y cirugía de la ilustre Universidad Central de Venezuela, certifica: que hace ya muchos años viene usando con éxito, sobre todo en los niños, la acreditada preparación Emulsión de Scott en la cual el aceite de hígado de bacalao se encuentra emulsionado en una forma tan perfecta y en proporciones tales que la caracterizan como el mejor preparado de su clase."

Una flor maravillosa

Mr. Luther Burbank, horticultor de San Francisco, ha conseguido obtener, por medio de minuciosos estudios prácticos, una flor maravillosa y completamente nueva, á la cual ha bautizado con el nombre de *estrella australiana*.

Ofrece esta modernísima flor la particularidad de que, después de cortada, conserva indefinidamente su frescura y su aroma.

Es, además, mucho más bonita que las flores artificiales que ahora se hacen, de suerte que no es aventurado suponer que llegará a reemplazar á ésta, produciendo una verdadera revolución en el arte de las modistas de sombreros.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficacia **RADICAL** del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Curaciones desesperadas, en personas bien conocidas que lo tomaron durante tres meses, son las que lo han hecho glorioso; pues, un solo estuche produce mejor efecto que una docena de frascos de cualquier otro remedio, porque, además de ser el único verdadero Curativo radical del estómago y del intestino, sin engañosa acción calmante, es Digestivo y Purificador de los alimentos.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre Digestivo Mojarrieta.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Ca.**, Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** **TOSSES RECIENTES Y ANTIGUAS** **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9 bis, Rue Lacvée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor éxito.

Ergotina y Grageas de L. ERGOTINA BONJEAN

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO **SOLUCIÓN TITULADA** Las Grageas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas

Medalla de ORO de la S^{ad} de F^{ia} de Paris.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
à la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El **VINO NOURRY** reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usages, etc.)

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS



HISTORIA DE VENEZUELA

Se avisa á las personas de la capital y del interior de la República que han solicitado con interés creciente el Manual de Historia de Venezuela por Don Felipe Tejera, que está á la venta en la Empresa El Cojo, la

CUARTA EDICION

CORREGIDA, Y AUMENTADA HASTA
EL AÑO DE 1900.

Los Directores de los Colegios de la República se dignarán avisar á sus discípulos, que pueden ya ocurrir á la Empresa El Cojo.

Precio del ejemplar empastado económicamente. 8 reales.

Precio de un ejemplar más fino. 12 reales.

Para el interior se cargará además el porte.

GATHMANN HNOS.

OFRECEN

EL MAS COMPLETO SURTIDO

DE

JOYAS - RELOJES

Y

OBJETOS DE FANTASIA

EN

"ART NOUVAU"

O ESTILO

"EMPIRE"

QUE RENUEVAN

POR TODOS LOS VAPORES



— Los japoneses emplean ahora unas bombas semejantes á largos trozos de longaniza, que al caer en las trincheras del enemigo revientan y esparcen un olor tan infecto y penetrante, que todos los soldados que hay cerca caen desvanecidos.

El olor del gas que encierran estas bombas no produce efectos fatales.

En vista de que han marchado á la guerra muchos médicos rusos para auxiliar á las tro-

INFLUENZA **RACHITIS**
ANEMIA **CLOROSIS**

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

pas, las autoridades de Odessa no han tenido más remedio que permitir á las mujeres médicas que desempeñen en los hospitales los cargos que antes eran monopolio del sexo feo.

A consecuencia de los temporales que re-

cientemente se han desencadenado en el Báltico, las olas han arrojado á la costa gran cantidad de ámbar. Los pescadores andan muy atareados cogiendo «goma preciosa,» como ellos la llaman, pero sólo pueden quedarse con los pedazos pequeños; los trozos grandes tienen que entregárselos á las autoridades, porque el gobierno prusiano tiene el monopolio de todo el ámbar que se encuentra en las costas del Báltico.

Las tarjetas de visita en Corea son muy grandes; la que menos, mide treinta centímetros de lado.

En Dahomey, para anunciar una visita, se envía una tabla ó un palo tallado artísticamente.

Un marinero está á punto de embarcarse:

— ¡Cómo-le dice un señor grave-se aventura usted en un mar donde han perecido su padre y sus abuelos!

— ¡Y dónde han muerto los de usted!

— En su cama.

— ¡Y se atreve usted á acostarse!